

# **RECUERDOS DE LA VOZ MÁS DULCE**

## **-RELATOS SOBRE LAS FUERZAS ARMADAS EN MISIONES INTERNACIONALES-**

**Coordinado por:**

**Leandro Martínez Peñas**

**(Universidad Rey Juan Carlos)**

**Erika Prado Rubio**

**(Universidad Rey Juan Carlos)**

**Manuela Fernández Rodríguez**

**(Universidad Rey Juan Carlos)**

*Recuerdos de la voz más dulce.*

Ilustración de portada: Laura García González.

Diseño de cubierta: Erika Prado Rubio y Taller Imagen.

Depósito Legal: DL VA 547-2021.

ISBN: 978-84-09-31798-1.

Edita: Asociación Veritas para la Historia, el Derecho y las  
Instituciones y Universidad Rey Juan Carlos.

Imprime: Taller Imagen (Segovia).

Julio, 2021.

La realización de la presente publicación ha sido financiada por el Ministerio de Defensa, a través de la Convocatoria de Ayudas para promover la Cultura de Defensa, formando parte de las actividades del Proyecto “Seguridad y Defensa como fenómenos globales: Aproximación para su comprensión por el alumnado universitario”.





## ÍNDICE

EL PUENTE DE MÓSTAR.....	7
MI HOGAR .....	17
PAZ EN LA GUERRA.....	29
MARGHOZAR.....	37
SHPRESA .....	45
<i>MARE MORTIS</i> .....	53
UN VIAJE A LO DESCONOCIDO .....	57
CONTINUARÁ.....	75
POR ESO SOY MILITAR.....	83
LA GRAN VERDAD.....	89
DIARIO DE UN SOLDADO .....	97
EL DECÁLOGO DEL SOLDADO .....	109
VIVET: PERFICERE SENTIUNT .....	115
QUERIDO PILOTO .....	125
BOSNIA .....	135
LA TRAGEDIA DE BEIRUT .....	181
PROYECTOS PENDIENTES .....	189



# EL PUENTE DE MÓSTAR

**Imán Igalla Sbal**

## **1.- Mirsad**

Eran las 10:15 de la mañana cuando escuché un ruido muy fuerte que hizo retumbar fuertemente la habitación. Unos segundos después mi madre entro a la habitación y tras comprobar que todos estábamos bien nos dijo que nos vistiéramos y cogiéramos una de nuestras mantas lo más rápido posible y que bajáramos a la puerta de la salida.

A mi madre se le notaba muy nerviosa nunca la había visto así. Me acerqué a ella a pesar de que se la notaba que estaba muy conmocionada y la pregunté ¿por qué nos teníamos que ir tan rápido de nuestra casa?, ¿por qué no podía llevarme los muñecos?, ¿por qué no podía irme a jugar con mi amigo Eiden? Mi madre puso sus manos en mi cara y me dijo mirándome fijamente a los ojos que nos teníamos que ir de nuestra casa ya que algo terrible estaba pasando, en unos minutos iba a saber lo que estaba realmente pasando.

Cogí mi abrigo y los zapatos, ayudé a mis hermanos Amira y Adam a vestirse y bajamos corriendo a la puerta trasera de la casa. Ahí estaba mi padre que había traído el coche este, no tenía muy buen aspecto estaba cubierto casi en su totalidad de polvo apenas se

apreciaban las cosas que había dentro del coche en este caso estaban nuestras mantas que mi madre había introducido mientras yo estaba ayudando a mis hermanos; tenía rajadas y pequeños agujeros como si alguien le hubiese estado tirando piedras. Unos minutos después bajo mi madre con dos barras de pan y una botella de aceite de oliva, me quedé mirándola fijamente y me di cuenta de que estaba inquieta, nerviosa como si algo le estuviera perturbando la mente.

Nos subimos todos al coche, antes de arrancar mis padres recitaron un sura y recitaron el *dua'* del viaje para que todos lleguemos a nuestro destino sanos y salvos, destino que aún desconocía. Tras hacer el *dua'* y ponernos en marcha le pregunté a mi padre a donde nos dirigíamos, me dijo que a la casa de mi abuela Zahra que vive en un pequeño pueblo en la montaña; ya que en nuestra ciudad corríamos peligro seguía sin comprender que era aquel acontecimiento que nos hizo abandonar nuestro hogar, pero pronto me iba a dar cuenta.

Después de tres minutos en el coche vi a lejos una gran nube, pero no sabía muy bien de donde provenía, mirando más fijamente vi que todo ese polvo provenía del lugar donde se encontraba el puente Mostar, el puente por el que había pasado tantas veces para ir a la escuela, visitar a mi amigo Eiden; pero ahora ese puente ya no existía había sido destruido completamente. En ese preciso instante empecé a atar cabos, ya entendía porque nuestro coche estaba como estaba ya que se encontraba aparcado en una calle cercana al puente y; porque corríamos peligro.

Tras más de dos horas de camino llegamos a la casa de mi abuela. La casa de mi abuela es grande en comparación con la nuestra, tenía dos plantas con cuatro habitaciones y un salón muy amplio en el que cada año celebramos *Eid al-Fitr* y *Eid al-Adha* junto con otros familiares. Mi abuela ya está en la puerta cuando llegamos, nos recibió como de costumbre con un montón de abrazos y besos, todo parecía estar bien hasta que mi madre abrazó a mi abuela le dio un abrazo muy fuerte de una manera un tanto peculiar parecía estar comunicándola



algo que la estaba inquietando, mi madre no paraba de llorar, pero tampoco le contó a mi abuela la razón de su tremenda tristeza.

Mi padre sacó las mantas del coche y las subió al cuarto que mi abuela había acondicionado para nosotros. Después de descansar y tomar un té, mi padre se dirigió a una tienda que se encontraba cerca de la casa de mi abuela, trajo grandes cantidades de harina, aceite, té, pasta, etc. Ver que había traído toda esa cantidad de productos me hizo pensar que esta vez al contrario que otras veces íbamos a quedarnos en la casa de mi abuela durante mucho tiempo.

Ese mismo día tras cenar, vi como mi madre le dio un papel a mi abuela en el que había escrito unas frases, pero al encontrarme tan alejado no pude ver lo que estaba escrito en ese papel, frases que no logré leer ya que estaba alejado de donde estaban mi madre y mi abuela. Tenía claro que en ese papel había escrito algo importante, quizá algo que podría explicar ¿por qué nos encontrábamos ahí? No me dejarían leer aquello que estaba escrito en el papel obviamente, pero yo conseguí leerlo. Sabía que mi abuela dejaba los libros en la mesilla de noche junto a su cama y que ahí dejaría el papel que mi madre le dio, antes de irme a dormir me dirigí a la habitación de mi abuela y cuando comprobé que ella no estaba cogí el papel en el que ponía lo siguiente “Han destruido el puente de Mostar esta mañana los croatas, estamos en peligro, quieren acabar con los que son como nosotros.”

Tras leer esto me fui a la habitación y cuando ya estaba en la cama le empecé a dar vueltas a aquello que había leído, no dejaba de preguntarme ¿por qué habían destruido el puente?, ¿por qué estábamos en peligro?, ¿por qué nos persiguen? ¿por qué persiguen a aquellos que son como nosotros? Esta última pregunta me hizo pensar durante toda la noche, no encontraba nada fuera de lo normal en nuestra familia, éramos una familia musulmana al igual que aquellas que vivían a nuestro alrededor, los días de entre semana mis padres iban a trabajar y mis hermanos y yo íbamos a la escuela, los viernes tras comer mis hermanos, mi padre y yo íbamos a la mezquita de Karadžoz Bay que se

encuentra a menos de diez minutos de nuestra casa ,los sábados visitábamos a mi abuela y los domingos nos quedábamos en casa. Tras esto repare en que quizás la razón por la que nos estaban “persiguiendo” era por el hecho de ser musulmanes, eso fue lo único que se me ocurrió ya que lo que nos diferenciaba de nuestros vecinos de la otra parte de la ciudad era nuestras creencias religiosas.

Dejé de pensar en este y lo que me empezó a importar fue la manera en la que iba a ver a mi amigo Eiden que se encontraba en la otra parte de la ciudad , ya que el puente ahora estaba destruido, la única manera que se ocurría era la de coger una barca o ir nadando esta segunda opción era todavía menos probable que la primera ya que las aguas del río Neretva están casi congeladas, no se ocurrían más ideas pero lo que si tenía claro era que yo quería ayudar en la construcción del puente nuevo.

Pasaban los días y seguíamos en la casa de mi abuela nuestra rutina era siempre la misma no hacíamos ninguna actividad especial al contrario que otras veces cuando visitábamos a nuestra abuela. Nos despertábamos, desayunábamos, jugábamos en el jardín y así todos los días, al principio nos dejaban ver la tele, pero un par de días después nos lo prohibieron.

Un día en el que mi abuela y mi madre estaban cocinando *burek* para la cena en el salón, me di cuenta de que estaban viendo la televisión, quería entrara y sentarme junto a ellas, pero sabía que no me iban a dejar por lo que decidí quedarme en la puerta del salón, pero desde ahí no podía ver con claridad por lo que decidí entrar. Me senté en el sofá que había justo en frente de la televisión, mii madre y mi *baka* no me dijeron nada quizás porque sabían que tarde o temprano me iba enterar de lo que estaba ocurriendo.

Las imágenes que se estaban retrasmitiendo eran realmente impactantes , muchas casas estaban derrumbadas, había personas heridas pidiendo ayuda desconsoladamente , muchas familias estaban

en la calle, personas mayores que caminaban sin rumbo con una manta por encima, niños llorando. En estas retrasmisiones también vi a unos soldados del ejército pero estos no estaban ayudando a las personas sino que simplemente las miraban y gritaban en ese momento sabía que esos soldados no estaban allí para ayudarles si no que para causar a esas aún más dolor del que tenían.

En ese momento pensé que esos soldados eran los croatas de los que mi madre hablaba en el papel que le había dado a mi abuela.

Tras ver estas imágenes supo que no éramos los únicos que tuvimos que dejar nuestra casa, amigos y familiares y que nosotros dentro de lo que cabía estábamos seguros.

Después de cenar se acercó mi padre a mí y me dijo que tenía que hablar conmigo en ese momento supe que todas las dudas que tenía acerca de lo que os estaba pasando iban a ser resueltas. Me explico lo que estaba ocurriendo con más detalle y me dijo que nuestro país se encontraba inmerso en una guerra y que muchas personas habían muerto, perdido sus hogares y sobre todo a sus seres queridos. Lo que más me impactó fue la frase que me dijo mi padre al final “Si nuestro país no recibe ayuda del exterior la situación puede ser aún más difícil”.

## **2.- Pedro Gómez**

Ya quedaban pocos días para comenzar una de las experiencias que me marcarán para resto de mi vida.

Una semana antes de dirigirme a Almería, lugar de donde íbamos a partir hacia Split, visité a mis padres. Nuestro domicilio familiar / hogar se encontraba en la calle de Alcalá de Madrid. Conversé con mis padres, les conté acerca de la misión que íbamos a realizar y de la importancia de esta misma; cogí un par de fotos para llevármelas conmigo, estas fotografías me ayudarían a motivarme en aquellos

momentos en los que estuviera cansado, desmotivado serán mi estímulo para seguir luchando/ hacia delante. Mis padres estaban orgullosos y al mismo tiempo tenían miedo de que yo no volviera a casa. El miedo y preocupación que ellos sentían era normal, ya que sabían que al participar en una misión de aquel calibre en una zona en la que la violencia era cada vez mayor, las probabilidades de no volver eran elevadas. Abrace fuertemente a ambos, mi madre empezó a llorar quizás había sentido lo mismo que yo la sensación de que ese abrazo era un hasta siempre y no un hasta luego, mi padre tenía los ojos llorosos se le notaba la tristeza, pero no lo expresaba siempre había sido así no le gustaba expresar sus sentimientos.

Después de despedirme de mis padres, decidí dar un paseo por el barrio de Sol, barrio en el que había crecido. No podía dejar de mirar todo aquello que me rodeaba, pero el reloj de la Puerta del Sol fue lo que me cautivó nunca me había fijado en con tanta precisión y detalle en aquella obra arquitectónica tan característica de la ciudad de Madrid.

Al día siguiente me dirigí al bar Las flores para hablar y despedirme de mi maestro Enrique García quien despertó en mi la pasión por ser militar, él ya sabía acerca de la misión de la ONU en la que participaba nuestro país y en la que yo iba a participar ,me dijo unas palabras que nunca olvidaré y que hoy en día les sigo diciendo a los militares antes de comenzar una misión “ves y demuéstrole al mundo que esta profesión no solo consiste en proteger a tú país sino que también ayudar y proteger a aquellos que no lo pueden hacer por si mismos ”.

Llegamos en noviembre al puerto croata de Split nuestra “trabajo” se basaba en garantizar el libre movimiento de la población, de dar seguridad a los vehículos de la ONU y de facilitar el reparto de ayuda humanitaria en Mostar y en otras localidades asediadas por los bombardeos.

La labor que llevamos en la ciudad de Mostar era de un alto grado de dificultad debido a la violencia que se vivía en el lugar, que llego hasta el sector en el que nos encontrábamos, los combates por obtener más territorios entre el Consejo de Defensa Croata y el ejército de la Armija eran constantes.

Finalmente, tras casi un año de duras contiendas entre ambos grupos las autoridades de UNPROFOR lograron arrancar una tregua entre ambas partes y para el cumplimiento de esta, sesentaiocho hombres y seis blindadas españoles fueron enviadas a la ciudad, en una de estas blindadas iba yo, nos encargábamos de patrullar el área y de facilitar las actividades de las organizaciones humanitarias.

Nuestra labor era la de proteger a la población civil y sobre todo escoltar a los convoyes de las ayudas humanitaria sobre todo tras el derrumbe del puente de la ciudad de Mostar.

Un día en el que me encontraba agobiado decidí salir del cuartel y pasear un poco cerca de las orillas del río Neretva vi a lo lejos a un niño, al principio pensaba que eran una especie de alucinación ya que no era usual ver a los niños cerca de las barcas que estaban junto a la orilla del río, me frote los ojos y efectivamente era un niño el que estaba junto a la orilla tendría unos once años se le veía preocupado, por su forma de actuar supuse que se había escapado de una de las casas del pueblo de la montaña que hay cerca de la ciudad . Me acerqué a él y le pregunte como se llamaba este me dijo que se llamaba Mirsad, continúe preguntándole, pero no me quería contestar, en su cara veía miedo y cada vez se iba echando más para atrás.

### **3.- Mirsad**

El militar me estaba haciendo muchas preguntas, pero yo no le quería contestar porque tenía miedo de que nos pasara algo malo a mi y a mi familia, algo parecido a lo que había visto en la televisión. Pero

este hombre no iba vestido igual que los militares que había visto en las noticias quizás formaba parte de aquellos que venían a ayudarnos como mi padre me comentó en su día.

#### **4.- Pedro Gómez**

Tras varios minutos Mirsad se acercó a mí y me preguntó de donde era, yo le dije que era de España un país que se encuentra en el sur de Europa Occidental y que tanto yo como mis compañeros estábamos ahí para proteger a la población y ayudar en todo lo que pudiéramos. Después de decirle esto el niño se acercó a mí y me dio un abrazo que yo interprete como muestra de agradecimiento. Ahora sí empezó a responder a las preguntas que antes le había formulado, me conto que se había escapado de la casa de su abuela en un camión que el sabía que traía mercancías a la ciudad, y la razón por la cual lo hizo me demostró una vez más lo inocentes que pueden llegar a ser los niños estaba ahí porque quería ver a su amigo Eiden que vivía en la otra parte de la ciudad.

Yo le dije que le iba a llevar a ver a su amigo pero que antes debía decirles a sus padres donde se encontraba, él se negaba porque sus padres no le dejarían volver a la ciudad. Finalmente, y tras reflexionar decidí llevar a Mirsad a ver a su amigo ya que dejarle ir solo era muy arriesgado, si yo le acompañaba iba a ser mejor ya que en toda la ciudad nos respetaban a los militares que formábamos parte de la misión de la ONU. Volvimos al cuartel dónde les comenté a mis compañeros lo que iba a hacer y tras darme el visto bueno cogimos una blindada y nos dirigimos hacia el hogar de Eiden. Llegar hasta ahí no fue fácil ya que tuvimos que pasar por un puente temporal, rudimentario y muy inestable.

Durante el recorrido pude ver la ilusión que tenía Mirsad de volver a su amigo, esto me recordó a la ilusión que me hacía a mi ir a ver a mis primos que vivían en Málaga. Llegamos al hogar de Eiden,

llamé a la puerta y le dije a los padres del niño que le había traído una sorpresa a su hijo, y tras escuchar esto el niño se asomó rápidamente y al ver a Mirsad grito de alegría. Ambos se dieron un abrazo y empezaron a saltar de alegría todos los vecinos al ver esto empezaron a aplaudir y a corear el nombre de ambos niños. Este momento fue uno de los más bonitos que viví en Bosnia; y sí en tiempos de guerra también hay momentos bonitos que te hacen creer que todos los conflictos pueden llegar a solucionarse, además esto me hizo ver que muchas veces los conflictos se desarrollan porque una población o un grupo social se cree mejor que otro, deberíamos ser como los niños a quienes no les importa las diferencias que tengan con los otros sino el poder pasarlo bien unos con otros.

Este momento fue capturado por uno de los vecinos que presencio ese tan emotivo encuentro y que años después tras finalizar la guerra me fue entregado un cuadro que representaba este momento en el homenaje que el pueblo de Mostar organizó para aquellos militares españoles que estuvimos en la ciudad. El cariño que nos tenía esa ciudad era impresionante tanto que una plaza de esta ciudad se le puso el nombre de *Spanski trg (La plaza de España)*.





## MI HOGAR

**Irene Valdehíta Ruiz**

Hoy, hace tres meses desde la última vez que me despedía de mi pareja y de mi hija. Se quedaron en el aeropuerto de Madrid Barajas, mientras yo volvía a repetir la misma rutina que he llevado durante estos tres últimos años que llevo viajando al Oeste de Afganistán, ver como mi hija llora cuando paso los controles y deja de ver mi rostro, ver y escuchar sus gritos y como su padre intenta calmarla sin éxito alguno, subir al avión de camino a Kabul, la capital de Afganistán, y después subir a un camión con muchos de mis compañeros, mirando a la nada y pensando en nada, hasta llegar a Herat.

Tras un viaje de poco más de trece horas, ahí está, lo más similar a un hogar para mí en este país, el hospital Role 2E. Y son muchos, tanto compañeros, como pacientes, los que me hacen la misma pregunta de siempre, ¿cómo puedo referirme a un sitio en el que hay tanto sufrimiento y tanta muerte como “mi hogar”? Pues la respuesta a esa pregunta es muy sencilla, siempre he sido una mujer convencida de que si realmente quieres ayuda a alguien que lo necesita, debes hacerlo tú, cara a cara, no a través de un tercero. Cuando era una niña, como mi hija, y veía los anuncios en la televisión sobre enviar un mensaje a una ONG para que pudiera enviar alimento y ayuda a los niños de países africanos o asiáticos, yo llegué a la conclusión de que, si realmente les quería ayudar, si realmente quería hacerles llegar ese alimento o esa

ayuda, debía ir yo, en persona, conocerlos a ellos y a sus historias. Y ese sentimiento de satisfacción al ver como un niño se levanta de la cama tras haber sido operado, o simplemente, al salvar una vida, solo lo he vivido con mi hija, al ver cómo le salían los deberes porque me he sentado a ayudarla, o como sonrío cuando la ayudo con un problema en el colegio. Y por eso sigo aquí.

Ayer, como todos los días, me levanté a las seis y cuarto de la mañana le di un beso a la foto de mi hija y su padre, me puse el uniforme, desayuné y me lavé los dientes, preparada para hacer frente a mi nuevo día. Este nuevo día había empezado algo movidito, pues sobre la nueve de la mañana llegó un camión con cinco soldados que habían sufrido la explosión de un artefacto explosivo organizado, gracias a dios, todos ellos habían sobrevivido, aunque tenían heridas que les harían recordar ese día de por vida.

Cuando terminé en el quirófano, me dirigí hacia la sala de estancia, donde había una niña y dos niños más jóvenes con su madre, parecía que estaba recién operada. Según los informes, la mujer había viajado con sus hijos desde la región de Karukh, al noroeste de Herat, famosa por un bazar que siempre está lleno de gente.

La madre acababa de hacer frente a tres operaciones, la primera de ellas sirvió para reconstruirle el tabique nasal, que estaba completamente destrozado, y las dos últimas para operar varias costillas rotas, esta mujer había sufrido una brutal paliza sin duda, el pan de cada día de muchas de las civiles que pasan por este hospital.

La niña sujetaba la mano de su madre mientras los niños estaban sentados en unas sillas, jugando con trenes de juguete. Decidí acercarme a ella y preguntarle si necesitaba algo, pero ni me miró.

Poco después de haber estado reorganizando informes y comprobando los recursos médicos y demás, volví a la sala de estancia, ahora, de las veinte camas que lo conforman, once de ellas estaban

ahora ocupadas, tanto por civiles, como los soldados que habían sufrido la explosión del explosivo esta mañana, que se estaban recuperando. Pero hoy, había algo distinto en el hospital, hoy, había muchos niños en la sala, sentados en el suelo, aburridos de estar allí. Decidí colocar unas cuantas sillas en un círculo y animar a los niños a que se acercasen para que pudieran jugar un rato todos juntos o para que les pudiéramos leer un libro. Muchos de mis compañeros se acercaron a ayudarme en dicha tarea, nos estuvimos turnando para que pudiéramos estar un rato con ellos cada uno, mientras que los demás llevaban a cabo las labores pendientes.

Después de haber leído unos cuantos capítulos del famoso libro de *Moby-Dick*, me levanté del pequeño taburete en el que había estado sentada, por lo que parecía mucho tiempo por el dolor de mis piernas y me voy. Me dirigí al exterior del hospital, para encontrarme al resto de soldados ya preparados para llevar a cabo nuestra supervisión rutinaria de los alrededores, así que me puse el chaleco, mi casco, mis gafas de sol y cogí mi arma, y me subí al camión. Durante el camino, dentro del camión se oía gente hablando en español, italiano e inglés, la gran diversidad cultural que forma parte de nuestro hospital, aunque luego trabajamos todos como uno solo a la hora de llevar a cabo una misión o una operación importante.

Tras varias horas explorando los alrededores, decidimos volver.

Y decidí hacer uso de los pocos minutos que tengo al día para hablar con mi hija:

- ¿Qué tal te ha ido tu día mama? – me preguntó con entusiasmo.

- Muy bien cariño, hoy ha habido muchos niños en el hospital ¿sabes? Eso me ha hecho acordarme de ti hoy, y les he leído un poquito de tu libro favorito, *Moby Dick*.

- ¿Y les ha gustado?

- Creo que sí, por las caras que ponían creo que no les ha parecido mal libro -la contesté.

- Qué bien mamá. ¿Cuándo vas a volver? -Y ahí está, la pregunta que estaba tardando mucho en hacer esta vez.

- No lo sé hija, todavía queda mucho por hacer aquí. Pero te prometo que intentaré hacerlo todo lo más rápido posible para que estemos juntas lo antes posible.

- Eso espero mamá -dice, desilusionada-. Pero ¿me prometes que volverás sí o sí?

- Te lo prometo cariño, si tú ya sabes las ganas que tengo de que estemos juntas tú y yo y papa -vi por el rabillo del ojo, que ya había gente esperando para utilizar el teléfono así que había llegado el momento de despedirme - te quiero mi niña. Nos vemos pronto. Adiós, y dale un beso a tu padre de mi parte. Os quiero, no lo olvides.

Esta sin duda, siempre fue la parte más horrible de mi trabajo, no es la inseguridad de no saber qué puede pasar, de perder a un compañero, o simplemente de no saber si me levantaré mañana, si no, alejarme de mi hija y de mi pareja y hacerles creer que me voy porque aquí soy más feliz de lo que soy con ellos. Pero, poco puedo hacer para demostrarles que eso no es así.

Cuando volví a la sala de estancia, mis compañeros seguían recuperándose, y dando más datos sobre la localización del explosivo y la situación que vivieron, y aun había niños sentados alrededor de dos compañeros que estaban hablando con ellos, contándoles historias que han vivido transformándolas en algo más fantasioso, pues no creo que muchos niños quieran oír historias que se parezcan mucho a la triste realidad que muchos de ellos viven hoy en día. Cuando eché un vistazo a la sala, vi la niña del principio del día, dormida al lado de su madre, que en esta ocasión, se había despertado tras los efectos de la anestesia.

Me acerqué para hablar con ella y le pregunté cómo se encontraba:

- Me encuentro mucho mejor, gracias, te agradezco mucho toda la ayuda prestada, mis nietos sin duda han conseguido pasar un buen rato, a pesar de las circunstancias.

- ¿Sus nietos ha dicho? -Pregunté, curiosa.

- Si esos dos niños de allí – dijo señalando a los dos niños que estaban en un principio con ella.

- ¿Son sus nietos? Disculpe, pensé que serían sus hijos.

- No, Shamila – dijo señalando a la niña que dormía acurrucada a su lado – es mi única hija, aunque tuve dos abortos en los últimos cinco años.

- ¿Entonces, esos dos niños son hijos de su hija Shamila? – la mujer asintió.

- Shamila tiene dieciocho años, y lleva casada desde los nueve años, cuando su padre la apartó de mi lado y la vendió al que ahora es su marido. Tuvo gemelos dos años después y aquí estamos ahora.

- Lo siento mucho.

- No te preocupes querida -me dijo, con esperanza en el rostro-, por fin voy a poder darle a mi hija, y ahora a mis nietos, la ayuda que siempre quise darles, mi marido por fin ha dejado de ser un problema, y ahora me toca ser egoísta y mirar por la sangre de mi sangre y por fin será libre para hacer lo que ella quiera – dijo mirando a su hija.

- Su marido entonces...

- Ya no está – me interrumpió – Tuve que hacerlo – me explica – no podía seguir permitiendo que me alejara de mi única hija, y de mis nietos. Ya sufría bastante cuando tuve que casarme con él, y ver cómo abusaba de mí y de mi hija, y como después la vendía como hicieron conmigo antes – decía entre lágrimas.

- ¿Y el marido de su hija? – pregunté.

- Será un problema al que intentaremos evitar, pero es un riesgo que debíamos tomar. Espero que pueda entenderlo, no he hecho cosas de las que pueda sentirme orgullosa, pero no podía seguir viendo cómo mi familia sufría.

- No tiene que darme explicaciones, sé lo que es querer hacer todo lo posible por la gente que uno quiere – le dije enseñándole la foto de mi bolsillo - ha sido usted muy valiente.

- Tiene usted una familia preciosa, y estoy segura de que sabrán la increíble labor que hace usted aquí.

- Muchas gracias.

Y así seguimos hablando durante horas, mientras que yo vigilaba que no hubiera ningún tipo de infección en los puntos. Me estuvo preguntando sobre mi labor aquí en Herat:

- Pues verá, este hospital forma parte del ejército del aire, y trabajamos alrededor de cuarenta y cuatro personas, dentro de los cuales somos médicos, cirujanos o incluso farmacéuticos, e intentamos atender tanto a soldados como a personas civiles como usted – le expliqué.

- He podido observar que no todos son del mismo país, ¿no es cierto?

- Así es, la mayoría somos españoles, pero también hay soldados americanos, como esos de allí – dije señalando a tres compañeros que estaban tumbados en las camillas – italianos, y hubo una ocasión en la que estuvo un grupo de enfermeros búlgaros hace tiempo. Un gran equipo -le dije.

- Eso parece, sí. ¿Le importa si le hago una pregunta más?

- Adelante - respondí.

- ¿Por qué está aquí, y no con su familia? -me preguntó- ¿No tiene usted miedo?

- No tengo miedo -admití-. Ayudar a otros es algo que me hace sentir bien, realizada digamos.

- ¿Y su hija? ¿No se siente mal al ver que está usted perdiéndose los mejores años de su infancia?

- Por supuesto, es algo que me pesa y me persigue todos los días, pero si hago esto es porque así podré darle un buen futuro, enseñándola que siempre podemos hacer algo por cambiar las situaciones que no nos gustan.

- Eso está bien, querida, y su hija se lo agradecerá algún día -me dijo, cogiéndome de la mano.

- Al igual que la suya -la sonreí.

- Sí, bueno... De momento, no ha hablado ni dicho nada desde que nos fuimos de Karukh, ha sufrido mucho hasta hoy, y verme así y a su padre... bueno, ya sabe, no ha sido la mejor imagen para ella. Shamila quiere seguir adelante por sus hijos -me explicó-, pero no deja de ser una niña.

- Así es, pero, como dicen, el tiempo todo lo cura, y ahora tiene a su madre -sonrió afirmando.

De pronto, como de la nada, se escucharon voces que venían de las afueras del hospital, pero lo que de verdad me alarmó fue pocos segundos después cuando escuché una explosión. Los niños empezaron a asustarse, los compañeros que estaban en la cama hicieron ademán de levantarse, aunque algunos de ellos seguían muy débiles. ¿Qué acababa de pasar?

Me levanté de la cama de la madre de Shamila y me dirigí a la entrada del hospital, pero me tuve que parar en seco, y esconderme detrás de una pared. Pude contar muchos más hombres de los que me hubiera gustado ver, con armas y cinturones de explosivos, disfrazados de enfermeros, con barbas largas y rizadas. Mis piernas se habían paralizado, quería volver para avisar al resto de compañeros de la sala de espera y del quirófano, pero no sabía cómo, no era capaz de reaccionar a lo que estaba pasando.

Estuve lo que parecían unos escasos minutos escondida, pensando en mis posibilidades, algo escasas teniendo en cuenta que esos hombres iban armados hasta los dientes y yo había dejado mi arma junto a mi cama cuando volvimos hace unas horas de la exploración. Finalmente, vi cómo se decidieron a dejar a uno de ellos vigilando la entrada y el resto se dirigía al quirófano, así que yo aproveché para dirigirme sigilosamente a la sala de estancia. Pero cuando llegué me dí cuenta de dos cosas: la primera, que eran más hombres de los que podría haber esperado, y la segunda de que llegaba tarde.

Allí estaba yo, en la puerta de la sala, con las manos en alto. En ese momento, parecía que me había quedado sorda, no era capaz de escuchar nada de lo que estaba pasando a mi alrededor, veía como lloraban los niños, como gritaban las mujeres al ver a como disparaban a mis compañeros enfermos, y como se desangraban, pero yo no escuchaba nada, ni si quiera el insoportable sonido que desprende el



monitor que está conectado a una persona, cuando sufre una parada cardiaca. Nada. Al igual que tampoco escuchaba las voces de los hombres armados, veía como me miraban y como gritaban cosas en árabe, pero no era capaz de entender una sola palabra. Entendí algo que me dijeron cuando me cogieron del brazo y me empujaron contra el suelo, haciéndome caer.

Me manché las manos de la sangre de mi compañero. Miré a mí alrededor y los hombres armados estaban colocando explosivos por toda la sala y por todo el hospital: iban a volarlo. Los hombres empezaron a traer a más de mis compañeros, que fueron empujados uno a uno contra el suelo, como hicieron conmigo.

Uno de mis compañeros se acercó a mí y me dijo:

- Van a volar el hospital. Joder, van a volar el hospital -dijo asustado.

- ¿Dónde está el resto? -pregunté yo.

- No lo sé, a nosotros nos pillaron volviendo de echar gasolina al camión, no nos dieron ni tiempo a coger nuestras armas. El resto de vehículos están hechos añicos y, por lo que hemos oído, han matado a los compañeros que estaban en quirófano.

- Dios mío -dije yo, pensando en si había llegado el momento de perder la esperanza.

- No sé si tenemos alguna opción, o si hay algo que podamos hacer.

- Yo tampoco lo sé; he dejado mi arma junto a mi cama, y ni si quiera sé cuántos hombres hay en total. Dios mío.

En ese momento me sentí tan impotente. El hecho de no poder hacer nada hizo que perdiera toda esperanza. ¿Íbamos a morir? ¿No iba a volver a ver a mi hija? Deseé por primera vez en toda mi vida, no haberme levantado ese día, no haber vuelto a subir en ese avión, desearía haber decidido en ese instante, que el momento de quedarme junto a mi familia había llegado, que el momento de dejar Afganistán había llegado. Pero no, ahora mismo me encontraba diciéndome a mí misma lo mala madre que era por haber fallado a mi hija y a mi pareja, por haberles dejado en Madrid, cuando yo debería haber estado a su lado.

¿Por qué no lo hice? No dejaba de preguntarme eso. Cogí la foto de mi hija y dije, perdóname.

Pasado un tiempo, todos los hombres que había en la sala se marcharon quedando tres de ellos. Aún así, no pudimos hacer nada; seguía siendo peligroso, pues podían hacer saltar por los aires el hospital con nosotros dentro en cualquier momento, así que el resto de compañeros decidimos quedarnos dónde estábamos.

Eché un vistazo a las personas que quedábamos; éramos siete soldados vivos y unos doce civiles; entre ellos, estaba en el suelo la madre de Shamila, junto a su hija y a sus nietos. Me acerqué sigilosamente a ellos, arrastrándome por el suelo:

- Todo esto es culpa mía -me dijo-; este es mi castigo por haber matado a mi marido y por haber enfadado a Alá.

- Eso no tiene nada que ver, hiciste lo que creías correcto como madre, hiciste lo que creías que sería bueno por tus hijos -le dije.

- Tengo miedo, no quiero acabar así después de todo lo que he sufrido por mi familia -dijo entre llantos.

- Todo acabará pronto. No tengas miedo.

Pronto, se reunieron todos los hombres en la sala y empezaron a dar voces y a levantar a los civiles del suelo. Vi como levantaban a la madre de Shamila junto a su hija y a sus nietos, vi como los ponían a todos de rodillas y detrás de ellos, los terroristas con las armas levantadas, listos y preparados para recibir la orden de disparo.

Fue entonces, cuando fui testigo de cómo muchas mujeres se ponían a rezar, pidiéndole a su dios, que las acogiera en el cielo, momentos antes de morir; cómo los niños lloraban al ver caer sin vida al que estaba antes de ellos, asustados; cómo a todos ellos se les apagaba la luz de sus miradas frente a mis ojos y cómo yo moría por dentro al ver que no esta vez no pude hacer nada por salvarlos.

Cuando acabaron con todos los civiles, nos levantaron a nosotros. Algunos intentaron resistirse, sin éxito alguno. Sentada, ahí de rodillas, al borde la muerte, viendo a muchos de mis compañeros tumbados en las camillas, muertos, viendo a los civiles sin vida, me replantee mi concepción de lo que yo consideraba como “mi hogar”. Cuando empecé a trabajar aquí, hace tres años, empecé a considerar a este hospital como “mi hogar” porque era el lugar en el que había podido salvar vidas y sentirme realizada con mi deseo de ayudar a otros. Pero en este “hogar”, había perdido a las personas que me han acompañado en este viaje, había visto demasiada muerte, demasiado miedo, demasiadas lágrimas, y lo peor de todo, sería el lugar en el que iba a romper mi promesa sobre regresar a casa.

Jamás volveré a ver a mi hija. No la veré crecer. Jamás.

Así que mientras veo a través del rabillo de los ojos cómo iban cayendo uno a uno todos mis compañeros, yo, cogí la foto de mi hija, la miro y digo:

- Tú fuiste mi hogar siempre.



# PAZ EN LA GUERRA

**Violeta Casla Díaz**

Tres de septiembre de 2009. Era un día caluroso, aunque parecía que se avecinaba una tormenta. Elsa estaba agotada, hacía un mes y tres días que había llegado al paso de Sabzak en Badghis, pero tan poco tiempo se le había hecho una eternidad. Desde que tomaron el control de este paso entre Qal'eh-ye Now y Herat por orden de la OTAN todo parecía tranquilo, todo lo tranquilo que podía estar un país en guerra. No obstante, esta extraña tranquilidad transmitía a Elsa todo lo contrario, que algo iba a estallar en cualquier momento, se sentía tensa. En estos días lo único que liberaba a Elsa de esa extraña sensación de tensión era recordar cómo había llegado hasta ese preciso momento.

Elsa recordaba bien la historia que le enseñaron sobre el país al que debería desplazarse por tiempo indefinido. Afganistán prácticamente no había conocido lo que es la unión de un país nunca, pero a partir de 1992 todo fue a peor, cuando el régimen socialista afgano colapsó y comenzó una guerra civil por el poder del país. A Elsa le resultaba absurdo haber descubierto que un país se encontraba en guerra desde hacía tantos años solo porque ella debía mudarse allí; parece que el primer mundo da la espalda al resto de países hasta que se ven obligados a involucrarse en ellos.

Para el resto del mundo todo estalló a finales del verano de 2001, cuando dos aviones secuestrados por yihadistas derribaron las torres gemelas en Estados Unidos. En ese momento el resto de países

primermundistas dejaron de dar la espalda para dar la cara, cuando atacan a uno de los tuyos todo da más miedo. El autor intelectual de este atentado, Osama Bin Laden, se encontraba bajo protección del gobierno afgano que se negaba a entregarle a los Estados Unidos de América. En este momento la guerra afgana dejó de ser civil para convertirse algo mucho más grande, de calado internacional.

Elsa nunca imaginó que un atentado al otro lado del Atlántico podría haberla llevado hasta donde estaba, el 11S marcó su vida igual que la de tantas otras personas. La guerra no era como le habían enseñado en la Academia, tenía que vivirla para entenderla. Además, ser mujer en un “mundo para hombres” se hacía cada día más difícil. Había llegado a Afganistán en 2003 cuando la OTAN tomó el mando de la ISAF, pero no fue hasta dos años más tarde cuando se asentó en Badghis. La vida que había dejado en España parecía cada vez más un tenue recuerdo que una realidad que esperaba a su regreso.

De pronto un estruendo liberó a Elsa de sus pensamientos, se puso en pie rápidamente y salió de la tienda para comprobar qué había pasado, al parecer algo de maquinaria se había derrumbado. Nada importante, o al menos nada en lo que ella pudiese ayudar. Cada vez que escuchaba un ruido extraño cercano, Elsa se estremecía, vivía en constante alerta y eso a veces le pasaba factura, hacía muchos años que no dormía en condiciones. Volvió a la tienda y así volvió a adentrarse en sus recuerdos, ahora pensaba en el día que cambió su vida, 13 de agosto de 2003, el día cogió su vuelo rumbo a la guerra.

Cuando aterrizó en Afganistán estaba nerviosa y tenía miedo, hacía mucho que no se sentía así, tenía un nudo en el estómago y le faltaba el aire, pero aún así su expresión parecía transmitir cierta seguridad y tranquilidad. Elsa era consciente de que no podía mostrarse débil ante sus compañeros, era la única mujer, no estaba dispuesta a escuchar burlas ni comentarios machistas de los que tanto le había costado librarse en la Academia. Uno de los militares ya asentado en Afganistán desde hacía un tiempo condujo al nuevo grupo hasta un

camión en el que subieron todos rumbo a su nuevo “hogar”. Durante el traslado hasta el centro de mando y control Elsa no habló con nadie, solo podía pensar en lo mucho que echaba de menos a los suyos y en que quizás ella no estaba hecha para esto, a pesar de haber luchado tanto para llegar hasta donde estaba, en ese momento deseaba estar en casa. Parecía ilógico y se sentía culpable por tener esos pensamientos, ¿por qué sentía que debía echarse atrás ahora? Estas eran el tipo de preguntas que le hubiese gustado que le enseñasen a responder en la Academia.

Elsa recordaba que al llegar al centro de control vio a un hombre alto, de pelo castaño y ojos marrones, no tenía nada en especial, pero, para Elsa, destacaba sobre el resto. Cuando apartó la vista del hombre que, sin quererlo, le había robado la atención, se dio cuenta de que había varias mujeres, por fin sintió algo de tranquilidad. No eran muchas, pero para Elsa era todo un alivio sentirse un poco más acogida dentro de ese espacio repleto de hombres. Sabía que quizás ni siquiera fuese a entablar conversación con ellas, no había ido allí para hacer amigos, pero su simple presencia suponía para Elsa algo de paz en medio de toda esa guerra. El misterioso hombre se acercó hacia el grupo recién llegado, Elsa sintió muchos nervios mientras se aproximaba, no entendía por qué, pero algo en él la hacía sentirse vulnerable. El hombre se presentó, era el comandante Moreno, dentro de sus pensamientos a Elsa le parecía hasta casi gracioso recordarle por ese nombre, para ella hacía mucho tiempo que era Miguel. Su voz era grave y firme, pero para Elsa era la voz más dulce que había escuchado en mucho tiempo. Elsa era consciente de que el comandante estaba hablando, veía como sus labios se movían y escuchaba su tono de voz, pero no podía concentrarse en lo que sus palabras decían, estaba absorta en la imagen de aquel hombre; nunca antes le había ocurrido algo así. Entonces, el grupo echó a andar siguiendo al comandante, en ese momento Elsa volvió al mundo real y siguió al grupo sin saber con certeza a donde se dirigían, llegaron a una zona con tiendas de campaña y allí dividieron a los recién llegados en varios grupos, cada uno de ellos con una tienda asignada, a Elsa y a otros cinco compañeros les asignaron una tienda igual que las del resto, pero se encontraba justo al lado de otra mucho

más grande y vistosa, Elsa supuso que era la tienda de los altos cargos; lo confirmó cuando, de reojo, vio como el Comandante Moreno se adentraba en ella mientras se quitaba la gorra, probablemente iba a descansar, ya apenas había luz.

Elsa se acordaba bien de que, cuando entró en su tienda, se dio cuenta de que de nuevo volvía a ser la única mujer, volvía a sentirse fuera de lugar, aunque cada vez le importaba menos. Colocó como pudo sus pocas pertenencias y se metió en la cama, si es que podía considerarse aquello como una cama. Sacó de bolsillo una foto y la observó, sin poder contener las lágrimas, enseguida se percató y se limpió las mejillas húmedas, no quería mostrarse débil ante sus compañeros. La foto mostraba a un niño moreno de ojos verdes y de apenas cuatro años, risueño e inocente, era su hijo Daniel; aún 6 años después, mientras recordaba cómo había empezado todo, conservaba esa foto, algo más arrugada y descolorida, pero para Elsa cada día que pasaba tenía más valor. Le echaba mucho de menos, nunca habían estado más de dos días separados, seguramente por el hecho de que era madre soltera y era la única responsable de su hijo; Elsa se quedó embarazada muy joven y su, por aquel entonces, novio no quiso hacerse cargo del niño. Elsa recordaba que volvió a meterse la foto en el bolsillo del pantalón y cerró los ojos intentando conciliar el sueño, que no tardó en llegar, probablemente porque estaba más agotada que nerviosa.

Elsa rememoraba a la perfección como fue su primer día de trabajo en Afganistán. Mientras que en el sur del país se llevaba a cabo la Operación Libertad Duradera del Ejército estadounidense contra los talibanes, en el resto del país la ISAF (Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad), fuerza de la que Elsa era participante, se encargaba de prestar asistencia militar al gobierno afgano para la reconstrucción del país. Su trabajo consistía en controlar y vigilar que todas las tareas de reconstrucción pudiesen llevarse a cabo con total normalidad; básicamente debía pasearse por la ciudad portando un arma para que los que pretendían entorpecer las tareas del gobierno se lo pensasen dos veces antes de actuar; no obstante, algunos valientes



intentaron sabotear la misión de reconstrucción del país, pero sin éxito. Y así pasaron dos años, rememoraba Elsa, dos años paseando con un arma sin siquiera haber apretado el gatillo una sola vez, si bien es cierto que estaba en una zona bastante segura y eso la tranquilizaba estaba comenzando a odiar la tranquilidad y la monotonía. Lo único que rompía su rutina esos días era pasar tiempo con el comandante Moreno o, mejor dicho, Miguel; con el paso de los meses habían establecido una amistad gracias a la que ambos consiguieron disfrutar un poco de su estancia en Afganistán.

Entonces llegó mayo de 2005, Elsa pasó a formar parte del Equipo de Reconstrucción Provincial y se trasladó a Badghis. Miguel sin embargo no formaba parte de este equipo, Elsa recordaba bien la despedida, cada vez las odiaba más, estaba harta de tener que separarse de aquello que le hacía feliz, pero suponía que así debían ser las cosas cuando formas parte del ejército. No todo fueron malas noticias, en diciembre de ese año por fin pudo viajar a España por unas semanas y ver a su hijo, fue bonito mientras duró, pero el 15 de enero tuvo que volver a la realidad. Y así pasaron los años, bienvenidas y despedidas una vez al año, con suerte dos, cartas a Miguel y paseos armada. Elsa se puso muy triste al recordar estos momentos, no había visto crecer a su hijo, no había estado en sus peores momentos para apoyarle ni tampoco en los mejores para celebrarlos juntos. También sintió pena al recordar a Miguel; para Elsa, Miguel era algo más que un buen amigo, pero no sabía si él sentía lo mismo, nunca se atrevió a confesarle sus sentimientos y, ahora que estaban tan lejos, se arrepentía cada día. Cada vez que estos pensamientos invadían a Elsa intentaba pensar que todo aquello era justificado, que lo estaba haciendo por una causa mucho mayor: conseguir algo de paz en la guerra.

Así terminaba Elsa de rememorar su historia en Afganistán hasta el momento. Salió de su tienda y se dio cuenta de que el sol ya se había puesto así que decidió meterse en la cama y tratar de descansar, al día siguiente tenía guardia. Se metió en la cama y sacó del bolsillo la foto de su hijo Daniel, como todas las noches desde hacía seis años, le

dio un beso y volvió a guardarla. Cerró los ojos y sin darse cuenta se quedó dormida casi instantáneamente, estaba cansada mentalmente de tanto pensar.

En medio de la noche Elsa se desveló al escuchar mucho revuelo, se levantó de la cama y salió de la tienda, vio como todos sus compañeros estaban agitados, hablando todos a la vez; se acercó al grupo y preguntó a uno de sus compañeros qué había ocurrido. Al parecer los insurgentes habían atacado al grupo que estaba de guardia en el paso de Sabzak y había salido herido uno de los suyos, nada grave, pero debían mandarle de vuelta a España. Enseguida el comandante alzó la voz y ordenó que todos los soldados se fueran a dormir. Elsa volvió a meterse en la cama, intentó conciliar el sueño de nuevo, pero esta vez no pudo, y si hubiese sido ella la que tenía guardia esa noche, ¿habría estado a la altura de las circunstancias? Su cabeza le traicionaba, no paraba de hacerse toda clase de preguntas de las que no tenía respuesta.

Un rayo de luz iluminó la cara de Elsa que poco a poco abrió los ojos, se había quedado dormida sin darse cuenta, pero debió de ser tarde, seguía cansada, no quería levantarse de la cama. Tras unos minutos intentando asimilar lo que había ocurrido la noche anterior, Elsa se levantó de la cama, se aseó y se vistió; tenía miedo. Sentía que la tormenta cada vez estaba más cerca, pero ese día no cayó ni una gota de lluvia, la tormenta que se avecinaba era mucho peor que unos chubascos.

Ese día la misión del grupo de 100 efectivos, entre los que se encontraba Elsa, era dar protección a un convoy de la policía afgana, con el que se deberían reunir. Elsa se subió a uno de los vehículos del convoy, un todoterreno, había unos treinta más; con arma en mano y rodeada de todos sus compañeros se sentía desprotegida, algo extraño. El convoy compuesto por tres decenas de vehículos comenzó su camino; para encontrarse con el convoy afgano debía atravesar por el

paso de Sabzak, pasarían por el punto que habían atacado la noche anterior. Elsa estaba nerviosa, la tormenta se le echaba encima, de pronto su vehículo frenó en seco, se oyeron un par de disparos, en ese punto Elsa sentía que se le iba a salir el corazón del pecho. Todos los soldados que estaban en el interior del vehículo se miraron unos a otros y sin mediar palabra salieron todos al exterior con el arma lista para descargar.

Elsa fue de las primeras en salir, aunque estaba muerta de miedo. En cuanto los soldados empezaron a salir de sus vehículos, los talibanes, escondidos en ambos laterales del paso, comenzaron a disparar contra ellos. Elsa se puso a cubierto, detrás de una puerta del todoterreno. Era la primera vez que estaba en un combate real, todo lo que había aprendido en la Academia se borró de su mente como por arte de magia, solo podía seguir su instinto para tratar de salir de allí ilesa. Mientras los talibanes disparaban contra los vehículos Elsa solo podía pensar en que este ataque no era improvisado, estaba perfectamente planificado, y sería más difícil ganarlo. A su lado, resguardado con ella tras una puerta de chapa, estaba José, uno de sus compañeros de tienda. Ambos disparaban unas tres veces por minuto contra los talibanes, evitando que se acercasen al convoy, pero no tenían suficiente ángulo como para derribarlos o herirlos. José y Elsa no hablaban, solo se miraban, no les hacía falta nada más para saber que ambos se sentían exactamente igual. Pasaron dos horas y media de combate que para Elsa se hicieron una eternidad, los talibanes aún no se habían rendido y, a pesar de que el convoy español solicitó apoyo aéreo, no pudo aprobarse el bombardeo por la cercanía de población civil. Estaban solos.

Pasó otra media hora y los talibanes cada vez estaban más cerca de conseguir su objetivo, lo que decidiesen hacer los soldados españoles en ese momento era decisivo para el combate. Entonces José pronunció la primera palabra tras tres horas de silencio:

- Si consigo llegar a la roca al otro lado del paso, tendré suficiente ángulo para reducir a los talibanes – dijo el soldado.

- Es demasiado arriesgado – le replicó Elsa.

- Es nuestra única oportunidad de acabar con ellos -contestó José-. Necesito que me cubras.

A Elsa le parecía una locura, pero José tenía razón, le miró y asintió. Contaron hasta tres y entonces José salió corriendo, a la vez que disparaba, hacia el otro lado del paso; mientras, Elsa disparaba al grupo de insurgentes casi con medio cuerpo fuera de su “escudo” de chapa. José consiguió llegar a la roca y Elsa pudo volver a cubierto, se sentó en el suelo y suspiró, tenía el corazón a mil y las manos le temblaban. Sintió un picor extraño en la pierna e, instintivamente, se llevó a la mano a esa zona, para su sorpresa estaba húmeda, entonces miró hacia abajo, con miedo, y vio que su pantalón se había teñido de rojo. Entró en pánico, la pierna le dolía más cada segundo que pasaba; por suerte, José se estaba ocupando de los causantes de su herida. Uno de sus compañeros al otro lado del vehículo se dio cuenta de la situación y llamó por radio a primeros auxilios.

Pasaron unos 20 minutos hasta que el equipo médico consiguió acceder al paso, para entonces José ya había conseguido abatir a tres insurgentes y el grupo se había retirado. El combate no había acabado, duraría casi 3 horas más, pues quedaban muchos grupos por abatir aún, pero Elsa se sentía orgullosa de haber participado en acabar con uno de ellos. Cuando los médicos vendaron a Elsa y la subieron en la camilla no pudo evitar echarse a llorar, por primera vez le daba igual mostrarse débil, le daba igual su imagen y le daban igual los comentarios que hiciesen sobre ella. Estaba cansada y herida, pero la tormenta ya había pasado, sabía que iba a volver a casa por la lesión. Quizás ese era su destino, un mal menor para conseguir algo de felicidad junto a los suyos; para conseguir algo de paz en su guerra.

# MARGHOZAR

**Khalid Hamouiat**

Habíamos salido por la madrugada desde la basa aérea de Zaragoza en un Hércules C-130 hasta Omán, mis compañeros desde un primer momento se les veía bien, mientras que a mí, el dolor de estómago, por los nervios debo decir, no me dejó tranquilo hasta pasadas las dos de la tarde. En aquel momento ya habíamos salido hacia Kabul, desde allí tuvimos que cruzar todo el país de este-oeste para llegar a nuestro destino final. A lo largo de las horas me fijé mucho en la situación del país, niños en la calle, desesperados, hombres con barbas que llegaban hasta el suelo y mujeres, de las pocas que había, tapadas de pies a cabeza. Luego de ello me llevó el sueño, al despertar el paisaje era desértico sin un fin aparente, lo que me condujo una vez más a dormir.

A esas de las nueve de la noche ya habíamos llegado a Badghis, concretamente a su capital Qal'eh-ye Now, una zona, que no tenía mucho que ver con lo que había visto hasta entonces, era todo verde, con bosques y un cielo estrellado, donde paradójicamente se respiraba paz. En la capital teníamos nuestra base principal, la Ruy González de Clavijo, a la entrada, había unos más veteranos que otros, algunos que no han sido remplazados y llevan desde el 2002, otros son del 2007, y nosotros, los nuevos que estábamos desde ese julio del 2009, con el objetivo de instruir a la Armada Nacional de Afganistán ante el peligro talibán, además todas las misiones que hiciéramos estaban en manos de

la OTAN mediante la International Security Assistance Force, nosotros la llamábamos la ISAF.

Ya de noche me presenté a los compañeros, no solo éramos militares, sino también estaban unidades de apoyo logístico, ingenieros, equipos de desactivación de explosivos y médicos. Me fijé en una médica, que se veía muy aplicada en su trabajo, rubia, bajita y con los ojos azul marino, que luego me enteraría de que se llamaba Andrea y que fue la primera en preguntarme por mi nombre, yo le respondí amablemente que me llamaba Aníbal, quedamos charlando un buen rato hasta que nos despedimos. Esa noche pensé en lo que me iba a esperar, unas semanas de esfuerzo duro, en un país peligroso del que no sabes lo que puede pasar, campos de minas, talibanes infiltrados o a saber qué.

Pasaron los días, entrenábamos duro, unos días hacíamos el Bootcamp, que eran ejercicio con nuestro propio peso; flexiones, abdominales, sentadillas, dominadas y otros días realizábamos carreras y marchas de unos veinte o veinticinco kilómetros con la mochila de combate y fusil alrededor de la zona. Recuerdo los días que hacíamos entrenamientos en la base y que Andrea, y otras mujeres médicas, solía pasar a vernos o a verme, en ese momento no lo sabía con certeza.

- ¿Que tal el entrenamiento de hoy? –dijo ella-

- Bien, aquí tirando, dentro de tres días empezamos la instrucción a los militares afganos, a ver qué tal.

- Yo la semana que viene tengo que ir a la base de Herat, donde pondremos en marcha la construcción del hospital de la campaña Role 2E, ayudaremos a inocentes que no tienen culpa de todo lo que les está pasando en su país. Recuerdo, en mi misión en Irak haberle cogido tanto cariño a un pequeño que quise adoptarlo, se llamaba Akram, murió mientras jugaba al fútbol con unos amigos, lo que no sabían es que ese campo tenía una mina que iba a acabar con su vida. Los otros tampoco se salvaron, uno se quedó sin un brazo, Abdel, y Anwar le tuvieron que

mutilar las dos piernas. Es algo horroroso y que agota mentalmente durante años.

- Bueno... pues si es duro... no sé qué decir...

- No te preocupes, es lo que nos toca a algunos.

- Oye, sé que esto no tiene nada que ver, pero antes de irte podríamos hacer algo.

Después de aquello, esa misma noche fuimos a las afueras de la base, pero sin alejarnos mucho para disfrutar de la velada.

Pasaron los días, ella se fue, mi equipo y yo empezamos nuestra misión de instrucción mediante los denominados equipos operativos de monitorización y enlace. Siguieron pasando los días, las semanas y los meses hasta que llegamos a agosto, con un calor insufrible, gracias a dios que estábamos en una zona que no era muy desértica ya que los árboles refrescaban un poco y el agua del pozo que había, siempre estaba fresca a pesar del calor, con agosto llegaron los rumores de que habían aumentado las infiltraciones de los talibanes en Badghis y Herat, pero sobre todo en la provincia en la que estábamos la mayoría de los españoles.

Desde un principio no le hacía caso a los rumores, como siempre había hecho en otras misiones, pero esta vez tenía un raro presentimiento, este se prolongó hasta la entrada de septiembre cuando incrementaron los ataques a convoyes militares en Sabzak, que era la única vía de suministros entre Qal'eh-ye Now y Herat, por lo que tenía una importancia vital entre las dos provincias.

Así, la mañana del dos de septiembre, nosotros, el Ejército de Tierra, decidimos llevar a cabo una operación, con la supervisión de la OTAN, claramente, para proporcionar la tranquilidad y seguridad a la zona. Esta operación fue encargada a la misión en la que estaba, la del

Grupo Táctica Español de Apoyo a las Elecciones. Para su ejecución, nos hemos dividido por periodos de tiempo, quedándonos separados en dos campañas, las denominadas Canarias y Tenerife, ambas procedentes del Regimiento de Infantería; por otro lado, también tuvimos la ayuda de nuestros compañeros los italianos facilitando así la misión.

A la madrugada del día siguiente, la del tres de septiembre, fuimos dirección Sabzak a luchar contra las insurgencias de los talibanes y sus aliados los tayikos liderados por Ishan Khan. Nadie le dice a los ciudadanos lo que un soldado siente en el campo de batalla, esta vez, al declararme ante mi enemigo, por un momento todas las instrucciones y adiestramientos se me olvidaron y, pero no había tiempo para pensar, era tiempo de actuar.

Para detener al enemigo, avanzamos con los cuatro tanques hacia el arroyo de un río cercano, quedando los camiones blindados, protegidos, en la parte de atrás. De repente nos dispararon, por lo que los soldados que estaban en los tanques salieron a la parte superior de estos con las metralletas pesadas, y los que estaban en los camiones, entre ellos yo, tuvimos que salir de estos en dirección a los tanques para disparar entre la gran nube de polvo. Vi como mi compañero José disparaba a un talibán en la frente, dejándolo ahí a la milésima de segundo; yo, sin embargo, no llegué a matar ninguno, pero le disparé a un tayiko, creo, porque su vestimenta era diferente, en la parte del pecho, un poco más arriba del corazón por lo que lo dejé fuertemente herido. A las tres horas, habíamos dejado totalmente desgastados a los talibanes, y los que quedaban se escaparon hacia una aldea que se llamaba, Marghozar. Al final de la batalla, a la vuelta de la base, a través de tres helicópteros italianos, además de nuestros vehículos y tanques, hicimos el recuento de las bajas que hemos causado en el enemigo, acabando con la vida de trece insurgentes y dejando heridos a tres.



A los dos días nos llegaron noticias de que los talibanes huidos de la batalla estaban causando caos en la aldea de Marghozar y las cercanas a ella, que habían dejado a muchos civiles heridos, por lo que suponía que tenían que ir médicos de nuestro ejército. Efectivamente, un día antes de ir a la aldea, por la noche, escuché al sargento Enrique, al pasar por un pasillo para ir a hacer mis necesidades, que se tenían que venir algunos médicos del hospital de Herat por la falta de personal que teníamos aquí, con esas palabras; yo solo deseaba que entre estos médicos estuviese Andrea.

Nos levantamos a la madrugada para marchar a la aldea, según los planes, nos íbamos a encontrar con parte del equipo, entre ellos médicos, que venían de Herat, a mediados del camino, cerca de la entrada. Una vez más fuimos con nuestros tanques, camiones blindados, fusiles y toda la artillería pesada. Así, a la entrada de la aldea vimos al equipo, y mi corazón se ablandó, porque vi a Andrea con una sonrisa de oreja a oreja, algo que me contagió, pero no era ni momento ni lugar para detenernos a abrazarnos.

Antes de la entrada hicimos un plan que se regía de la siguiente manera: nos íbamos a repartir en dos grupos, el grupo A iría por el sur de la aldea y el B por el norte con el fin de acorralarlos. Dicho esto, por desgracia Andrea la puso Enrique en el grupo B mientras que yo estaba en el A, queriendo estar a lado suya para protegerla.

Una vez dentro de la aldea, la que suponía que era la avenida principal, estaba destrozada. Vi como una mujer estaba llorando desconsolada frente a la puerta de su casa con un burka que le estaba asfixiando mientras que un hombre, al otro lado de la acera estaba tirado cabeza abajo en el suelo, uno de los médicos que nos acompañaba salió corriendo en su auxilio, pero ya era demasiado tarde. De repente escuché unos disparos, mis compañeros Javier y Miguel rápidamente sacaron los fúsiles mientras yo intentaba localizar de dónde venían estos, a los segundos me di cuenta de que venían de un talibán que estaba en una terraza cercana, rápidamente saqué el fusil y le di; el tiro

fue directo hacia la pierna, de ahí se cayó al suelo ya medio muerto y el siguiente tiro fue de Javier que le dio en la parte céntrica de sus sesos. La adrenalina subía, el médico dejó al hombre de la acera, se acercó rápidamente y fuimos a por más caza, pocos minutos después nos dispersamos y yo fui hacia unas callejuelas, donde me paso algo, que de cierta manera, me cambió la vida.

Escuche unos gritos en una de estas pequeñas calles, rápidamente fue hacia esa dirección, no era una tarea sencilla, pues eso parecía un laberinto. Tardé unos minutos hasta que encontré la casa, bueno, más que una casa, parecía una pequeña chabola. Una vez que estaba ahí, no me podía creer lo que estaba viendo, me entraron fuertes mareos, el color rojo me apabullaba, me molestaba. En esa pequeña habitación todo estaba manchado de sangre, en esa sala de estar estaba la madre muerta y tirada en el suelo, escuché un grito más, detecté que era femenino y de una cría y una voz de un hombre, que decía “galishu”, que es de las pocas palabras que sabía en pastún y que significaba – cállate- por lo que sabía que sería un talibán. Sigilosamente fue hacia la habitación de dónde venían los gritos, una vez que entré, vi como el hombre tenía intención de aprovecharse de la pequeña, por lo que no lo pensé dos veces y le pegué dos tiros seguidos en la cabeza. Silencio, es lo que escuchaba después de aquello, un silencio profundo acompañado de un pitido en los oídos, la situación era muy desagradable, en esa habitación había dos muertos, el enemigo y un hombre en la esquina, que solo vi después de la matanza, lo más seguro que era el padre de la pequeña en un intento salvar la vida de su hija y no pudo.

Rápidamente cogí la niña en brazos y salí corriendo de ahí hacia las afueras de la aldea, donde estaba uno de los tanques. Después de todo lo que había visto y pasado, necesitaba paz mental. Una vez llegué, dejé la niña en la parte trasera del tanque y yo me puse, solo, en una de las esquinas a procesar todo lo anterior. Por un momento, estaba tranquilo, pero esa no era la realidad, porque pasaron unos minutos desde que empecé a llorar desconsoladamente, y no por matar a un

odioso enemigo, sino por ver inocentes tirados en el suelo y privados de su derecho a la vida.

Pasada una media hora, se escuchó por la radio del tanque, que habíamos acabado con nuestra misión exitosamente, por el hecho de que no hubo ninguna baja de nuestro bando.

A los dos años de esta misión, mi vida cambió radicalmente.

La misión en Afganistán fue una de las más duras que he tenido en mi vida, después de todo lo que pasó, llevé a la niña a un orfanato, mi relación con Andrea evolucionó y al final le acabé pidiendo matrimonio, aceptó y nos casamos a los seis meses de volver a España. Ella, que aún tenía las ganas de adoptar un Akram, le convencí de la idea de adoptar a la pequeña niña que salvé y, encantada de la vida, aceptó. Finalmente, después de muchos papeleos, subidas y bajadas burocráticas, por fin adoptamos a Huda, sí, le pusimos ese nombre tan bonito, la matriculamos en un colegio para lograr un buen futuro y fuimos una familia felizmente feliz.



# **SHPRESA**

**Leire Mirandona Olaeta**

*“Es obligación de toda persona nacida en una habitación más segura abrir la puerta cuando alguien en peligro llama”*

*Dina Nayeri*

Se incluye un pequeño glosario para la mejor comprensión del relato:

*Shpresa*: esperanza

*Babi*: papá

*Mami*: mamá

*Gjyshi*: abuelo

ELK: Ejército de Liberación de Kosovo

*Invierno de 1998, Gradicë, Distrito de Mitrovica, Kosovo*

9 de la noche. Hace dos horas que *babi* llegó a casa del trabajo – es profesor de literatura albanesa – y tras cenar en familia, nos sentamos junto al fuego para leer antes de dormir. *Mami* y *babi* intentan ocultarlo, pero sé que algo ocurre, algo que les tiene muy preocupados. Cada noche, cuando debería estar durmiendo, los oigo hablar sobre temas relacionados con ejércitos y huidas, historias que me recuerdan a las que *babi* me lee cada noche, junto al fuego. Mi hermano Skënder dice que hay un monstruo escondido en el bosque y que, por la noche, rapta a gente. Según él, esa es la razón por la cual cada vez hay menos gente en el pueblo, y los que no han sido capturados aun, han huido. La verdad es que me temo que pronto nuestra familia lo hará también.

Mientras escucho con atención las tiernas palabras de *babi*, miro a *mami*, que tiene a mi hermana *Shpresa* en brazos. Tiene los ojos cerrados, mientras el calor del fuego la abraza y la dulce voz de *babi* la mantiene en calma. De pronto, unos bruscos golpes despiertan a la pequeña. El ruido ya me resultaba familiar, era el mismo que escuchábamos hacía unas semanas antes de que el monstruo se llevase a dos amigos de *babi* al bosque.

Tan pronto como Skënder abrió la puerta, hombres armados entraron y lo tiraron al suelo. Llegaron hasta el salón, propinaron un golpe a *babi*, le apuntaron con una pistola y, junto a Skënder, los llevaron al bosque.

Los monstruos habían entrado en casa y se los llevaron al bosque, ese bosque que traga a los hombres.

Aterrorizada, me quede en casa con *mami* y *Shpresa*, que no paraba de llorar. Los monstruos dijeron que se los habían llevado para que colaborasen con el ELK, sin yo comprender como *babi* y Skënder serían nunca capaces de apoyar la violencia. Cualquiera en un radio de

100 metros podía escuchar los gritos y súplicas que venían del bosque, incluso se le oía a *babi* rezando a Allah.

Pasaron días sin saber nada de ellos. Aunque *mami* me dijera que volverían pronto, sabía tan pronto como se adentraron en el bosque que esa sería la última vez que los vería. Al de una semana avisaron de que se habían encontrado cuerpos en el bosque. Fui con *mami* y *gjyshi* a confirmar lo que todos sabíamos. Me ordenaron quedarme con *Shpresa* y no acercarme a donde yacían mis tan queridos padre y hermano, que una semana antes estaban compartiendo conmigo el hogareño calor del fuego. Ignorando las órdenes de *gjyshi*, me acerqué lo suficiente para poder ver el rostro deformado de *babi* y una herida con una forma extraña. Más tarde me vino a la mente el recuerdo de una tarde en la que estaba jugando en la calle, cuando los niños empezaron a hablar sobre otras personas capturadas por los monstruos que fueron marcadas la letra cirílica «S». Dijeron, entre susurros y miedo a ser oídos, pero con la emoción de ser conocedores del secreto, que ese dibujo portado por las personas capturadas significaba «sólo la unidad salvará a los serbios».

Entonces comenzó mi verdadero viaje, el del conocimiento, el del conflicto, el de la madurez apresurada. Entonces comenzó mi transformación de niña oyente de los cuentos de *babi* a una más entre los atrapados en el conflicto kosovar.

*Primavera de 1998, Distrito de Mitrovica, Kosovo*

Han pasado unas semanas desde que vi a *babi* y Skënder por última vez. Cada día tengo más miedo, los monstruos se llevan a más gente al bosque y se oyen tiros por la noche. Estoy aterrorizada. *Mami* no es la misma desde ese día y *Shpresa* también lo nota, parece que la persona que era se separó de ella el momento en el que sus corazones dejaron de latir. La situación en Mitrovica va a peor. Hay una guerra en marcha entre serbios y albanos y no sé muy bien por qué. He oído a los

adultos hablar sobre que algo terrible pasó en Drenica: que los monstruos se habían llevado a mucha gente. Tengo mucho miedo. No entiendo por qué la gente está desapareciendo ni por qué no podemos salir de casa de *gjyshi*. Los adultos no me cuentan nada, solo sé que aquí estamos en peligro. Hemos recogido nuestras pertenencias y mañana partiremos hacia el sur. No sé muy bien a donde iremos, pero solo sé que aquí no nos podemos quedar. La violencia va a más y quiero y necesito alejarme de los monstruos del bosque.

No sé cuándo volveré a escribir o ni si algún día volveré a hacerlo. Quiero dejar constancia de que soy Shqipe Krasniqi, tengo 11 años y soy una albanokosovar a punto de huir de su hogar.

*Otoño de 1998, Distrito de Djakovica, Kosovo*

Tras meses sin encontrar donde ni cuando escribir, vengo a contaros un poco más de mi vida. Actualmente me encuentro al oeste de Kosovo, en el Distrito de Djakovica. Nadie sabe dónde estamos exactamente, solo a donde iremos. Ahora mismo, mi único propósito es salir de mi hogar, de mi Kosovo. Tengo a Shpresa en brazos y *mami* nos dejó unos meses atrás. Desde el día en el que nos arrebataron a nuestra familia no volvió a ser la misma. Poco a poco su estado fue empeorando y el frío, la mala nutrición y el agotamiento no ayudaron. Fue este verano cuando, tras días desamparadas en un campo al sur de Peć, abandonó su cuerpo. Desde entonces, hemos sido Shpresa y yo, con ayuda de otros desplazados que hemos ido encontrándonos en el camino hacia la frontera. Éramos de Kosovo, y nuestro único propósito era dejar atrás nuestro hogar con el objetivo de poder sobrevivir.

En estos meses mi visión de la realidad ha sufrido un cambio drástico. Ahora no solo sé que los monstruos se esconden en el bosque y que debo estar alerta para no encontrármelos, sino, por otro lado, los monstruos se enfrentan a otros monstruos, que, según otros desplazados, están de nuestro lado. Yo solo veo violencia, personas



matándose entre sí, y una población aterrorizada por si ellos serán los siguientes.

También he notado que cada vez se ven menos hombres. Otra mujer que viajó hasta Peć con nosotras me explicó que muchos hombres desaparecían y no los volvían a ver, y que otros tomaban las armas y se convertían en monstruos también.

Solo sé que debo cruzar la frontera y escapar de Kosovo. Debo darle a Shpresa la vida que *mami*, *babi* y Skënder nunca pudieron. He abandonado mi hogar con la confianza de que algún día esto tendrá su fin y que volveré, tarde o temprano, a Gradicë.

*Primavera de 1999, Arrën, Condado de Kukës, Albania*

En el largo viaje hasta Kukës, he visto como nuestro grupo se reducía y muchos caían a manos de monstruos de ambos bandos o grupos grandes se convertían en escombros tras pisar una mina. He caminado con los pies doloridos y los zapatos rotos, sin comida en el organismo durante días con la esperanza de cruzar la frontera y escapar de la barbarie.

Al llegar a Kukës, nadie se sorprendió al ver a los centenares de personas mugrientas, haraposas y enfermizas que desfilaban sus calles. Nos miraban con compasión, dispuestos a ayudar.

Con la ayuda de la Cruz Roja y unos uniformados que hablaban lenguas que no entendía, nos trasladamos a Arrën. Allí fue donde conocí a quien sería mi salvación, la familia Vogli. En su casa acogieron a diez kosovares, tres de ellos niños. Tras un año sin sentir el calor del fuego, volví al refugio de los libros creado por mi padre. Había noches en las que nos sentábamos alrededor del fuego y Ajkuna, la señora de la casa nos contaba historias sobre príncipes y princesas de territorios lejanos, mientras mecía a Shpresa entre sus brazos.

En esa casa conocí el significado de la palabra *besa*, el código de honor albanés, y la familia Vogli me enseñó que “*Besa e shqiptarit nuk shitet pazarit*”: el honor de un albanés no puede ser vendido o comprado en un bazar. Me explicaron que, sin importar quienes fueran ni de dónde provenían, siempre tendrán el deber de acoger en su casa a aquel que lo necesite. Esa es la esencia de *besa*.

De ese modo, una noche de mayo, sentados nuevamente junto al fuego, Ajkuna comenzó a contar la historia de cómo su familia acogió a judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Ella era aún una niña, pero lo recordaba como si fuese ayer. Era una familia conformada por Ruth, la madre, y sus hijos, Deborah y Adam, que pronto se convirtieron en los hermanastros de Ajkuna. Se separaron de su padre en su Polonia natal, con la promesa de que él seguiría su camino unas semanas después. Nadie hablaba del tema, pero todos sabían que esa promesa nunca se llegaría a cumplir, y al de unos años se confirmó que estaban en lo cierto.

Ajkuna relató que, a pesar del peligro que supuso la entrada de los nazis en Albania, nadie en el pueblo fue delatado. Es más, incluso aquellos que estaban ante una pistola se negaron a entregar a los acogidos. Al ver la cara de admiración profunda de la sala, Ajkuna, con una expresión neutral, respondió:

- No hicimos nada especial. Es Besa.

En esa casa vi crecer a *Shpresa*. Allí dio sus primeros pasos, dijo sus primeras palabras y cumplió su primer año. Fue allí encontramos el refugio que perdimos aquella fatídica noche de invierno.

A principios de mayo llegó la nueva integrante de la familia Vogli: Ekaterina. Era una mujer búlgara, tendría unos 30 años y no hablaba con nadie. Llegó en muy mal estado, con magulladuras por todo su cuerpo y los pies destrozados por el trayecto, sin haber ingerido ningún alimento durante días.

No sabíamos mucho de ella, se la notaba asustada, pero había un ápice de alivio y esperanza en su mirada. Con los días empezó a hablar un poco, a abrirse y contarnos datos básicos como su nombre, de donde venía y como había llegado hasta Arrën. No fue hasta que una noche al lado del fuego, mientras tenía a Shpresa en brazos y Ajkuna me contaba otra de sus historias, que Ekaterina nos reveló lo que la había traído hasta aquí.

Ekaterina provenía de Govedartsi, un pequeño pueblo al sur de Bulgaria. Cuando su marido murió se quedó con su hijo pequeño y ningún sueldo con el que alimentar a los dos. Así, cuando una amiga le propuso irse con ella a Tirana para trabajar como empleada doméstica, aceptó. Necesitaba ingresos urgentes, y su amiga lo sabía. Dejó a su hijo con su madre en Bulgaria y llegó a Tirana, donde tan pronto como conoció a la supuesta familia, supo que el empleo doméstico nunca existió. Desde entonces todo fue historia.

Le obligaron a ejercer la prostitución y después la vendieron. Así es como llegó a Kosovo, donde siguieron abusando de ella en un bar donde trabajaba como camarera de día y prostituta de noche. Además, con la presencia cada vez mayor de ciudadanos extranjeros en el área, la demanda de trabajadoras sexuales aumentó considerablemente. No transcurrió mucho tiempo hasta que Ekaterina se viera obligada a prostituirse día y noche, sufriendo un continuo trato inhumano, degradante y abusos tanto físicos como psicológicos.

Relató, entre lágrimas, que estuvo a punto de acabar su vida varias veces. Incluso después de la redada policial de la MINUK en la que fue rescatada, siguió con aquellos pensamientos. No fue hasta cruzar la frontera y llegar al campamento de Kukës que decidió seguir luchando. Su único propósito ahora era reencontrarse con su familia.

Las tres nos quedamos calladas durante un rato, arropadas por el calor del fuego, ofreciendo una mirada lánguida pero llena de cariño y compasión hacia nuestra nueva integrante de la familia. Se la veía

relajada, aliviada, como si se hubiera quitado un peso de encima. Noté que era la primera vez en mucho tiempo que tuvo una conversación real con alguien. La primera vez que se sintió cuidada y valorada en mucho tiempo.

Ekaterina tan solo se quedó durante unas semanas con nosotros, pero en ese corto periodo la vimos reírse y recuperar la esperanza. Se había convertido en una más para nosotros. A principios de mayo nos dejó para irse a un campamento español en Hamallaj, al este de Tirana, donde decía que los extranjeros – como ella se refería a las fuerzas internacionales – la iban a ayudar a reunirse con su familia.

*Verano de 1999, Breznë, Distrito de Prizren, Kosovo*

Hace unos pocos días dejé atrás Albania y volví a Kosovo. Ya somos centenares de personas volviendo a nuestras casas, rezando para que quede algún rastro de lo que un día llamábamos nuestro hogar. En la mayor parte de nuestro recorrido nos acompañaron miembros de fuerzas internacionales – extranjeros, como los llamaba Ekaterina – que se aseguraron de que ningún monstruo nos atacara y nos llevara al bosque. No comprendía nada de lo que decían, a veces distinguía alguna palabra en español o inglés, lenguas que *babi* me había enseñado a través de los libros. Desde el momento en el que dejé a los Vogli en Arrën volvimos a ser solo *Shpresa* y yo, las únicas sobrevivientes de la familia. Vuelvo a Gradicë con fe de encontrar a *gjyshi* tras llegar.

Soy consciente de que es muy probable que no encuentre nada en aquel lugar que una vez llamé hogar, al igual que nadie de mi familia, quienes fueron mi refugio. Pero de lo que sí estoy segura, es de que cuando no tienes nada, lo único que no debes perder es la esperanza. Y allá voy, con *Shpresa*, mi esperanza, en brazos. Atravesaremos una senda de pueblos vacíos y casa destruidas, con la esperanza de que nuestro hogar y refugio, sigan esperándonos.

## **MARE MORTIS**

**Patricia de la Puente**

Lo primero que notó Malaka al despertar fue el frío. Quiso incorporarse y desperezarse, pero los músculos, entumecidos por el frío y la humedad, apenas le respondían. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba allí, sentada a horcajadas en el borde de una lancha hinchable, junto con otras veintitrés personas. Entre ellas estaba Amin, su pequeño vecino de ocho años, al que Malaka tenía la responsabilidad de cuidar y criar hasta que pudieran reunirse con sus respectivas familias. El resto de la “tripulación” estaba compuesta por hombres de diversas edades y una mujer en un avanzado estado de gestación.

Todos ellos habían embarcado esa misma mañana con la esperanza de comenzar una nueva vida en Europa, preferiblemente en Alemania, donde decían que era fácil encontrar trabajo. En realidad, a Malaka no le importaba demasiado el país concreto, sólo quería alejarse lo máximo posible de Lidia, la guerra, el dolor y el miedo. El viaje había comenzado muy animadamente, y todas las voces estaban impregnadas de emoción e ilusión por dejar atrás el infierno en el que se habían convertido sus vidas.

Pero a la hora y media de haber comenzado el viaje el motor de la barca empezó a hacer un sonido extraño, y quince minutos después el encargado de mantener el rumbo confirmó lo que en el fondo todos sabían: se había terminado el combustible. Las antes animadas conversaciones disminuyeron considerablemente, y la lancha pasó a impulsarse únicamente por el vaivén de las olas.

Algunas horas después, la mujer encinta vio algo en el agua que interrumpía el monótono paisaje azul. Tardaron unos minutos en distinguir lo que era, pero cuando finalmente lo lograron cualquier ánimo de conversación se extinguió definitivamente. Eran trozos de madera y plástico que en algún momento habían pertenecido a una balsa como aquella en la que iba Malaka. Entre los desechos había trozos de ropa y de chalecos salvavidas que evidentemente no habían cumplido su función. Toda la balsa se había sumido entonces en un profundo silencio que había durado hasta ese momento. Fue Amin el primero en romperlo.

-Tengo sed -murmuró el pequeño. El comentario suscitó suspiros y miradas cariñosas por parte del resto de la tripulación. El agua se había acabado hacía ya unas horas, y todos estaban sedientos.

Malaka tragó la poca saliva que le quedaba en la boca para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Se estaba haciendo de noche, y el hombre al que le compraron el pasaje había asegurado que sólo tardarían dos horas en llegar a Europa.

La familia de Malaka había utilizado todo el dinero que tenían ahorrado para comprar ese pasaje. Sólo podían comprar uno, y no habían podido permitirse pagar los quinientos euros adicionales que costaba el chaleco. La joven, de tan solo quince años, se había negado a abandonar a sus padres y a su abuelo, pero de nada habían servido sus argumentos ni sus súplicas. Una lágrima solitaria se escapó por la mejilla de Malaka recordando el beso que le había dado su abuelo en la frente. “Nos veremos pronto” había dicho él. Pero Malaka había vivido lo suficiente como para poder leer la profunda tristeza en los ojos de su abuelo. En el fondo ambos sabían que probablemente no volverían a verse.

Malaka sacudió la cabeza y se secó la lágrima. Tenía que ser fuerte, sobre todo ahora que Amin estaba a su cargo. Alzó la vista al horizonte y se percató, extrañada, de que había unas tenues luces en la

lejanía, que bailaban al reflejarse sobre las olas. Alertó al resto de sus compañeros y entre todos llegaron a la conclusión de que sólo podía ser un barco. De ser cierto, todo habría terminado, habrían sobrevivido a la travesía y podrían empezar sus nuevas vidas. La mujer encinta rompió a llorar de la emoción y Malaka dejó de sentir frío momentáneamente. Sus sospechas pronto se confirmaron y un barco pesquero se aproximó a ellos dando instrucciones a través de unos altavoces. Varios de los hombres de la lancha se revolviéron, cada vez más ansiosos, pero sus movimientos tuvieron como consecuencia la pérdida de estabilidad de toda la lancha, y estuvieron a punto de volcar. Entonces todo se volvió difuso: había gente gritando y haciendo aspavientos en un intento de “calmar” a los más alterados mientras éstos no dejaban de moverse de un lado a otro, empeorando la situación. Con el corazón en un puño, Malaka se aferró a Amin para evitar que el niño cayese al agua mientras éste chillaba aterrorizado.

En medio de todo el caos otra lancha a motor se aproximó a la patera en la que viajaba Malaka. En ella iban dos hombres caucásicos con chalecos blancos y cruces griegas de color rojo.

- ¿Alguno de vosotros habla inglés? -preguntó el más joven. Era alto, moreno y tenía un claro acento hispano.

- Yo -respondió Malaka, aún abrazando con fuerza a Amin.

- Genial. Necesito que me traduzcas a tus compañeros. -Malaka asintió con la cabeza y el hombre prosiguió – Me llamo Pedro, y formo parte de la Armada Española. Soy miembro de la misión Eunavformed Sophia, por lo que mi principal objetivo es ayudaros. Vamos a sacaros de ahí, pero necesitamos vuestra colaboración. Este proceso es complicado y llevará alrededor de una hora, por lo que os pedimos que mantengáis la calma e intentéis moveros lo menos posible.

Malaka repitió todo lo que había dicho Pedro, y sus palabras fueron recibidas con resignación. Entonces los hombres procedieron a distribuir agua y algo de comida mientras en el barco principal se preparaban para recibir a los refugiados. Malaka bebió ávidamente y en menos de treinta segundos se había terminado su botella. Repartieron la comida entre todos mientras recibían instrucciones sobre cómo actuar a continuación.

El proceso fue lento, pero finalmente fueron remolcados hasta el barco. Allí les repartieron unas mantas especiales para combatir la hipotermia y tomaron nota de sus nombres, edad y procedencia. No tardaron mucho en llegar a tierra.

Malaka cruzó la pasarela de la mano de Amin, con los ojos húmedos de la emoción. Lo había conseguido. De verdad lo había conseguido. Había logrado abandonar Lidia, sobrevivido a la travesía y ayudado en el proceso. Ahora, un mar de luces se extendía a sus pies, invitándola a entrar. Podría reconducir su vida en una bellísima ciudad donde no tendría que preocuparse por los constantes bombardeos ni por el hambre. Sonriendo, recorrió los escasos pasos que la separaban de la tierra firme y respiró hondo.

- Ahora sí -le susurró a Amin- Todo va a salir bien.

Desde el barco, Pedro miraba apenado a la muchacha que bajaba alegremente por la pasarela llevando de la mano al que probablemente sería su hermano. Ni siquiera podía imaginar todo por lo que habrían pasado esos niños. Apretó los puños, impotente ante la imposibilidad de impedir su deportación, cuya gestión sólo llevaría unos pocos días.



## UN VIAJE A LO DESCONOCIDO

**Nazaret Mata González**

Es extraño, pensamos en la familia como el vínculo de confianza y amor más fuerte que existe, y vivimos auto convenciéndonos de ello. A veces, pienso que es por miedo, nos asusta el no saber cómo somos realmente o lo que podemos llegar a ser.

Para mí, somos desconocidos con nombres, apellidos y un vacío esperando a ser llenado por un pasado, un pasado de experiencias que nos habrán ido definiendo poco a poco. Soy de las que creen, que solo en el último segundo de nuestras vidas podremos hablar de conocernos, mientras tanto, me definiré como una desconocida en proceso de llenar su vacío, de conocerse. Se hacen incontables las veces que decimos "mis padres son los únicos que me conocen de verdad", ya ni siquiera somos protagonistas de nuestras propias vidas, y sí, quizás sea así, pero y ellos, nuestros padres, ¿Podrían decir lo mismo de nosotros como hijos? ¿Acaso conocemos su pasado y lo que los ha llevado a ser quienes son hoy? Yo ya sé que no desde hace mucho, cuando supe que había vivido con completos desconocidos toda mi vida, yo incluida, que, siendo una desconocida para el mundo, más lo había sido para mí misma.

Soy Vesna, sí un nombre un poco raro en España, nunca me había gustado, es más me avergonzaba, pero de pequeña mi padre solía decirme que mi nombre era muy especial, y comprendería su significado algún día. Nunca lo entendí, ni eso ni muchas de las cosas que me decía, pero me limitaba a pensar que era demasiado pequeña y eran expresiones de mayores que todavía no llegaba a comprender, o

que eran cosas que cualquier padre le diría a sus hijos, solo que mi padre no era como los demás. Tengo pocos recuerdos de él, no pasaba mucho tiempo conmigo, era como si fuese su hija durante unas horas y el resto del día dejase de existir. Se pasaba las horas en su despacho inmerso en el montón de papeles que habitaban a estar en su mesa y después de tirarse horas así, se quedaba sentado en su silla con la vista fija hacia la ventana, ido y triste, hasta que mi madre nos llamaba para comer y salía del trance en el que estaba metido. Entonces, bajaba impaciente a poner las noticias, y no entendía qué era lo que esperaba mi padre encontrar en ellas, que no le quitaba los ojos de encima. Yo apenas prestaba atención, de niños a nadie nos gustaban las noticias. Pero mi padre iba más allá de solo gustarle o interesarle lo que pasaba en el mundo, miraba la pantalla con esperanza, como cuando esperas impaciente que digan lo que quieres escuchar o que aparezca lo que quieres ver, pero como siempre, no obtenía el resultado que buscaba y se iba dejando el plato lleno en la mesa.

A veces deseaba tanto saber qué era eso tan importante que ocupaba su mente y le impedía jugar conmigo, que terminaba pensando que el problema era yo.

Sabía que fue militar, pero nunca hablaba de ello. A menudo escuchaba discusiones entre mi madre y él. Gritaban, y yo me tapaba los oídos. Mi madre no paraba de mencionar su pasado militar, mientras él se limitaba a asentir y mirar hacia otro lado, yo era ignorante de lo que sucedía, pero cualquiera se habría dado cuenta de la infelicidad que les rodeaba.

De vez en cuando, me frustraba el ver todo lo que sucedía a mi alrededor y no entender nada, por eso cuando íbamos a ver a mi abuela, que eran pocas veces las que la veía, aprovechaba para preguntarle por papá, pero mi abuela siempre me contestaba lo mismo "cariño, papá ya no es el hombre que era, ha vivido cosas difíciles de superar, pero te quiere con locura y todo lo que hace es por ti", a mi se me saltaban las lágrimas cada vez que lo decía, aunque hubieran sido muchas veces las

que lo escuché, porque de mis padres, el único que había mostrado algo de interés en mí, fue él, y ver que cada vez el poco cariño que recibía en mi vida se iba extinguendo junto a mi padre, era como ver la expansión de un incendio que no puedes apagar, solo que en este caso, el fuego era mi tristeza, que cada vez era mayor.

Gloria, bueno, mi madre parecía no querer estar conmigo, me apuntaba a todas las actividades extraescolares posibles, por lo que llegaba a casa muy tarde, lista para cenar y dormirme del cansancio, y los fines de semana, se limitaba a estar en casa e ignorarme, por lo que nunca llegué a tener o a sentir lo que es tener una familia normal, como la del resto de mis compañeros.

Mi padre nos abandonó a finales del año 1999, a tres días de mi sexto cumpleaños, sin despedida ni explicación alguna, solo me levanté un día y encontré a mi madre llorando en la cocina. Jamás la había visto derramar una sola lágrima, por lo que no hizo falta que me dijera que algo estaba mal, con los días ya me fui haciendo a la idea de que mi padre no volvería, y juro que nunca había sentido más impotencia y rabia, sentía que mi vida era un sin sentido, donde todas las preguntas que se iban acumulando no tenían respuestas, y ahora nunca las tendrían, la pequeña esperanza que me quedaba de que mi padre pudiera hablarme de su pasado cuando fuera más mayor, se había esfumado. Y solo me quedaron más dudas, ¿Mi padre fue así siempre? ¿Por qué nos abandonó, fue mi culpa? ¿Qué le pasó a mi padre siendo militar que hizo que ya no volviera a ser el mismo? ¿Adónde se iba su mente cuando estaba en casa?... Y así fue, él no volvió, y yo, dejé de buscar una explicación, hasta el verano de 2012, cuando todas las respuestas llegaron por sí solas.

Acababa de cumplir 18 años, cuando murió mi madre de cáncer, aunque siempre había pensado que su peor enfermedad fue la pena que arrastraba todos los días. Estuve con ella en todo momento, me pasaba en su habitación día y noche estudiando para selectividad, quería que se sintiera orgullosa, pero cada día su rechazo e incluso odio hacia mí se

sentía con mayor intensidad. Creo que me culpaba por la ida de mi padre, y yo ya empezaba a pensar que a lo mejor tenía razón y mi padre decidió irse porque se cansó de mí.

El último día, el día que tuve que despedirme de ella, me cogió de las manos y estalló a llorar. Solo la he visto llorar dos veces, coincidiendo con los dos peores momentos de mi vida. La primera vez, cuando mi padre se fue. Yo, sin embargo, me quedé durante meses en estado de shock, aunque, no fue algo difícil de asimilar, ya que de algún modo mi subconsciente sabía que algún día mi padre nos daría un disgusto, y me había preparado para que el golpe doliera menos. Esta vez, lloré y lloré mucho, porque por primera vez mi madre, y era muy duro decirlo, había mostrado un poco de cariño hacia mí, aunque era triste que lo hubiera mostrado en el último momento y no antes.

De ese día, lo que más me sorprendió, fue cuando de su boca salió un "perdóname" lleno de dolor y arrepentimiento, y esa simple palabra, me desconcertó por completo, ¿Qué tenía que perdonar? No me paré a pensarlo mucho, me había quedado sola, o al menos así me sentía, aunque era algo que había estado asimilando desde que mi madre enfermó. Mi mente se había acostumbrado a este tipo de situaciones en mi vida, lo que hizo el proceso menos doloroso, por lo que no quería pasarme los días buscando una explicación que no había, así que me limité a pensar que se quería disculpar por haber pasado tiempo de madre e hija.

Llegué a verano con la selectividad superada al igual que mis amigas, quienes decidieron irse de vacaciones para celebrarlo, yo, sin embargo, decidí quedarme en casa, para pensar qué hacer con mi caótica vida. Estaba en un punto en el que si no sabía qué hacer con mi presente ¿Cómo iba a pensar en un futuro?

Pasaban los días y cuanto más intentaba buscar mi vocación, más perdida me sentía, así que terminé dándome por vencida, y terminé recordando otra de las cosas que solía decirme mi padre "Vesna, las

cosas no pasan porque sí, todo lo que nos ocurre nos va enseñando quienes somos y para qué somos”.

Al recordarle, me di cuenta de que nunca me había parado a buscar una explicación de por qué se fue, aparte de culparme a mí misma claro. Sé que mi padre no era perfecto, pero quería pensar que me quería, y se fue por un motivo, que no fuese yo, por lo que decidí entrar en su prohibido despacho, para encontrar respuestas.

Hacía mucho tiempo que no pisaba el despacho de mi padre, la última vez que lo hice, fue con cinco años, para pedirle que viniera a ver mis dibujos, y se enfadó mucho conmigo, desde entonces echaba la llave a la puerta cuando salía, aunque eran pocas las veces. Entré, con la esperanza de encontrar cualquier cosa que me valiese como excusa de su ida, al menos eso cerraría el gran vacío de preguntas que se habían quedado en mi vida, quizás encontrase algo de su pasado que me ayudase a comprender quien era mi padre, pensé.

Me limité a ojear todos los papeles que había encima de su mesa, en los cajones, y en cada rincón de la habitación, para percatarme de que todos estaban relacionados con lo mismo, Bosnia Herzegovina entre los años 1994, y 2000. Leí algunos de los periódicos llenos de anotaciones de mi padre, para entender que buscaba o qué tenía de importante aquel territorio. En todos ellos se hablaba de lo mismo, de la antigua federación socialista de Yugoslavia, de la que habían surgido nuevos países tras declarar su independencia, países como Eslovenia, Croacia, Serbia, y Bosnia- Herzegovina, quienes fueron protagonistas de numerosos conflictos por diferencias étnico-religiosas, que intensificaron las guerras. También se hablaba del choque entre los diferentes presidentes de estos nuevos países: el nacionalismo serbio de Slobodan Milosevic, el croata Franjo Tudman y el bosnio Izetbegovic. Pero mi padre parecía estar centrado en Bosnia Herzegovina, y no era para menos, todas las noticias del territorio eran espantosas, se habían dado los conflictos más intensos, ya que su territorio tenía la composición étnica más heterogénea de la antigua Yugoslavia. Allí

tuvieron lugar dos conflictos por parte de tres facciones: los serbios de Bosnia Herzegovina, los croatas de Bosnia Herzegovina y los bosnios musulmanes de Bosnia Herzegovina, divididos en tres religiones: los serbios la ortodoxa, los croatas la católica, y los bosnios la musulmana. Por lo que no tardé en notar cual era la esencia del conflicto, la religión.

Lo último que leí fue sobre unos acuerdos, los Acuerdos de Dayton firmados por los representantes de Bosnia-Herzegovina, Croacia y Yugoslavia, el 14 de diciembre de 1995, en los que se establecía que el Sector Este sería controlado por la administración de la ONU. Estos, finalizaron con la guerra de Bosnia.

Una vez asimilé toda la información que pude, me quedé pensando qué tenía que ver todo esto con mi padre, pero no sin antes darme cuenta de que en absolutamente todas sus anotaciones aparecían las iniciales Z. Kova, ¿Qué significaba?

Estaba muy cansada, pero no iba a parar hasta encontrar una explicación a todo ello. Comencé a abrir los cajones de la mesa, y no había más que noticias y más noticias sobre Bosnia, hasta que topé con el último cajón y como me temía, cerrado.

Tras varios intentos de romper la cerradura con un martillo, conseguí abrirlo, y dentro encontré varias carpetas con informes. Para mi sorpresa, se trataban del expediente militar de mi padre, quien, por lo visto, había participado en numerosas misiones de las Fuerzas Armadas Españolas en el extranjero. Leí cada una de sus misiones hasta llegar a la última carpeta, "misiones en Bosnia". No lo podía creer, al fin había encontrado la relación de mi padre y su obsesión con este conflicto, pero aún así aquello, no explicaba nada, ni por qué se fue, ni qué le pasó estando allí que le hizo cambiar por completo, y mucho menos, qué era lo que seguía atando a su mente allí. Pero eso no fue nada, para las grandes preguntas que vinieron después.

En las fichas que había en el interior de la carpeta encontré la primera misión en Bosnia de España con la ONU. España envió en noviembre de 1992 el primer contingente, que se integró en la Fuerza de Protección de Naciones Unidas, la misión se llamó UNPROFOR, y el objetivo era ofrecer ayuda humanitaria a este territorio. Junto a esta ficha había un listado de los militares que participaron. Busqué a mi padre, nada. Solo quedaba una ficha por mirar y esperaba que en ella encontrara lo que buscaba. Por suerte, así fue, la ficha que quedaba se trataba de la última misión de mi padre, la misión de las Fuerzas Armadas Españolas, esta vez con la OTAN, llamada IFOR. Comencé a leer, y describía la situación de Bosnia, por entonces. A finales de 1992 se produjo un enfrentamiento entre los serbios y la coalición de croatas y musulmanes que querían el control de Bosnia-Herzegovina, y a principios de 1993 los croatas y musulmanes, hasta entonces aliados, pasaron a combatir entre ellos. La guerra se extendió al sector asignado a las fuerzas españolas en el valle de Neretva, principalmente Mostar. En esta misión les indicaban que podían defenderse con armas en caso de agresión, algo no permitido en la misión con la ONU.

En la ficha, aparecía la fecha en la que había estado destinado, 1994-1995, y la duración de su estancia, diez meses, desde noviembre de 1994 hasta agosto de 1995. Imposible. Si yo había nacido el 12 de agosto de 1995, no era posible que mi madre se hubiera quedado embarazada de mi padre estando él en la misión.

Todo me daba vueltas, ¿Sería por eso mi padre nos abandonó, porque descubrió que mi madre le había engañado y yo no era su hija? Aún así, nada encajaba, ¿Por qué habría esperado seis años para marcharse? ¿Por qué entonces era mi madre la que parecía estar enfadada con él? O, ¿Qué tendría que ver la infidelidad de mi madre con la obsesión de mi padre con su misión en Bosnia? Y como por cosas del destino, apareció lo que resolvería todas las dudas que me habían surgido durante toda mi vida. Al cerrar la carpeta para guardarla en el cajón, de su interior cayó un sobre blanco, pero no era cualquier sobre, en él pude ver mi nombre en grande a rotulador negro. El corazón se

me paró, y las manos empezaron a temblarme conforme abría aquel sobre. Era una carta de mi padre, escrita el mismo año que se marchó. Esa fue la carta que cambió mi vida de la forma más bonita y dura que nunca podría haber imaginado. Esta decía...

“Querida Vesna, hija

De alguna forma sabía que algún día entrarías en ese despacho con todas las ganas de encontrar los miles de respuestas que les faltaban a tus preguntas para llenar ese vacío que sientes que hay en tu vida, cariño lo sé, cuando nos pasan cosas inesperadas, siempre buscamos una explicación y hasta que no la encontramos sentimos vacío, por eso el ser humano siempre supone cuando no hay nada claro, ¿Mejor eso al vacío no? Pero tú y yo somos de no conformarnos con suposiciones, preferimos quedarnos incompletos a llenarnos de mentiras, algo mío tenías que tener.

Siempre has sido muy curiosa, así que por ello también sabía que acabarías encontrando esta carta, aunque esperaba y deseaba que no fuera así, pero a veces las cosas no salen como nos gustaría Ves, esa es una de las miles de cosas que me habría gustado enseñarte mientras te veía crecer.” Sin darme cuenta, miles de lágrimas recorrían mi mejilla y no tenían la intención de parar, llevaba tanto tiempo reteniendo el dolor que dejó mi padre, que ahora todo estaba saliendo de golpe. Me quería, así que no se fue por mi culpa, eso hizo que el peso tan grande que llevaba cargando durante años en mis hombros, se desplomara y me hiciera sentir más ligera. ¿Por qué te fuiste papá? Me decía a mi misma. Seguí leyendo...

“Si tienes esta carta entre tus manos, significa que las cosas no han salido según lo planeado, serás mayor, y habrás pensado durante todos estos años que te abandoné, pero Ves jamás me habría ido si hubiera sabido que no volvería a verte, pero esta carta, es la señal de que no he vuelto ni volveré cariño, aunque lo que más me duele, es que eso significará no haber encontrado lo que tanto tiempo llevaba



buscando, y mi ida, habrá sido en vano. Ves, es hora de que conozcas la verdad. Hace mucho tiempo perdí lo que había sido lo más importante en mi vida antes de que nacieras tú, tu madre, tu verdadera madre Ves. Pero para que puedas comprenderlo, voy a contarte toda la historia desde el principio, mi pasado, que formará parte de ti siempre.

Era octubre de 1994, cuando comunicaron los cabos que estaban destinados en Bosnia, yo fui uno de ellos. Teníamos un mes para informarnos sobre el conflicto y nuestro papel en la misión. Por entonces, Gloria y yo éramos mejores amigos, y aunque siempre me vio como algo más, decidimos hablar las cosas cuando regresara.

Esta era la segunda misión que hacía España en Bosnia, pero esta vez íbamos con la OTAN, por lo que teníamos permiso para defendernos con armas en caso de agresión.

Llegó noviembre y tras despedirme de tu abuela y Gloria, emprendimos el viaje a Sarajevo, capital de Bosnia. Allí conocí a Rafa, el que se convertiría en mi mejor amigo, y en tu padrino. Nos pasamos todo el viaje riéndonos de las tonterías que se le iban ocurriendo, desde luego íbamos sin ninguna idea de lo que encontraríamos allí.

Cuatro horas de viaje en blindados tuvimos hasta llegar a la ciudad de Jablanica, donde se encontraba el destacamento que nos habían asignado. Atravesamos por casi impracticables pistas forestales y caminos de montaña, una ruta abierta al oeste de la carretera principal entre Mostar y Sarajevo. Fue un viaje en el que se respiraba el miedo. La ruta por la que pasábamos era zona de combate, y eran habituales los disparos a los convoyes que pasaban, nos decían los soldados que nos acompañaban, y nos recomendaban que fuéramos con las cabezas agachadas. Toda la tensión se fue en el momento en que avisaron que habíamos llegado.

Rafa y yo, quedamos impresionados al ver la cantidad de países de la OTAN desplegados para la misión, franceses, americanos, holandeses, colombianos..., pero más nos sorprendió ver el desgaste físico y mental que reflejaban sus miradas. Miradas que parecían haber visto todo un infierno. Se diferenciaba notablemente quienes eran los nuevos.

Acabábamos de llegar y ya teníamos trabajo. Lo primero que hicieron fue mostrarnos donde dormiríamos, aunque las marcadas ojeras de nuestros compañeros me decían que no dormiríamos mucho. Dejamos nuestras cosas, y nos apresuramos a ir al centro de la ciudad, donde la ayuda era notablemente necesaria. Jablanica se trataba de una ciudad musulmana sometida a una tenaza militar de serbios y de croatas. No tardamos mucho en ver los estragos de los incesantes ataques hacia los civiles. Pobreza extrema, muertos, heridos... era en lo que se había convertido Jablanica. Una taza de sopa para tres personas era todo el alimento para una familia durante un día entero. Además, contaban con un pequeño hospital con solo ocho médicos que no daban abasto con la suma de heridos que entraban cada día, debido a los bombardeos que sufrían cada noche. Nosotros, nos encargamos durante tres días de llevarles alimentos, medicinas y de crear refugios para estos civiles. Son imágenes que se quedan grabadas de por vida.

Digo tres días porque al cuarto trasladaron a unos pocos a Mostar, otra ciudad musulmana antes de la guerra. Rafa y yo tuvimos la desgracia de formar parte de ese pequeño grupo, y cuando llegamos conocimos lo que era el verdadero infierno.

Jamás habíamos visto algo igual, una ciudad completamente destruida, desolada y dividida, siendo el puente por el que atravesaba el Río Neretva lo único que los separaba. Se podía oír como Mostar pedía a gritos ayuda. Todo era muerte, se podían ver cadáveres por todos lados, niños, mujeres, ancianos, hombres, les daba igual, allí no existía compasión alguna, solo humanos deshumanizados y salvajes.

Los croatas, antes aliados de los musulmanes contra los serbios, les traicionaron echándolos de sus casas, masacrándoles y poco después fueron bombardeados, lo que generó una guerra de todos contra todos. El Oeste lo controlaban los croatas, el Este los Serbios, y un pequeño barrio pertenecía a los musulmanes. Allí no había ningún bando bueno, era la ciudad del horror.

No pude dormir la primera noche después de haber visto todo lo que vi, pero si hubiera sabido que desde aquel día no volvería a dormir, me habría forzado a hacerlo. Nuestros turnos terminaban alrededor de las una o dos de la mañana, pero de madrugada nos volvían a llamar para ayudar, para luego volvernos a levantar a las seis de la mañana. Nuestra misión estaba muy clara, la gente se estaba muriendo de hambre y sed. Solo bastaba ver a las personas en estados famélicos, comiéndose la propia basura que tirábamos.

Yo conducía los BMR que escoltaban los contingentes de alimentación, y los camiones cisterna de agua, que eran tiroteados en el camino provocando agujeros en las cisternas, por lo que algunos camiones no llegaban enteros a la población. No sabía hasta qué punto podía llegar el ser humano. La religión ya no servía de nada una vez veías que se utilizaba como pretexto para cometer semejantes crímenes contra la humanidad.

Cuando llegaban los camiones de alimentos a la población, quienes recogían la comida con cartillas de racionamiento, teníamos que escoltar también a estos civiles, ya que los francotiradores aprovechaban para matarlos cuando iban a por alimentos. Pero no repartíamos los alimentos solo en Mostar. Nos íbamos desplazando cada día, para ofrecer ayuda humanitaria a todos los civiles, tanto croatas como serbios, y para ello teníamos que ir de frontera en frontera mostrando la tarjeta EFORD.

Me acordaré de por vida, que cada vez que viajábamos a Bileca, un pueblo radical serbio, me encontraba con un niño que siempre estaba esperándome en el mismo sitio, porque sabía que le llevaba caramelos. Caramelos Ves, algo que cualquier niño en nuestro país tiene por céntimos, era un lujo para los niños de allí. Tenía 8 años, y a esa edad sabía entenderse con los militares de la OTAN. Sorprendía como negociaba con ellos vendiéndoles armas y lo que fuera, para ganarse la vida y ayudar a su familia, y era duro ver como niños a esa edad, cuando deberían disfrutar de una infancia feliz, estaban asumiendo responsabilidades tan grandes como sacar a su familia a delante.

Con los días estábamos peor, dormíamos una hora al día, y si podíamos, porque las pesadillas eran frecuentes. De madrugada se llegaba a los veinte grados bajo cero, y cuando nos queríamos bañar, muchas veces nos encontrábamos con las cisternas de agua congeladas, por lo que teníamos que calentar el agua con sopletes. Pero eso no era nada para el infierno que vivían miles de personas afuera.

Había gente que como forma de agradecimiento nos ayudaba, mujeres civiles, la mayoría viudas por la guerra, "Dobras" las llamábamos, quienes nos hacían la comida y ayudaban en lo que pudieran. Una de ellas, musulmana, se llamaba Ziva, y me acompañaba siempre a la hora de comer. Al haberse criado con fuerzas militares de todo el mundo a su alrededor sabía hablar algunos idiomas, español entre ellos, aunque no a la perfección. Nuestras charlas a la hora de comer se hicieron habituales, y poco a poco fui conociendo el duro pasado, que tanto ella como el resto de los civiles compartían. Su madre fue una de las elegidas por los serbios, los Chetniks, en el campo de Kalinovic, donde miles de mujeres musulmanas fueron violadas y acribilladas a balazos. Más de una vez me había encontrado con civiles ofreciéndome a sus hijas y pidiéndome que las protegiera, porque vivían con miedo a que fuesen violadas, asesinadas u obligadas a prostituirse.

Su padre había sido asesinado en una de las incursiones de los "Escorpiones", grupos paramilitares serbios, dirigidos por Slobodan y Aleksandar Medić, que ocultaban sus rostros con capuchas negras y saqueaban, torturaban, violaban y asesinaban. Por lo que terminó sola cuidando de su hermano pequeño.

La escoltaba todos los días a casa, ya que las "Dobras" eran consideradas traidoras por ayudarnos, y también eran asesinadas a tiros de camino a sus hogares, así que como ves, pasábamos el tiempo suficiente juntos para que termináramos enamorándonos, y acabaría siendo tu madre, tu verdadera madre Ves.

Miles de musulmanes eran masacrados cada día, y en muchos de estos ataques, los serbios y los croatas, ponían altavoces en los helicópteros emitiendo sonidos de cerdos, como símbolo de burla, ya que por su religión se les prohíbe comer carne de este animal. Era denigrante ver como el ser humano podía llegar a ser tan malo, no les bastaba con matar a gente inocente, sino que además se reían de ellos.

Conforme pasaron los días nuestras tareas fueron variando, y a peor. De las miles de fosas comunes que, en realidad, había encontramos muy pocas, pero de estas, teníamos que sacar los cadáveres e identificarlos para avisar a las familias, que llevaban años buscando a sus familiares, que por fin habían sido encontrados. Hubo pocas familias con esta suerte, la mayoría perdió a sus familiares y no llegaron a encontrarse sus restos. Todo era muerte, pero habíamos visto tanto ya, que me hice inmune al dolor o sensibilidad con la que entré, y recogíamos cadáveres con la misma frialdad con la que estos fueron asesinados. Además, nos encargábamos de desactivar las miles de minas antipersonales que había por todo el territorio, para señalar campos de minas y hacer tramos seguros por los que pudieran pasar militares y civiles, aunque no salvó a los miles de personas que quedaron mutiladas cuando pisaron una por accidente.

Los días, seguían pasando y llegamos a octubre, aunque teníamos la sensación de haber estado allí mucho más, y de repente, un día, el tiempo pareció pararse por segundos, los justos para que asimilara la noticia. Ziva estaba embarazada, tú estabas en camino. Frente al caos y el horror que nos rodeaba, la noticia iluminó nuestras caras, algo que hacía mucho que no pasaba. Puedo jurar que Rafa parecía alegrarse más de la noticia que cualquiera de los que estábamos presentes, tanto, que teníamos claro quién iba a ser tu padrino.

Te habías convertido en un mensaje de esperanza para el resto, "el amor también existía en tiempos de guerra", y tú sin duda eras la muestra más bonita y pura del amor entre tu madre y yo. Por ello te pusimos Vesna "la mensajera", en bosnio.

Todo seguía igual que siempre, pero yo no, quedaban tres meses para nuestra vuelta a casa, y no podía parar de pensar en lo feliz que seríamos todos cuando llegásemos a España. Tu madre, el hermano de Ziva, tú y yo, una familia como la que siempre habías soñado tener y que no pude darte.

Y, aunque nadie tuviera ánimos de celebración, llegó la Navidad a Bosnia, pero nada a que ver a como la conocemos nosotros, allí no había reyes, ni magia y mucho menos regalos, por lo que los niños no sabían lo que era la ilusión en días como estos. Aún así, estando en Trebinje, un pueblo bosnio, nos invitó a celebrar la Navidad en su casa. Fue el gesto más humilde que había visto hasta ahora, no tenían nada, era una familia muy pobre que no perdía la ilusión y el amor a los suyos a pesar de la guerra. No tenían nada y nos lo ofrecieron todo. Rafa, yo y tres compañeros más nos pusimos a cantar feliz Navidad en el salón, y la familia nos acompañó cantándola en bosnio. Nos ofrecieron cerveza, "pivo" le llaman ellos, y probamos la tan popular bebida bosnia, la "rakia", que era lo más fuerte que había probado en mi vida.

No fueron unas navidades de ensueño, pero sí las más bonitas que había vivido. Tenía la sensación de que esa era la esencia de Navidad, no los regalos ni las grandes cenas, sino el estar con los tuyos y dar las gracias por tener lo que tenemos, y más en circunstancias difíciles, cuando lo único que importa es la familia.

Pero, como siempre, las rachas buenas no duran mucho, y me daba la sensación de que me habían durado demasiado. Como otro día cualquiera, tuvimos que pasar de frontera a frontera, solo que esta vez íbamos con un camión, que conducíamos Rafa y yo. Delante y detrás nuestra había dos BMR escoltándonos, aunque el que estaba delante se separó demasiado hasta el punto de no darse cuenta de lo que sucedió después.

Siguiendo un camino, nos topamos con un tronco en el suelo que nos impedía el paso, y solo bastó verlo para saber que estábamos en medio de una emboscada. Nunca supimos quienes fueron, porque no dio tiempo ni siquiera a fijarse, solo sé que francotiradores salieron de todas partes y nosotros éramos el objetivo. A Rafa le entró el pánico y no paraba de decir que no quería morir. Yo solo le gritaba que cogiera las armas para contraatacar y saliera del camión. Tras varios intentos, conseguí que actuara y salimos del camión colocándonos detrás de él. Sentí mucho miedo, pero experimenté un miedo muy diferente al que tenía cuando llegué. No me daba miedo morir, me daba miedo no poder estar para sacaros a tu madre y a ti de este infierno. Mil pensamientos pasaron por mi mente. El BMR de atrás, empezó a disparar al tiempo después de alcanzar nuestra posición, pero era demasiado tarde. Cuando me giré, vi a Rafa tirado en el suelo con una bala en el estómago, me miró y lo único que me dijo fue: "Sal vivo de aquí, joder, tienes que contarle a tu princesa quién era su padrino". Así fue: perdí a una de las mejores personas que he podido conocer en la vida, y no pude hacer nada para evitarlo.

Pero las cosas fueron para peor, como siempre desde que estaba allí. Habían pasado los tres meses, y no recibimos el permiso de retirada en mucho tiempo.

A un mes de tu nacimiento, se produjo un genocidio en Srebrenica, una zona que había sido declarada segura dos años atrás por la ONU, y cuya población estaba protegida por milicias holandesas.

Unas ocho mil personas de etnia musulmana habían sido masacradas por parte de milicias serbias que atacaron la zona, al mando de Ratko Mladic, "Los Escorpiones", volvían a cometer actos inhumanos, bajo el pretexto de que consistía en una limpieza étnica de varones musulmanes de la ciudad, algo que no llegó a ser verdad, ya que se estaban asesinando también a niños, adolescentes y ancianos, y las mujeres que se habían quedado viudas, y las niñas eran violadas.

La peor noticia fue cuando descubrimos que el hermano de Ziva, se encontraba allí desde antes de la masacre. Ziva se desesperó durante días buscándole, no podía abandonarle después de haber perdido a sus padres.

Justo a los días, llegaste al mundo, una niña, y a la vez nos llegó un aviso de retirada de los hombres con más tiempo en la misión, ya que la situación estaba empeorando y querían meter a hombres nuevos que vinieran con fuerzas y energías suficientes para soportar todo esto, y así echar a los que apenas se mantenían de pie, después de meses sin dormir y sin dejar de trabajar. Me obligaban a salir de Bosnia y regresar a España.

Todo era un caos, el hermano de tu madre seguía desaparecido, y un bebé peligraba estando allí, más siendo una niña, que eran las que estaban sufriendo las mayores barbaridades.



Tu madre no podía marcharse sin su hermano, y tuvimos que tomar la decisión más difícil de nuestras vidas. Se despidió de ti y de mí, y me hizo jurar que te protegería y te pondría a salvo. Ella volvería con nosotros cuando encontrara a su hermano y yo le juré que volvería a por ella en cuanto asegurase tu protección.

Y así fue, Ves, volví a España completamente cambiado, desolado por dejar a tu madre atrás, con un hermano más que amigo perdido y con todo mi mundo entre mis brazos, tú. ¿Cómo explicar todo lo que había sucedido cuando llegara? Gloria se pasó meses sin hablarme, pero al tiempo accedió a ayudarme a cuidarte.

Habían pasado meses y había estado esperando señales de tu madre, pero nada. Utilicé todas mis armas de militar y contactos, para que la buscaran, bien por listas de refugiados o heridos, o bien por la lista de fallecidos, aunque me negaba ante la posibilidad de que pudiera estar entre los nombres de esa lista y, aun así, otra vez nada. Nada y nada, tu madre no aparecía por ninguna parte, es como si Ziva ya no existiese.

Fue entonces cuando Gloria y yo decidimos criarte como una familia hasta que yo encontrara a tu madre, pero sus sentimientos hacia mí volvieron a aflorar y ya no le gustaba la idea de que siguiera buscando a Ziva, de hecho, ya no le gustaba seguir cuidando de una niña que viniera de la mujer que yo amaba y no de ella. Por ello, cada día iban aumentando las discusiones, y yo me iba volviendo más loco. Le juré que volvería a por ella, y no me podía rendirme en su búsqueda.

Seguí buscando pistas, señales, cualquier cosa que me llevara a ella y durante años sentía que mis esfuerzos eran en vano, hasta este año, 1999, sí Ves, el año en que me fui, cuando avisé a Gloria de mi ida, y le pedí que te lo explicara todo, que no te dejara pensar que te había abandonado, pero por otra parte sabía que a veces el amor y el odio van de la mano y decidí asegurarme de que constara todo en alguna parte, en esta carta.

No fue casualidad, después de tanto tiempo buscando alguna pista la encontré. Hacía una semana, se había publicado el artículo de una mujer bosnia que contaba la situación de las mujeres allí, y una de las cosas que me llamó mucho la atención, fue cuando dijo: "Tuvimos que cambiarnos de nombre para protegernos, ya que por las grafías se sabía si eras bosnio, croata o serbio" Ahora lo entendía, no encontraba a tu madre porque siempre la había buscado como Ziva, pero ¿y si ella fue una de las miles de mujeres que se cambiaron el nombre? Por ello me marché, ahora que tenía esa pista no podía dejarla escapar y tengo la esperanza de traerla de vuelta, aunque como dije al principio, si estás leyendo esto, es que no lo conseguí"

Siempre supe que algo pasaba, que no encajaba y por fin el puzle de mi vida había terminado de encajar pieza a pieza. Mi madre y mi padre me querían, Gloria se arrepentía de no haberme contado la verdad como mi padre le pidió, pero no sabía de la existencia de la carta, y yo por fin había aclarado años de dudas. Fue un golpe muy duro y mucha información que asimilar.

Nunca llegué a conocer a mi madre ni a saber cómo era, fue una de las miles y miles de personas que desaparecieron y, a día de hoy, siguen sin aparecer. De mi padre, descubrí que, al cuarto día de su vuelta a Bosnia, murió en el bombardeo de una de las ciudades en las que buscaba a mi madre. Murió cumpliendo su promesa, buscar a mi madre, y me alegra que al fin se hayan podido reencontrar en algún otro lugar, aunque yo no pueda estar con ellos, pero me consuela el hecho de saber que algún día todos llegaremos a ser la gran familia que siempre soñamos y nos merecemos, no aquí, pero quizás en otro lugar.

De él y de su pasado aprendí mucho. Fue la carta que más me enseñó en la vida, leerla fue adentrarse en un viaje a lo desconocido, a mí, a mi historia y a la de miles de personas en Bosnia. Fue la carta que me enseñó quien soy, y ahora puedo decir que me conozco un poquito y mucho más.

## CONTINUARÁ

**Lucía Tuñas Rodríguez**

“Viernes, 17 de Julio de 2015.

Ayer volvimos a vencer; una nueva victoria, un nuevo avance. Ayer, una vez más, todo por lo que llevábamos trabajando durante varios meses daba sus frutos y, de nuevo, nos imponíamos ante los yihadistas.

‘Cuando nos adentramos en el bosque de Sama, la incertidumbre y el miedo inundaba el ambiente, todos nosotros teníamos mucho que perder y una sola cosa que ganar: la satisfacción de haber vencido al enemigo, a la ignorancia que llevaba aterrizando a nuestra población durante más de dos años.’, nos contaban nuestros amigos malienses que, tras un arduo y sangriento combate, habían conseguido abatir a unos cuantos terroristas.

Desde niño sabía que mi destino en la vida sería ser militar. Sin embargo, cuando comencé mi instrucción en un pequeño campamento de Madrid, nunca pensé que, después diez años, un matrimonio y una hija, terminaría siendo destinado a este país africano en el que la libertad y la justicia brillaban por su ausencia. En 2013, el Consejo de la unión europea había aprobado esta misión de la cual España ostentaba el mando y en 2015, el general de la brigada del Ejército de Tierra me seleccionaba a mí como uno de los enviados especiales destinado a

restaurar la paz en este país. Al principio sentí miedo, la situación en la región era cuanto menos peligrosa y el riesgo que nuestro comando tenía que asumir era importante.

Al llegar a la capital de Mali, Bamako, la curiosidad me carcomía por dentro. Observaba muchas casas, unas en ruinas, otras a punto de derrumbarse y algunas que ya lo habían hecho. Pequeños negocios, sucios, desordenados y sus propietarios dentro, miedosos, desconfiados. Varios grupos de gente en las calles; puede que fuesen trabajadores o simples familias, pero todos ellos nos miraban con cierto recelo e inseguridad. Callejones, parques, plazas e incluso hoteles, en su mayoría vacíos, desangelados. La ciudad era un completo misterio, en algunas zonas parecía incluso una ciudad fantasma. Sin embargo, al llegar al campamento militar, en el que nuestros compañeros españoles nos esperaban, una luz se iluminó en aquel oscuro lugar. La ilusión y esperanza que derrochaban los jóvenes militares malienses hizo que incluso yo mismo me sintiera un afortunado de poder estar allí.

Tras unos días de adaptación y de estudio de la situación, nos tocó repartirnos las tareas dentro del campamento. A mí compañero y a mí nos asignaron la instrucción de una veintena de jóvenes malienses que no tendrían más de dieciocho años. Cuando los conocimos, observamos como todos ellos no solo demostraban tener ganas de aprender, de hacerse más ingeniosos y fuertes para acabar con el terrorismo, sino que no percibimos en ellos ni una pizca de miedo. Las ansias de liberar a sus familias, a su ciudad de tanto mal, actuaban como una barrera impidiendo que el pánico inundase sus cuerpos y, mucho menos sus cabezas. Recuerdo que había varios de ellos, los más mozos y, a su vez, los más inocentes, que no comprendían muy bien lo que estaba sucediendo y tampoco el porqué de la necesidad de aprender a usar armas o de conocer las distintas estrategias militares. Su ligera inmadurez les impedía reconocer lo que realmente pasaba en Mali y, al mismo tiempo, el gran valor que tenían como motor, como fuerza para poder terminar con lo que estaba sucediendo.

Los primeros días de instrucción, algunos se mostraban reacios a aprender, otros desconcertados, pero en todos ellos se podía apreciar un gran esfuerzo. Comenzamos enseñándoles el manejo de algunas armas. Ante esta primera lección, mi compañero y yo nos quedamos totalmente asombrados. Todos recordamos la primera vez que habíamos tenido semejante objeto entre nuestras manos, la curiosidad, el cuidado y el nerviosismo que sentíamos. En mi caso, por lo menos, me costó ser consciente del daño que el artefacto que sostenía podía causar. Sin embargo, en Bamako, podíamos ver en los ojos de los jóvenes muchachos un gran terror, como es normal, pero todo ello cubierto por un deseo de hacerse con la capacidad de derrotar al enemigo y de restaurar la paz en su ciudad natal. Las lecciones continuaban, volviéndose cada vez más complejas, pidiendo un esfuerzo mayor por parte de nuestros jóvenes alumnos. Así, las semanas pasaron y todos nosotros veíamos como, tanto estos dos muchachos como el resto del grupo maliense se iban haciendo cada vez más fuertes, más maduros y valientes. Les enseñamos un sinnúmero de tácticas militares, pero también maneras de mantener una buena forma física y técnicas para acabar con los nervios. A manejar todo tipo de armas y vehículos, al mismo tiempo que les enseñábamos lecciones fundamentales para sus vidas. Durante este tiempo, vimos como todos aquellos enclenques jóvenes que habían entrado el primer día en el campamento militar se habían convertido ahora, en hombres robustos y musculados que no le temían a nada.

Diez semanas más tarde de haber conocido a estos chicos y, tras ver que todos ellos, a los que yo ya consideraba mi familia, estaban completamente preparados para unirse al ejército maliense, me tocó decirles adiós para conocer a un nuevo grupo y volver a comenzar con las lecciones. Este proceso se repitió varias veces a lo largo de mi estancia en Mali. Durante los meses que estuve en Bamako me tocó despedirme de tres diferentes cuadrillas de chicos. En todos ellos, observaba ese claro crecimiento personal y esos cambios que se producían entre el primer día en el que unos simples niños entraban al campamento y el último en el que unos hombres musculados salían de

él. Si bien con todos ellos la relación era cercana y familiar, nunca me olvidaré de ese primer pelotón.

O eso pensaba yo, hasta que, cuando mi misión en Mali ya estaba llegando a su fin, nos entregaron, a mi compañero y a mí, una nueva quincena de muchachos a los que enseñar. Cuando los vi por primera vez, me fijé directamente en dos de ellos, parecían hermanos, puede que gemelos incluso. Uno de ellos más distraído, el otro más curioso. Pronto aprendí sus nombres; Sabit y Ayat, y confirmé mis sospechas. Eran gemelos, provenientes de una familia pobre, con cinco hermanos, todos ellos temerosos, pero a la vez orgullosos de sus hermanos, o al menos eso decían los chicos. El día siguiente a su llegada comenzamos con las lecciones. Al igual que había sucedido con los anteriores grupos, en este también se notaban las ganas de aprender y la confusión. Sin embargo, pronto observé en los gemelos un mayor conocimiento que en el resto, pero, al mismo tiempo, una mayor desconfianza. Eso, despertó mi curiosidad y al terminar la lección les pregunté. Me contaron que uno de sus hermanos mayores también había estado en el campamento unos años antes y que les había mostrado todo lo que nosotros le habíamos enseñado. Además, les había asegurado la buena relación existente entre los soldados españoles y los malienses, todos unidos por un objetivo. Después, me contaron la historia de su padre, muerto en un atentado terrorista en la ciudad. A medida que avanzaban con la historia, aparecía en sus rostros un gesto de conmoción y de tristeza que se mezclaba con una mirada de rabia y un ímpetu luchador. Puede que esto, unido a mi asombro con su rápida capacidad de aprendizaje, hiciera que el contacto que mantenía con estos dos chicos fuese cada vez más cercano.

Recuerdo que un día, tras acabar con las clases, me invitaron a ir a su casa a cenar y a conocer a su familia. En ese momento, nuestra relación ya era de total confianza y eso hizo que yo no pudiese negarme. Así, los tres nos dirigimos a mi furgoneta, subimos y conduje, siguiendo sus indicaciones, hasta llegar a una pequeña casa al otro lado de la ciudad. A medida que avanzábamos, yo observaba el pequeño barrio,

en mi opinión, uno de los más pobres de Bamako y allí, entre dos edificios que parecían haber sido tirados, puede que, por bombas, se encontraba un humilde domicilio de dos pisos.

La madre de los gemelos nos esperaba a todos en la puerta, ella, se mostraba contenta y amable, aunque un poco nerviosa, imagino que nunca antes un soldado español había estado en su casa. Pronto conocí al resto de su familia; dos hermanas jóvenes y a su abuelo. Nos sentamos a la mesa, y mientras la madre preparaba la comida, todos nosotros hablábamos. A medida que avanzaba la conversación, podía apreciar como toda la familia se mostraba orgullosa de los dos gemelos, que ellos veían ya como dos guerreros, como dos personas que podrían restaurar la paz en la ciudad. Tras las dos horas que duró mi estancia en esa casa, me tocó despedirme y volver con los chicos al campamento. Recuerdo que cuando llegué a mi habitación de la base militar, después de la media hora que duró el trayecto, me eché en la cama y pensé. Recordaba mi vida en España, a mis amigos, a mi familia; esto hizo que, por un momento, la melancolía y el recuerdo invadieran mi mente, pero, también rememoré mis primeros días en el campamento, todos los grupos de jóvenes que habían sido mis alumnos y la satisfacción que había sentido al ver como todos ellos evolucionaban. Eso me dio fuerzas para continuar, aunque supiera que mis días en Mali terminarían ya pronto.

Hoy, viernes, han pasado veinte días desde que me tocó vivir, aquí en el cuartel maliense, uno de los días más duros de la misión. El día veintisiete de junio, uno de los escuadrones que mi compañero y yo habíamos entrenado conseguía su primera victoria en Nara, una ciudad localizada en el norte de Mali. El ejército maliense conseguía hacer frente a un ataque llevado a cabo por el grupo terrorista Ansar Edín en el cuartel de dicha ciudad. Este grupo terrorista, era y sigue siendo considerado como uno de los más radicales y violentos del país y, aunque los nuestros consiguieran abatir a un mayor número de yihadistas, esto no impidió que algunos de los nuestros también cayeran. Por suerte, ninguno de mis chicos, ni por supuesto los gemelos,

habían sido los desdichados. Estar en el lugar indicado, en el momento justo, como ellos lo estaban al sur del país, les había salvado la vida, lo que me relajó en cierta medida. Desgraciadamente, no sucedió lo mismo al día siguiente. El grupo terrorista, en respuesta a la derrota del día anterior, tomaba la ciudad de Fakola, al sur de Mali, en la frontera con Costa de Marfil, donde, muy a mi pesar, el último comando maliense que yo había entrenado se encontraba. Los radicales consiguieron apoderarse de toda la ciudad durante unas horas y esto provocó que muchos de nuestros militares resultaran heridos o incluso abatidos. Me daba miedo conocer las nuevas noticias, me impedía a mi mismo, a toda costa, ir en busca de nueva información. Imagino, que estaba intentando evitar lo inevitable.

A última hora de la tarde las noticias llegaron y todas mis sospechas fueron confirmadas. Desde Fakola, nos enviaron tres listas: militares sanos, militares heridos y militares muertos. Mis ojos se fueron directamente a la tercera columna. Allí estaba, al final de la lista; Ayat, proveniente de Bamako, cuando leí su nombre, el mundo se vino abajo y los ojos se me llenaron de lágrimas. No podía permitirme mostrar mi tristeza, mi fragilidad, sin embargo, estoy seguro de que era evidente y de que todos mis compañeros me comprendieron. El chico era joven, tenía una familia a la que cuidar y toda la vida por delante. Pronto, la tristeza de convirtió en rabia y después volvió de nuevo la preocupación, ‘¿Qué había pasado con su hermano?’, me preguntaba. Leí la siguiente lista de nombres y, para mi alivio, el suyo tampoco aparecía ahí. Finalmente, algo de alegría iluminó mi mente; Sabit, proveniente de Bamako, su nombre aparecía en la lista de aquellos que habían salido ilesos del atentado y que debían continuar en el cuartel de Fakola donde lucharían de manera conjunta con el cuartel de Bamako para acabar con la amenaza terrorista. Hubiera deseado poder verle, poder hablar con él, contarle lo que había pasado, pero, a la vez, pensaba en que iba a decirle, en cómo se lo diría y agradecía en cierta medida la imposibilidad de poder contarle las malas noticias.



En las horas siguientes, el cuartel de Bamako se sumió en una completa nostalgia y, podría decir, con toda seguridad, que en Fakola sucedía lo mismo. En ambos cuarteles recordábamos a los soldados caídos, a aquellos a los que, algunos de nosotros, habíamos enseñado con mucho empeño deseando que un día se convirtieran en, no solo en buenos militares sino también en mejores personas. Dentro de toda esta completa desgracia volvía a suceder, un nuevo atentado, esta vez contra los cascos azules. El día dos de julio, un grupo armado tendía una emboscada a un convoy que viajaba hacia Goundam, destruyendo dos de los vehículos y acabando con la vida de media docena de gente. Una nueva victoria del enemigo, una vez más en la que la ignorancia se imponía a la justicia y en la que el miedo volvía a apoderarse de la población maliense. Sin embargo, esto solo nos daba más fuerza para continuar con el entrenamiento militar. Así, dos semanas después, ayer más concretamente, el ejército maliense volvía a conseguir una victoria, los soldados volvían a recuperar el aliento y la esperanza.

Estoy seguro de que el éxito de ayer sirvió para que nuestros chicos se reafirmarán en sus objetivos y vieran que sí es posible conseguir un país en el que las injusticias y el terrorismo no tienen cabida. A pesar de ello, estoy seguro de que todavía queda mucho por hacer y de que, aunque a mí me toque volver a casa, las nuevas generaciones de militares españoles seguirán esforzándose, implicándose y dándoles a los jóvenes malienses las herramientas necesarias para acabar con el mal que llevaba atormentando a su país durante ya mucho tiempo.”

Ahora comprendo la vocación que siempre tuvo mi padre por convertirse en un buen soldado. A medida que reviso las palabras de este, su último diario, soy capaz de ponerme en su piel, de vivir y de sentir lo mismo que él hizo. En este momento ya puedo entender el porqué de, a pesar de tener a su familia en España, sus ansias de viajar y de hacer el bien a lo largo de todo el globo terráqueo eran tan fuertes. Él no se merecía morir en aquel accidente de avión, al igual que ninguno de los civiles o soldados malienses se lo merecían y mucho menos a

manos de semejantes personas, semejantes criminales, que llegan a matar a las personas únicamente por no ser como ellos.

Actualmente, soy consciente de que la situación en Mali no ha mejorado mucho; puedo leer las noticias, al igual que el resto de los ciudadanos de mundo. A pesar de ello y puede que, debido a mi cercanía con los hechos, siento que esto no puede quedarse así, y que, no solo en honor a mi padre, sino a todas las personas inocentes víctimas del terrorismo, debo continuar con su labor y, ahora que me han ofrecido a mí viajar a Mali, aceptar sin pensármelo dos veces.

## **POR ESO SOY MILITAR**

**Pablo Sánchez Nieto**

Domingo, 17 de octubre del 2025, tenía 16 años. Era la 143ª sesión del Comité Olímpico Internacional en la que se decidía qué ciudad sería anfitriona de los futuros Juegos Olímpicos de 2032. La sesión se llevaba a cabo en Sídney, Australia, y era retransmitida por la 1 de Televisión Española. Madrid presentaba su candidatura y aunque ya estábamos acostumbrados a perderla, nos mantuvimos atentos por lo que pudiera pasar. Nos encontrábamos en la casa de mi tío en Hortaleza porque mi hermano y yo habíamos pasado a visitarle y tampoco había nada mejor en la tele, así que echamos la tarde en la dichosa y cansina ceremonia asumiendo ya que el poco Domingo que quedaba iba a ser un coñazo. Sin embargo, quién me iba a decir que aquella tarde iba a ser la que me hiciera descubrir la que sería mi vocación y a lo que dedicaría el resto de mi vida: ser militar.

Tras entrar, en lo que dejábamos los abrigos en el perchero, el tío Iván me mandó ir al cuarto de la despensa a coger refrescos y lo que pudiera ver de aperitivo para tomarnos algo en el salón. Al llegar, lo que me encontré fueron cajas y cajas repletas de polvo y un frigorífico antiguo. Cogí varios refrescos y al ir abriendo cajas para llevar algo para picar, ví una cajita en la que había una condecoración militar. Era una medalla circular de color bronce con una cinta con los colores de la bandera de España. También se distinguía el siguiente lema: "AL VALOR MUY DISTINGUIDO" y aparte un diploma que ni me molesté en leer. Volví al salón con la cajita, los refrescos, bolsas de patatas y

kikos además de varios cuencos, y estando ya sentados los tres, descubrí la condecoración ante mi tío. Él me miró con cara de pocos amigos, y volvió la vista hacia la televisión. Mi hermano y yo empezamos a ponernos pesados pidiéndole que nos contara la historia, y al final aceptó. Esto fue lo que nos contó:

"Era el 14 de agosto del 2003, éramos los últimos 335 militares que formaban el contingente que completaría los 1300 militares españoles que conformaban la Brigada Plus Ultra I. Ésta, se dividía en tres regimientos de Infantería, un Grupo de Artilleros y Unidades de Ingenieros e Intendencia. La misión consistía en dar apoyo a Estados Unidos y a Reino Unido en la llamada Operación Libertad Iraquí. Esta consistía en la colaboración de diversos países para la estabilidad y seguridad de Irak mediante la aportación de personal, equipo y otros recursos tras la conclusión en mayo de 2003 de la Invasión de Irak.

La Brigada Plus Ultra I, llevaba en Irak desde el 23 de Julio del 2003 pero nosotros nos incorporamos aquel 14 de agosto desde la Base Aérea de Torrejón de Ardoz. Días más tarde, el 28 de agosto, completarían la Brigada 1200 militares centroamericanos.

Por aquel entonces yo era un chaval de 21 añitos, siendo de los llamados "últimos de la mili" al ser mi generación, la de 1982, la última que hizo la mili apenas 2 años antes en el 2001.

Pues bien, mi pelotón, el Pelotón Churruca, lo conformábamos 8 militares. Al mando estaba el Sargento Pereira, un gallego con muy mala hostia pero que siempre respondía ante nosotros. El nuestro era un pelotón fusilero formado por dos escuadrones; el de fusileros comandado por el Cabo Gascón y el de ametralladora comandado por el cabo Zabala, un excelente tirador. El primero lo formábamos tres soldados: Santana, Romero y yo. Y el segundo escuadrón dos soldados: Soler que era el que llevaba un cañón de recambio de la ametralladora para cuando se calienta al disparar y un par de cajas de municiones, y

Santos, que llevaba otra caja de munición y relevaba el primer cargador cuando este no poseía más munición.

Nos destinaron a la ciudad de An-Nayaf, que se situaba junto al río Éufrates y a unos 180 kilómetros de la capital Bagdad. Contábamos con un campamento a las afueras, la Base Al-Ándalus.

Durante 4 meses participamos en numerosas operaciones de reconstrucción y mantenimiento de seguridad en la zona y aunque la mayoría de los civiles se mostraron agradecidos, sabíamos que por muchos no éramos bienvenidos. Se respiraba un clima de tensión y cada puta semana nos llegaban constantes rumores sobre atentados por parte de los movimientos subversivos que estaban surgiendo tras la caída del régimen de Hussein. Era un infierno. Pero el tiempo transcurría y no pasaba nada. En principio, teníamos que ir siendo sustituidos desde mediados de diciembre hasta el día 18 del mismo mes por la Brigada Plus Ultra II. Sin embargo, cuando ya olíamos el ansiado regreso a casa, asignaron a mi pelotón una misión de relativa sencillez que nos haría ser los últimos en volver. Fuimos los últimos en llegar y los últimos en volver de la Plus Ultra I. Lo que no sabíamos es que algunos volverían en cajas de madera.

El contexto es el siguiente: habiendo concluido la invasión de Irak en mayo de 2003, el Consejo de Seguridad de la ONU concedió el estatus de potencias ocupantes a Reino Unido y a Estados Unidos y establecía la posibilidad de que otras naciones colaborasen, entre ellas España, con la Brigada Plus Ultra bajo la supervisión de la llamada Autoridad Provisional de la Coalición (CPA por sus siglas en inglés). Asimismo, el 12 de mayo del 2003, ya finalizada la invasión, un tal Paul Bremer que era el administrador de la CPA disolvió las fuerzas de seguridad iraquíes, con el objetivo de que fueran refundadas libres de la influencia del partido Baaz del que había sido su líder Sadam Hussein durante la dictadura. Ante esta decisión, muchos de los que pasaron a ser exmiembros de las fuerzas de seguridad, se adhirieron a

movimientos rebeldes. Particularmente, muchos de los miembros del Servicio de Inteligencia Iraquí, la llamada Mujabarat.

Pues bien, encomendaron a mi pelotón la misión de liberar a un exmiembro de la Mujabarat que estaba siendo torturado por otros exmiembros debido a que se había puesto en contacto con nosotros para colaborar y dar el chivatazo de un atentado que habían planeado para volar la Embajada Británica a finales de año. Toda esta información, a cambio de que se le indultara por los crímenes de guerra y los delitos de espionaje durante la invasión y se asegurara su seguridad dándole asilo en España. Y aceptamos. Sin embargo, cuando nos disponíamos a recogerle para conocer la fecha y lugar exacto (no sabíamos que iba a ser a la Embajada Británica ni que iba a ser a final de año) nos enteramos de que le habían capturado. Habían descubierto que se había intentado poner en contacto con nosotros y se dispusieron a sacarle información y que confesara sobre lo que nos había contado. Entonces, localizamos dónde se encontraba y nos apresuramos ante la gravedad de la situación. Esto ocurrió el 12 de diciembre.

Fuimos hacia su posición, a las afueras de la ciudad de Diwaniya, en la Gobernación de Al-Qadisiya a unos 65 kilómetros de nuestra Base. Para ello contábamos con 2 URO VAMTAC Rebeco, un todoterreno blindado producido aquí en España, en Santiago de Compostela. Íbamos el cabo Gascón junto con el resto de mi escuadra en uno, y el Sargento Pereira junto con el Cabo Zabala y el resto de los de la escuadra de ametralladoras en el otro. Contábamos con los fusiles Heckler & Koch G-36, pistolas, la ametralladora alemana Rheinmetall MG-3 y varias granadas.

La casa donde se encontraba el contacto estaba en una intersección de una calle no muy concurrida cerca de una granja. Preveíamos que ellos nos podían estar esperando, pero lo que no sabíamos es que el contacto estaba custodiado por trece tíos armados hasta los dientes. Efectivamente, al llegar había cuatro de ellos en la calle custodiando la entrada. También había otros cuatro en la azotea,

desde donde controlaban toda la intersección. La estrategia era que el VAMTAC con la ametralladora abriera fuego de cobertura eliminando a los objetivos que se encontraban fuera del edificio mientras mi escuadra al mando del Cabo Gascón entraba, matábamos a los torturadores y rescatábamos al contacto. Debía ser algo rápido, para evitar muertes de civiles y que vinieran sus refuerzos en una zona en la que sabíamos que abundaban.

Y ocurrió. Y sí, pasó todo muy rápido, pero no según lo planeado.

A la cabeza estaba el VAMTAC con la ametralladora que disparó primero a los que estaban en la entrada. Debido a la rapidez de la maniobra, en esa primera intervención fueron abatidos tres de los cuatro objetivos de la entrada, y el último, cubierto tras una columna, tampoco tardó en hacerlo al cabo de los primeros minutos. Sin embargo, los de la azotea resistieron más y hasta consiguieron abatir a Santana y a Soler. Entretanto, en lo que los de la azotea mantuvieron la disputa con los del VAMTAC de la ametralladora, Gascón, Romero y yo entramos a la casa. En vanguardia se encontraba el cabo Gascón, que mató a uno de los tres objetivos que se encontraban fuera de la habitación donde estaba el contacto. A otro de ellos lo eliminé yo. Sin embargo, el hijo de puta que faltaba, apuñaló por la espalda a Romero que se encontraba en retaguardia. Así, el Cabo Gascón y yo encontramos la habitación en la que se encontraban, y tras hacerles salir al lanzar al interior una granada conmocionadora a los dos que custodiaban al contacto, los eliminamos. Cogimos al contacto el cual estaba maniatado y aún aturcido por la granada, y salimos.

Al salir nos encontramos que tres de los cuatro de la azotea habían sido abatidos, aunque por nuestro lado habían matado a Santos. Sólo quedábamos el sargento Pereira, el Cabo Zabala, el Cabo Gascón y yo. Metimos al contacto en nuestro VAMTAC y nos apresuramos a salir, pensando que eso había sido todo. Sin embargo, yendo el contacto, Gascón y yo a la delantera rumbo a la base, el último que quedaba en la azotea sacó un lanzacohetes Instalaza C-90 como los que empleábamos

nosotros y disparó contra el VAMTAC en el que iban Zabala y Pereira. Del Pelotón Churruca sólo quedamos Gascón y yo, el resto todos muertos en la misión.

El contacto trasladó la información que sabía a la CPA y actuaron en consecuencia, bombardeando las posiciones de la célula terrorista que iba a perpetuar el atentado, el cual se estimó que pudo haber ocasionado casi un centenar de muertos.

A Gascón y a mí nos dieron la Medalla Militar, concedida a integrantes del Ejército, desde el rango de soldado hasta el de capitán general, como recompensa ejemplar e inmediata de hechos y servicios muy notorios y distinguidos realizados frente al enemigo. Sin embargo, esa medalla sólo me hace recordar que aquellos que dieron su vida por la paz, que un día fueron mis hermanos, están enterrados. Y los que con sus actos perpetúan la crueldad y todos los males de este mundo, siguen respirando.

Por eso me dieron esta medalla y por eso soy militar”.



# LA GRAN VERDAD

**María Javierre Peña**

**16 de abril de 1999**

Hugo abrió los ojos, y seguidamente dirigió la vista hacia su reloj. La 1.37. Era la segunda vez que se despertaba desde que, apenas una hora antes, había terminado de colocar las últimas medicinas y había decidido irse a dormir. Miró hacia sus compañeros, tratando de averiguar si, como él, estaban teniendo dificultades para dormir. Sin embargo, todos ellos parecían descansar plácidamente. Decidió tratar otra vez de dormir. De repente, se dio cuenta de que Carlos, el agradable ingeniero al que había conocido durante la primera cena en el campo, estaba roncando ruidosamente. ¿Acabaría de empezar a roncar, o estaría Hugo tan adentrado en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta? Tras percatarse de esto, Hugo se descubrió planteándose si él también roncaba; nunca nadie se lo había dicho. El día que llegó a Madrid, con 18 años, para estudiar medicina militar, una señora de mediana edad le comunicó antipáticamente que, durante su estancia en la residencia de la universidad, se alojaría en una pequeña habitación con capacidad para una sola persona, por lo que no tuvo oportunidad de dormir con nadie.

Tras sus doce largos años de estudios universitarios, se vio implicado en la operación Alfa-Charlie, cuya misión era ofrecer ayuda a los países de Centroamérica en los que el huracán Mitch había desencadenado en unos efectos devastadores. Durante los tres meses de invierno que Hugo estuvo destinado allí, los militares llegaban tan

agotados a sus camas que ni siquiera les daba tiempo a escuchar quiénes de ellos roncaban. Tras pasarse por su mente este último recuerdo, Hugo se levantó de un salto de la cama, como si alguien con algún tipo de influencia sobre él le hubiese dicho que, por mucho que permaneciera tumbado, no iba a conseguir dormir. Abrió lentamente la puerta de la tienda que se había convertido en su dormitorio, y salió al exterior.

Cuando llegó al comedor principal, descubrió allí al Sargento Sanz, que se había convertido en uno de los pilares fundamentales de la operación que se estaba llevando a cabo en Hamallaj. Deseando que Sanz no se hubiese percatado de su entrada, Hugo se giró silenciosamente, bajo el firme objetivo de salir de allí. Sin embargo, el Sargento carraspeó, para hacer entender a Hugo que sí que le había visto.

- Lo-lo siento - dijo Hugo mientras andaba hacia la mesa en la que Sanz estaba sentado - Sé que no debería estar aquí, pe-pero estoy ...

- ¿Tú tampoco pegas ojo? – le preguntó Sanz, ignorando su explicación.

- Soy incapaz. Tengo mucho miedo de que no seamos capaces de afrontar esta misión.

- ¿Por qué no íbamos a poder hacerlo, Hugo? Nuestra misión es ayudar a los desplazados. Yo soy ingeniero, y tú eres médico, sólo tenemos que hacer nuestro trabajo. Además, no nos van a encontrar, te lo aseguro, llevamos sin utilizar los teléfonos móviles desde que salimos de España.

- Sí, yo soy médico, pero durante los últimos quince días mi única preocupación ha sido ayudar a construir un módulo hospitalario y colocar todas las medicinas que traíamos de España. Sin embargo...

- Sin embargo, ahora tienes que curar a los refugiados que van a venir. Eso es todo.

- Ya... pero al fin y al cabo son personas. Seguramente vengan desubicados o con algún tipo de trauma. Necesitan ayuda, una que vaya más allá de un tratamiento médico.

- Hugo, ya sabes cuánto te admiro como profesional, pero también sabes lo mucho que odio que vayas por libre.

- Ya... ya lo sé... pero es que, antes de venir, me he estado informando, y he descubierto que, desde que la república yugoslava de Serbia retiró la autonomía de Kosovo en 1989, los habitantes de esta ciudad, de mayoría étnica albanesa, no solo han sentido la proximidad de una guerra, si no que, además, llevan años sufriendo una humillación y discriminación por parte del gobierno de Serbia.

- Sí, ¿y qué? Por eso estamos aquí, ¿no? Para ayudarles.

- Sanz, se habla de una limpieza étnica. Han violado completamente sus derechos. Es inadmisibile, es necesario que se tomen medidas. ¿Tú sabes por lo que deben haber pasado las personas a las que vamos a ver dentro de escasas horas? Hablamos de una limpieza étnica, Sanz, una limpieza étnica.

- Hugo, te repito que investigar y hacernos cargo de eso no es nuestro trabajo, y si estamos aquí es porque, dentro de nuestros oficios, realmente nos necesitan. Y yo te necesito a ti. Te necesito al cien por cien como médico, olvídate de todo lo demás.

- Ya, pero...

- Ya basta de peros. Son ya las cuatro. Ayúdame a traer las últimas cajas al módulo y encárgate de despertar a tus compañeros. Los refugiados están a punto de llegar, y a las seis y media pasan por la

enfermería los primeros pacientes. He oído que allí vais a tener mucho trabajo.

## **21 de abril de 1999**

Tras siete pacientes y once horas dentro de la enfermería, Hugo comenzó a notar un fuerte dolor de cabeza que prácticamente le nublaba toda la vista. Habían pasado cinco días desde que los refugiados llegaron al campo, y desde entonces no había parado de trabajar. En ese momento, decidió aprovechar la salida del último de ellos para salir a comer algo y tomar el aire. De camino al comedor, donde tenía intención de colarse en la cocina y coger un trozo de pan, se percató de la presencia de una niña, escondida entre unos arbustos situados junto al camino principal. La niña lloraba desconsoladamente, lo que provocó en Hugo un intenso sentimiento de impotencia y rabia frente a toda la situación existente. Tras pensárselo durante unos segundos, Hugo decidió acercarse a ella. A continuación, se sentó junto al arbusto en el que se había ocultado la niña.

- Ho-hola pequeña. ¿Estás bien? - La niña no pronunció palabra. Sin embargo, seguramente impulsada por un sentimiento de vergüenza o inseguridad, dejó repentinamente de llorar.

- ¿Hablas español? - insistió Hugo - *Or English? Do you speak English?*

Tras unos minutos sin recibir respuesta alguna, la niña salió repentinamente del arbusto y se colocó delante de Hugo. Por su apariencia, Hugo dedujo que tenía entre once y doce años.

- Hola.

Tras oír esto, Hugo se quedó tremendamente sorprendido. ¿Cómo era posible que una niña tan pequeña, y residente de Kosovo, supiese hablar español?

- Hola, yo soy Hugo, Hugo Beltrán. ¿Cómo te llamas tú?

- Senka Mehmeti.

- Qué bonito nombre tienes, Senka. – Senka esbozó una ligera sonrisa - Te he escuchado llorar, ¿estás bien? ¿quieres que te lleve con tu familia?

En cuanto Hugo pronunció esta última palabra, Senka comenzó a llorar de nuevo. Sin embargo, esta vez no se ocultó en el arbusto, sino que se quedó parada ante Hugo. Hugo, por su parte, supuso a partir de esta reacción que a Senka le era imposible regresar con su familia, por lo que decidió tratar de animarla.

- Senka, ¿sabes qué? Tengo una idea. Tú y yo nos vamos a ir al comedor. Yo allí tengo una amiga que nos puede conseguir una taza de chocolate caliente y unas galletas. ¿Qué te parece?

Instantáneamente, a Senka se le cambió la cara. Sus ojos pasaron de emitir lágrimas a estar como platos, y en su cara se pudo identificar un suave sentimiento de ilusión.

Tras conseguir la comida, Hugo llevó a la pequeña Senka a un extremo del campamento, donde sabía que nadie les iba a molestar. Ambos se sentaron, y Senka, en cuestión de pocos minutos, devoró sus galletas.

Hugo, mintiendo, le dijo:

- Toma, cómete las mías, no tengo hambre.

- Si quieres puedes desahogarte conmigo – añadió mientras Senka embullía la segunda tanda de galletas - Quiero decir, que puedes contarme por qué llorabas.

- Ya sé lo que significa “desahogarte”.

- Ah, es que me sorprende que hables tan bien español. Pensé que a lo mejor sólo conocías el vocabulario más básico.

- Mi vecina me enseñó todo. Su m..., su madre era española, ¿sabes? - Hugo notó cómo a Senka se le había quebrado la voz al pronunciar en alto la palabra “madre”.

A continuación, Senka prosiguió: - Mi madre ya no está. Ni mi padre. Ni tampoco mis dos hermanos. El Ejército yugoslavo acabó con ellos. Yo fui muy valiente, aguanté. Mi madre me enseñó a serlo, pero ella no lo consiguió, no le quedaban fuerzas. – Senka, que se percató del notable cambio de expresión de Hugo, le preguntó: “¿Quieres que te cuente la historia?”

- Lo que tú quieras. No quiero que me cuentes nada de lo que no te apetezca hablar. Podemos hacer otra cosa, dar una vuelta o... - Senka interrumpió a Hugo y tomó las riendas de la conversación.

-Todo ocurrió un martes. Todos los miembros de mi familia habíamos oído hablar de las violaciones de los derechos humanos que se estaban produciendo en nuestra ciudad, Kosovo, pero ninguno habíamos vivido en primera persona ninguna situación similar. Según contaban, el Ejército yugoslavo había cometido torturas, ejecuciones, mutilaciones... contra la población albanokosovar. Sin embargo, era un tema muy tabú. No se nos permitía hablar de ello y era constantemente desmentido, por lo que mis padres nunca sacaron el tema en casa.

En ese momento, seguramente por el cambio en la expresión facial de Senka, Hugo consiguió percibir que Senka estaba a punto de contar lo que le sucedió a su familia. No entendía cómo una niña tan pequeña podía haber sufrido tanto, ni cómo se suponía que iba a afrontar ese trauma sola.

-Ese martes, yo me encontraba leyendo una novela de suspense en mi dormitorio, que está situado en la planta superior de mi casa. Mis dos hermanos estaban abajo, en el salón, jugando a las cartas, mientras que mis padres se encontraban haciendo tareas domésticas en la misma habitación. De repente, un fuerte ruido me apartó de mi lectura, pero yo no entendía de dónde provenía. Cuando me quise dar cuenta, escuché la voz de mi madre gritando: “¡No vamos a abandonar nuestra casa, es nuestro hogar, y estamos en nuestro derecho de permanecer aquí! ¡No hemos hecho nada malo!”. Seguidamente, escuché el sonido de cuatro disparos. – En ese momento, una lágrima se asomó por el ojo de Hugo, acompañando al intenso llanto que caracterizaba a Senka desde que había comenzado a contar su historia. – Tras oír esto, bajé corriendo las escaleras, sin importarme si los paramilitares seguían allí. Cuando llegué al salón, vi como toda la sala ardía en llamas, y como éstas se iban extendiendo hacia otras habitaciones. Ni siquiera pude despedirme de ellos.

## **26 de mayo de 1999**

Hacía tan sólo unas semanas que Hugo había escuchado el testimonio de Senka, y, tras el suyo, el de muchos otros refugiados albanokosovares del campo. Sin embargo, ese día, era a él al que le tocaba hablar. Tras acercarse a la secretaría del edificio en el que acababa de entrar, Hugo se adentró en una gran sala donde tenía concretada una entrevista:

- Mi nombre es Hugo Beltrán, y vengo a contar la gran verdad que tanto se ha tratado de ocultar sobre la “limpieza étnica” de Kosovo.





# DIARIO DE UN SOLDADO

**Lucía Albarsanz Cordero**

*17 de enero 2013: El Consejo de la Unión Europea aprueba la misión de entrenamiento en Malí.*

No suelo escribir diarios, en mi opinión mis pensamientos deben quedarse donde se originan, en mi mente. Tampoco suelo escribir, pero alguien me dijo que sirve para limpiar la cabeza, para eliminar todas las impurezas que se te van pegando en el día a día, quien sabe...

De todas formas, escribo por una simple razón, me destinan a Malí (África) a entrenar y enseñar a los soldados del país a luchar y defenderse de los revolucionarios y los que atentan contra la seguridad civil. Escribo no para hacer constancia de alguna hazaña heroica con la que luego me elogien, escribo para contar la historia que sucederá, una historia que puede no tener un final feliz, una historia que puede que no sea contada con palabras que salgan de mi boca, sino con las palabras de este papel impreso. Escribo, simple y llanamente, para contar una historia, mi historia.

*20 Enero 2013: Ya tengo fecha.*

Son las nueve de la noche, me dispongo a cenar con mi familia. Hasta ahora no saben nada relacionado con mi viaje, pero creo que es hora de contárselo, de todas formas, tampoco podría retener este asunto durante mucho tiempo.

Mi hijo está sentado a mi lado desde que llego a casa me cuenta como ha sido su día, lo bien que se lo pasa con sus amigos y lo mucho que aprende, y mientras le veo contándome todas esas cosas veo dibujada en su rostro esa sonrisa de inocencia y felicidad propia de los niños combinada con un brillo ilusión en sus ojos, me pregunto cuánto durará, aunque como padre, espero que sea para siempre. Mi mujer, en cambio, acaba de venir del gimnasio de estar con sus amigas. Me encanta cuando viene me besa y me dice el típico “Hola cariño” y me empieza a contar su día, lo pesado que es su jefe y como se acaba de enterar de que Gabriela está embarazada, que puedo decir a mi mujer le encantan los cotilleos.

Nos sentamos todos en la mesa y veo todo lo que echaré de menos, los conocimientos de mi hijo de once años, los cotilleos de mi mujer, la sonrisa de ambos y los “Hola papá” y “Hola cariño”. En ese momento, todo se me viene encima, pero soy un soldado me comprometí a servir a mi país y a mi patria, pero, sobre todo, me comprometí a ayudar a la gente indefensa a la gente que me necesitara, solo que en su momento no pensé que costaría tanto.

En ese momento una dulce y leve voz me toca e interrumpe mis pensamientos:

“-Bueno cariño, ¿qué tal tu día?”

Es el momento:

“-Hay algo que tengo que contaros, me destinan a Malí por un periodo indefinido para llevar a cabo una misión de entrenamiento.

- ¿Indefinido? Pero papá ¿no vas a volver?”.

En cuanto oí esas palabras no supe que responder, mi voz se quebró, las palabras no salieron y mi silencio se malinterpretó. Mi hijo se levantó y se fue a su habitación. Mi mujer algo más serena pero igual de impactada por la noticia, me hizo una pregunta de la cual no quería respuesta porque sabía que le iba a doler tanto como la estaba doliendo ahora:

- ¿Cuándo?

- El 20 de febrero sale el avión.

- Entiendo, sabía que llegaría, aunque desearía que no lo hiciera. Aunque, al igual que yo lo entiendo, él no. Ve a verle, habla con él, haz que lo entienda, ahora mismo te necesita y puede que sea una de las últimas veces que puedas que estés ahí para ayudarlo, pero ahora más que nunca es cuando debes estar con él.

- Te quiero.

- Yo también te quiero y siempre estaré aquí. Te esperaré, sólo prométeme que volverás, no mi importa si es con un brazo escayolado o sin una pierna, siempre y cuando vuelvas.

- Te lo prometo, volveré.

Cuando entré en la habitación de mi hijo, él estaba sentado tumbado en la cama, mirando hacia la ventana. Sabía que le dolería, pero no pensaba que su dolor me llegara a afectar tanto a mí. Parecía como si quisiera dormir, para así despertar de esta pesadilla, que al parecer es la realidad. Me rompía ver su reflejo en la ventana, en el cual

no podía distinguir las lágrimas de las gotas de lluvia del cristal. Al parecer el tiempo acompañaba sus emociones.

- No quiero que te vayas. Me dijo.

- Tampoco quiero irme y dejar todo lo que tengo. Contesté

- ¡Entonces por qué lo haces! Me gritó

- Porque tengo que ayudar a la gente. Hay gente que sufre en África que necesita la ayuda de tu padre. Gente que no tiene a nadie de su lado.

- ¿Pero tienes que ser tú? Me contesto más calmado, pero con la voz llena de melancolía.

- Sabes cuándo te explico cómo solucionar un problema de matemáticas y me dices lo buen profesor que soy, pues es lo que voy a hacer allí, voy a ser el profesor de la gente de Malí para enseñarles a defenderse de las personas que intentan hacerles daño.

- Mi amigo Jaime me dijo que en África moría mucha gente.

- Puede, pero tu amigo Jaime no conoce lo fuerte y valiente que es tu padre, además ya sabes que con lo bien que se me da explicar, seguro que acabo enseñada.

- Me lo prometes.

- Te lo prometo.

Es curioso como una simple promesa alimenta la esperanza y calma el alma.

Y con dos promesas hechas y dos almas calmadas, me fui a dormir.

*20 de febrero 2013: Mi avión despegó.*

El día llegó y mi avión despegó, entre promesas y lágrimas me despedí de lo que más quería y me fui.

En el avión enseguida te pones a hablar con tus compañeros y entre risas y bromas, nos calmamos los unos a los otros, y en un abrir y cerrar los ojos llegamos al cuartel de Bamako, en la capital de Malí.

Con un clima caluroso y seco, llegamos al cuartel, nada que haya que destacar, salvo la multiculturalidad del ambiente, en un mismo alojamiento encontramos franceses, estadounidenses, alemanes, holandeses y muchas otras nacionalidades. Al ver a toda esa gente con su propia historia allí, me alivió saber que por lo menos conocería nueva gente y nuevas culturas. Intentaré aprender todo lo que pueda para poder contárselo a mi hijo después.

Al finalizar la asignación de cuartos y una vez desecho el equipaje, nos llamaron para reunirnos a todos en la sala común. Allí nos dieron los horarios, conocimos al general de la misión y cenamos entre historias y risas, aunque pronto se evaporaron en la noche por un silencio que indicaba que mañana había que madrugar para poner en marcha la misión.

*15 de marzo 2013: Estoy bien.*

Después de casi un mes de mi llegada, no he tenido ninguna misión en la cual arriesgar mi vida, tampoco es que sea muy peligroso entrenar a soldados malíes. Además, la gente es muy agradable y enseguida empatizas con ellos y su causa, y te esfuerzas más para que

tengan una mejor preparación, y por consiguiente, que puedan obtener mejores resultados.

Es sorprendente ver lo bien que te tratan, tanto los niños que siempre quieren jugar contigo y que les cuentes historias, como los padres y madres de los niños que te invitan a comer a casa, a pesar de tener lo justo para sobrevivir. Son pequeños detalles que te muestran la bondad y el buen corazón de la gente, cómo sin tener nada te dan todo lo que tienen, mientras que otros teniéndolo todo no te dan nada.

Hay un niño en especial que siempre viene a saludarnos al cuartel, se llama Modibo Keïta. Es pequeño y puede que algo escuálido, pero es normal allí, una triste realidad. Ha decir verdad, me recuerda a mi hijo, con esa sonrisa dibujada en el rostro, agradecido por tener una familia y un techo donde alojarse, una sonrisa muy diferente a la de inocencia de mi hijo, esa sonrisa venía acompañada con unos ojos que habían visto horrores pero que aun así tenía la valentía y el poder de sonreír de felicidad porque a diferencia de muchos en ese país estaba vivo rodeado de gente que le quería, aunque esa gente fueran miembros de un cuartel.

Esta tarde al pasarse por el cuartel no estaba tan animado como lo estaba de normal, no hablaba y nos miraba con desconfianza, así que en uno de mis descansos, me acerqué a él y le pregunte:

-Modibo, ¿Te apetece jugar con el balón un rato?

-No. Respondió seco, contundente y sin dirigirme casi la mirada.

- ¿Seguro? A ti te encanta jugar con el balón. Contesté intentando animarle y esperando que me contara que le pasaba.

- No me apetece. Dijo sin espíritu y ganas.

Me pareció rara su respuesta, aunque por muy enérgico y feliz que sea no puedo exigirle que lo sea siempre, no podemos nosotros en nuestras vidas casi perfectas, van a poder ellos que sus vidas distan bastante de serlo. Pero aun así tuve que preguntarle, ya que no podía ayudar a mi hijo biológico, del cual recibía cartas todos los domingos. Puede que durante todos estos días en los que venía a visitarnos yo hubiera conectado mejor con él porque él iba en busca de un padre y yo sin darme cuenta en busca de un hijo, y como padre que cuida a sus hijos (aunque lo separen cientos de kilómetros) tenía que cuidarlo a él. Así que dispuesto a resolver el problema que le rondaba me dispuse a preguntarle, la pregunta en la que todos mienten:

- ¿Estás bien?

- Sí, no te preocupes.

No era de extrañar, que él también hubiera mentido, la mayoría de las personas no queremos contar nuestros problemas, ya sea por no preocupar a otros, por simular que tenemos una vida perfecta, pero ¡qué demonios! La perfección está sobrevalorada. Así que le contesté:

- Sé que no soy tu padre, pero también sé que para ti soy lo más parecido a uno. No has tenido nunca un padre, pero ellos siempre cuidan de los suyos como un general a sus soldados, él es el padre y ellos los hijos. Si no quieres que actúe como padre déjame que actúe como lo que soy un soldado que cuida de sus cadetes, es decir de ti. Así que, tú ahora decides o contarme lo que te pasa como mi cadete o como hijo, pero la decisión es tuya.

- Tú no eres mi padre y no sé si podrás ayudarme... Respondió Modibo entre enfado y duda.

- Desde luego no podré si no me cuentas lo que te pasa ¿no crees?

Después de unos minutos de silencio, en los que el niño pensaba en mis palabras, me respondió.

- El problema es que hay unos señores muy raros en la casa de mi vecina, llegaron hace unos días, pero no se van, se parecen a vosotros con armas y vestidos iguales, pero ellos tratan mal a la gente y no nos ayudan, en verdad creo que son peligrosos, pero es mejor no decir nada, ni hacer preguntas.

En ese momento me temí lo peor, seguramente fueran parte de una célula terrorista, deben de estar preparando algo para sembrar el terror en la capital y hacerse con el poder, si llevan ya unos días asentados deben tener casi todos los preparativos realizados, por lo que de actuar debíamos hacerlo ya. Modibo me miraba como si leyera mi mente y en ese momento me miro y dijo:

- Son malos ¿verdad?, van a hacer daño a la gente.

- Tú solo no te acerques a ellos, nosotros nos encargaremos de todo. Mañana por la mañana será como si no hubiera pasado nada.

En ese momento me miro con cara seria y mirada penetrante:

- Quiero ayudar, no puedo dejar que haya gente mala en mi pueblo, destruyendo hogares y familias como la mía, no quiero que nadie sufra como yo he sufrido, ni que nadie viva como yo vivo.

- No te preocupes eso no pasará. Te lo prometo.

Pero a diferencia de mis anteriores promesas esta no calmó el alma de pequeño amigo, sino que hizo que estallaré en lágrimas de rabia.

- ¡Estoy harto de promesas! Todos hacéis lo mismo venías aquí con armas prometiendo paz y estabilidad, pero luego somos nosotros los que sufrimos y morimos entre promesas fallidas. ¡No quiero que me



prometas nada! ¡Quiero que hagas algo bueno y yo me aseguraré de que lo hagas! No quiero ver a mi gente morir, así que iré contigo y te ayudaré.

Ante esa mirada llena de furia, lágrimas y recuerdos dolorosos, lo único que pude contestar fue lo siguiente:

- Entiendo, si quieres ayudar ven conmigo al cuartel cuéntale al general lo que me has contado a mí y ayúdanos a trazar un plan para echar a esa gente de la casa de tu vecina y salvar así a tu pueblo.

Tras una ardua labor de planificación, estábamos preparados para realizar la labor de rescate de la vecina de Modibo y evitar el desastre que pueden causar los guerrilleros terroristas.

Para evitar problemas y contratiempos, una vez nos indicó dónde estaba la casa dejamos a Modibo en una sala del cuartel junto con un soldado, lo último que querría como soldado y padre, es que mi subordinado o hijo fuera alcanzado por una bala desviada.

*16 de marzo de 2013: La noche.*

Era una noche silenciosa algo fría, pero nada fuera de lo común.

Una vez que el grupo de 40 soldados escogidos para la misión y portando chalecos, armas y una mirada que reflejaba pura concentración y determinación para realizar de manera satisfactoria la misión. Nos decidimos a realizar el plan acordado con anterioridad. Aunque antes de abstraerme de todo para focalizar todas mis fuerzas y pensamientos a la misión dediqué un minuto en pensar en mi familia y en las promesas que les hice y en cumplir todas ellas, las tres que había hecho. Al finalizar el minuto, di la orden. La misión estaba en marcha.

Tras bajar el brazo los soldados situados junto a las ventanas lanzaron bombas de humo para irritar y nublar la vista y los sentidos a los del interior. Casi al mismo instante los soldados de la puerta entraron en perfecta coordinación al interior del hogar desarmando a todo aquel que encontraran y sacando a todas las víctimas del interior. Todo marchaba de acorde al plan hasta que una figura salió de entre las sombras y empezó a disparar sin un objetivo concreto, simplemente disparando al azar por si daba a alguien y si daba y cada bala resonaba en mis oídos. No podía imaginar cómo una persona con una ametralladora disparará a diestro y siniestro matando tanto a rehenes como a los que eran de los suyos, a sus propios camaradas, en ningún momento podría haberme imaginado a alguien tan sádico y sin alma.

El resto de soldados que atendían a las víctimas acudió a nuestra ayuda, pero establecí la situación tan rápido como había comenzado y de la misma manera que había empezado, con un disparo. Un disparo que acertó en el pecho del hombre. Mientras caía al suelo y todo volvía a la normalidad una última bala voló por la habitación en mi dirección. Pero no me dio a mí, ni tampoco a mis compañeros, ni a ninguna de las personas que estaban retenidas en la casa que rescatamos de manera rápida y segura. Dio a una figura pequeña y escuálida, que antes de esta noche era alegre y energético, al parecer demasiado energético.

Al bajar la mirada ví, una figura pequeña que me dijo:

- Aunque en tu país los padres cuiden a los hijos y los generales a sus soldados. En el mío, los hijos salvan a los padres cuando estos vienen de un duro día y nos ven felices, al igual que en una batalla los soldados morirían por proteger a su general. Al parecer soy ambos para ti, el hijo que cuando llegabas de trabajar te encontrabas para jugar con él a la pelota y que su sonrisa te contagiaba y el soldado que morirá por su general.

En ese momento no podía aguantar más, mis lágrimas salieron y gritaba no sé a quién si a él, a los médicos que lo atendían, al destino o a la propia muerte para que no se lo llevara:

- ¡No morirás! ¡No te irás! ¡Te hice una promesa!

Y en un suspiro mientras se lo llevaban me contestó:

- Y tú a pesar de todo, la cumpliste. Gracias.

Lo único que recuerdo de aquella noche a partir de ese momento son escenas, de Modibo con sus ojos cerrados lleno de médicos alrededor, de mí yendo a la cama en lágrimas, de gente a mí alrededor diciendo que todo estará bien, yo tumbado en la cama y después nada.

*26 de marzo de 2013: Diez días después.*

Vagaba por los pasillos como cualquier otro día después de la noche que me cambió. Me dijeron que en menos de una semana volvía a mi hogar, pero no podía irme sin dedicar unas últimas palabras a aquella personita que volvió mi mundo patas arriba. Por eso después de desayunar, me dirigí al campo donde lo dejamos, con un balón y unas flores en la mano y mi cabeza llena de palabras qué decir. Una vez que llegué y le vi me quedé en blanco, todo lo que quería decir no podía decirlo, mi cara llena de lágrimas, pero mi postura firme, mi boca abierta, pero sin nada que decir.

A menudo, las palabras más importantes, las más sinceras, se nos enredan en alguna parte, entre el corazón y la boca, y no las pronunciamos. Pero no hacía falta pronunciarlas porque en ese momento unos brazos me rodearon, dando el abrazo más sincero y que indicaba la más triste de las despedidas. En cuanto me dispuse a hablar una voz perteneciente a un pequeño y escuálido niño, alegre y enérgico dijo:

-No hables.

Y no hablé simplemente le abracé, porque a veces no hacen falta palabras para expresar lo que sientes, desde luego no las necesitaba, no después de todo lo vivido. Todo lo que necesitaba en ese instante estaba entre mis brazos.

Al cabo de un rato, le di el balón y las flores y juntos jugamos una última vez.

*1 mayo 2013*

Cuando llegué a casa entre lágrimas y celebraciones abracé a mi hijo y mi esposa y les dije:

- He pasado por tanto y he aprendido tanto, que me encantaría contaros mi historia

Y es lo que hice.

# EL DECÁLOGO DEL SOLDADO

**Manuel Rábade Camargo**

Aunque en un principio defendía lo contrario, con el paso del tiempo acabe aceptando que era militar, en gran parte, por mis antecedentes familiares; mi abuelo y mi padre lo fueron antes que yo. Nunca fui un gran estudiante y al terminar la Selectividad cometí el error de estudiar derecho. En el segundo año dejé la carrera y decidí irme a vivir una temporada a Londres — ciudad natal de mi madre— donde acabé trabajando en diferentes cadenas de comida rápida.

La experiencia laboral en Londres me hizo valorar la posibilidad de tener una nómina estable todos los meses. La insistencia por parte de mi padre y mi estrecho vínculo con el deporte acabaron por decidirme. Cuando entré al ejército no era más que un crio, tras terminar la fase de formación en Zaragoza, de aquel crio ya quedaba poco. Recuerdo que mi padre solía decirme que a los de mi generación nos debían obligar a hacer la mili. No diré que tenía razón, pero sí que los valores que nos inculcaron hicieron de mí una mejor persona.

Antes de partir hacia Afganistán nos adelantaron que nuestra misión allí no sería únicamente de paz. Aunque ciertamente el periodo de adiestramiento y preparación en Fuerteventura —elegida por sus similitudes con el país asiático— nos lo había anticipado. De aquellas semanas no guardo un mal recuerdo. Sin embargo y muy a mi pesar, no todo era realizar maniobras y simulacros. Allí nos enseñaban todo lo

que debíamos saber del país, de su cultura, de su historia y sobretodo del peligro de los talibanes y su insurgencia.

Durante seis meses estuvimos destinados en *Badghis*, en el oeste del país. La vida en la base de *Qala-i-Naw* era relativamente sencilla y bastante rutinaria, cada cual se limitaba a cumplir sus funciones. La labor del ejército español era reconstruir una provincia inmersa en el caos y extender la autoridad de un gobierno que para muchos afganos era ilegítimo, ya que colaboraba con nosotros, infieles extranjeros.

Todos los días disponíamos de una hora de gimnasio, que sorprendentemente estaba muy bien equipado. En ese periodo de tiempo lograba evadirme de todo lo que allí vivíamos, de algún modo, esa era mi forma de desfogarme. También, gozábamos de tiempo libre, la mayoría de mis compañeros lo invertían en video llamadas de pésima calidad con sus mujeres e hijos. Con apenas veintiséis años, a mi la idea de formar una familia me seguía resultando muy lejana. La única obligación que tenía era llamar cada noche a mis padres.

En Afganistán, formaba parte del “*Equipo Operativo de Mentorización y Enlace*”. Nuestro cometido era preparar y formar al ejército afgano, para que cuando el último contingente español se replegase, el país y en concreto la provincia de *Badghis* contara con un ejército y una policía capaces de mantener la seguridad y el orden que ofrecíamos nosotros. Los militares afganos rápidamente se ganaron nuestro respeto, su diligencia y vocación eran dignas de admirar. Aquellos hombres cobraban entorno a unos 70 euros al mes, y a veces ni si quiera cobraban. Estaban siempre en primera línea de batalla, eran quienes más bajas sufrían. No serán recordados, nadie conocerá su sacrificio.

Los primeros días todo fue algo caótico, la comunicación con los afganos se hacía muy complicada. De no ser por Mansur, nuestro interprete, entendernos habría sido imposible. Al final, con el paso del tiempo llegamos incluso a crear amistad con muchos de ellos. Es

imposible no acordarse de Malik, un joven que había perdido a parte de su familia en uno de los bombardeos americanos. Nos contó que, al morir sus padres, su hermano menor, fue reclutado por los insurgentes; a los dos meses se inmoló contra la embajada estadounidense, matando a dos diplomáticos y a tres miembros de su seguridad. Tras contarnos su historia, entre lágrimas nos dijo que sus familiares no eran malas personas y que él no merecía haber vivido ese infierno.

Cada cierto tiempo solíamos realizar misiones de reconocimiento en población. Aquel día debíamos ir a una de las muchas *madrasas* que levantaron nuestros compañeros junto con los militares italianos.

La cabo primero Hernández, que lideraba el grupo, me ordenó acompañarla al edificio, donde nos esperaba nuestro inseparable Mansur que nos fue traduciendo todo lo que nos decía el director de la escuela. Siempre que entrábamos en un aula se repetía el mismo gesto, gran parte de los estudiantes se tapaban la nariz.

- ¿Sabes lo que significa? — me preguntó la cabo al salir del centro.

- ¿Qué? ¿Lo de la nariz? — respondí escéptico.

- Taparse la nariz es la máxima señal de repudio hacia el infiel. Resulta paradójico que reciban así a los que un día pusieron en pie la escuela en la que ahora ellos estudian.

- Así nos lo agradecen.

- Al final el gesto es lo de menos. No hemos venido por casualidad. Hace tres días los americanos cazaron a un par de insurgentes, al parecer habían estudiado aquí. A veces me pregunto si lo que hemos estado haciendo durante años ha servido para algo.

Desde el 2002 teníamos tropas en el terreno y la realidad era que, casi nueve años después, todo seguía igual. Los talibanes, ahora insurgentes, seguían imponiendo su autoridad y la población permanecía hundida en la pobreza. Sin embargo, el gesto de la *madrasa* fue algo aislado, la mayoría agradecían nuestra labor y probablemente eso era lo que nos empujaba a seguir adelante. Nuestra motivación era intentar mejorar la vida de una población que ha vivido constantemente en guerra y que prácticamente no concibe un futuro sin ésta.

La movilidad se convirtió en una de las mayores complicaciones de *Badghis* ya que la red de carretas existente apenas se había desarrollado, más de la mitad no estaban pavimentadas. El principal objetivo del gobierno era solventar este problema, en contraposición con los intereses de los insurgentes que durante los últimos años se han dedicado a sabotear las obras. Esa fue la razón por la cual se debían formar guardias mientras se cimentaban las carretas.

Los españoles nos encargábamos de estas guardias, para ello se construía una base de patrulla; un campamento provisional, bastante similar a una trinchera, establecido al pie de la carretera. En una ocasión tuve que hacer vida en este tipo de bases. En aquel habitáculo no había más que un par de literas y una mesa donde comíamos exclusivamente latas, que eran casi incomedibles. Pasábamos prácticamente toda la jornada haciendo guardias, difícilmente disponíamos de cinco horas para dormir y cuando despertábamos repetíamos de nuevo el proceso.

En el cuarto día, mientras comíamos, nos sorprendió el ruido de un misil de mortero que estalló a pocos metros de la base. Los seis hombres que formábamos la patrulla nos miramos incrédulos, estábamos siendo atacados, habíamos sido advertidos de la posible amenaza, pero ninguno de nosotros lo esperaba. Durante años fuimos entrenados para superar situaciones de riesgo, no obstante, ninguno de nosotros estaba preparado para aquello. En verdad, nadie lo está. Quité el seguro de mi fusil, un HK G36, y salimos de la base.



Bajo una pequeña duna, a unos treinta metros de nuestra posición, había una furgoneta blanca que los insurgentes utilizaban como cobertura. Conté a tres hombres, todos armados, sin embargo, desconocíamos de donde procedía el misil de mortero. El suboficial Romero, al mando de la patrulla, informo a la base principal, en cuestión de veinte minutos debería llegar un helicóptero de rescate. Dos de mis compañeros subieron a la parte superior de la base donde guardábamos una MG-4 y abrieron fuego. Resguardados tras varios sacos terreros los dos compañeros restantes y yo empezamos a disparar, fue la primera vez que disparaba a un semejante. En aquel momento, aquello que nos caracterizaba como seres humanos se desvaneció y todo se redujo a la propia supervivencia. Nuestra potencia de fuego era bastante superior y en menos de diez minutos alcanzamos a los tres insurgentes y el tiroteo cesó. Romero me indicó seguirle, avanzamos posiciones hasta llegar a la furgoneta donde nos encontramos el mortero y los cadáveres de los insurgentes. Me fijé en uno de ellos, al destapar su turbante descubrí un rostro imberbe de un joven que apenas sumaba veinte años. Pensé en la historia de Malik, en su hermano, aquellos jóvenes no vieron más que la guerra, ineludiblemente se educaron en el odio y finalmente acabaron dando la vida por una causa que ni ellos mismos sabrían justificar.

Volvimos con nuestros compañeros, exhaustos nos felicitamos; habíamos salido ilesos y probablemente aquella hazaña nos otorgaría el reconocimiento que muchos anhelaban. Regresamos a la base principal convertidos en héroes, todos querían saber nuestra historia. Al cabo de unos días ya nadie se acordaba y nosotros volvimos a nuestras funciones.

Siempre había tenido una concepción de la guerra un tanto idealista, en la que un bando, defendiendo ideas como la libertad, la justicia o el dogma establecido en un momento histórico determinado, luchaba contra otro que contradecía todo lo anterior. Tras mi experiencia en Afganistán, sentía que no pertenecía a ninguno de los

bandos, al final, simplemente fuimos testigos mudos de un conflicto al que nunca se le quiso llamar guerra.

## VIVET: PERFICERE SENTIUNT

**Ángela Angulo**

Me despierto sobresaltado. Son las 5:00 de la mañana. Tengo la garganta seca y me duele al tragar saliva, he debido volver a dormir con la boca abierta. Esta tarde tendré que ir al médico.

- ¿Qué hora es? -me pregunta mi mujer, Adela.

- Las 5:05, tengo que irme a trabajar -le digo, a la vez que le doy un beso en la mejilla que no tiene apoyada sobre la almohada.

Adela y yo llevamos casados tres años, pero llevamos juntos casi quince. Nos conocimos cuando se mudó a mi calle; a la casa de enfrente, más concretamente. Ella tenía 13 y yo 15 y siempre intentaba salir a pasear a Dumbo, mi perro, cuando ella salía de camino a clases de violín; y así tener una excusa para verla y acompañarla. Dos años después de conocernos empezamos a salir y desde entonces no nos hemos separado.

- Es muy pronto, David. Quédate un rato más -me dice sin abrir los ojos. La luz del pasillo que acababa de encender le cegaba todavía.

Entorno la puerta para que no le dé la luz directamente en la cara.

- No puedo, quiero llegar antes hoy. Ayer me dejé unos papeles en mi escritorio y tengo que llevárselos al coronel.

- Intenta llegar antes hoy y vemos algo en Netflix -me dice, aunque noto en su voz que no está pensando en eso.

- Haré lo que pueda -le doy otro beso y salgo de la habitación.

Cuando me voy a trabajar todavía está en la cama.

En el coche voy callado, pensativo. Ni siquiera pongo la radio, como suelo hacer cada mañana nada más salir del barrio. Hoy sale el llamamiento para el próximo relevo de personal del destacamento Orión, de la Operación Atalanta, y yo no tenía mucha gente por delante.

No le he dicho nada a Adela para no preocuparla. Bueno, para no preocuparla y porque no quiero admitir que puede pasar. Cuando me alisté sabía que en algún momento me tocaría hacer alguna misión internacional, pero es un día que ningún miembro del ejército quiere que llegue, por el peligro que supone.

Llego al cuartel y entro en uno de los edificios de nuestra unidad, el CECAF (Centro Cartográfico y Fotográfico). Lo primero que hago cuando llego es ponerme el uniforme, como cada mañana. Después voy a mi mesa y cojo los papeles que le tengo que llevar al coronel Lanza, pero como sé que hasta las 9:00 no llega los meto en una carpeta y la guardo en un cajón. Son las 8:00. Me pongo con la edición de unas fotografías que tienen que salir la semana que viene en un artículo y que aún no tengo terminadas.

Cuando dan las 10:00 me pongo en marcha hacia la cafetería con los papeles, ya que sé de sobra que Lanza va a estar allí. No me equivoco.

- Teniente Galán, buenos días -me saluda.

- Buenos días, mi coronel -le devuelvo el saludo-. Buenos días -saludo al resto de sus acompañantes.

- ¿Quiere un café? -me pregunta.

- No gracias, solo venía a entregarle esto -le entrego la carpeta y la guarda en su maletín-. Ya tengo las imágenes del reportaje editadas, pásese cuando quiera para elegir las que más le gusten y las enviaré a imprenta- aprovecho para decirle.

- Muchas gracias, teniente. Nos vemos luego -me contesta.

- Hasta luego.

Salgo de la cafetería y me dirijo a ver las listas, que salían a las 9:30. Cuando llego a mi edificio voy a ver a Inma, la secretaria.

- Buenos días, Inma, ¿tienes ya las listas del relevo de Yibuti? - le pregunto con un nudo en la garganta.

- Buenos días. Sí, aquí tienes -me entrega la lista de nombres y puestos.

- ¿Te importa si me la subo un momento?

- Quédatela -me dice con una sonrisa.

- Muchas gracias -le devuelvo el gesto y subo a mi despacho.

Tengo muy buena relación con ella, con todos los de la unidad en realidad. Al contrario de lo que muchos pueden pensar acerca del ejército y de lo que pasa dentro de un cuartel, somos una pequeña familia. Llevamos mucho tiempo trabajando juntos. Muchos hemos estado incluso en las bodas de los otros.

Cierro la puerta y me siento. Respiro hondo. Debo mantener la cabeza fría y pensar que, si finalmente debo ir, serán sólo unos meses fuera de casa y estaré realizando el servicio que mi país me pide y que yo he jurado realizar hasta mi último aliento si fuera necesario.

Finalmente miro la lista y allí está mi nombre, en medio de mil letras que se mezclan entre sí aventurándose ilegibles para mí. En el próximo relevo de personal, dentro de tres meses, partiré en un avión con destino a Yibuti. Estoy tranquilo, más de lo que me esperaba. El problema va a ser cómo decírselo a Adela.

- La operación Atalanta está destinada a la lucha contra la piratería en el Mar Árabe. En ella no solo participa España, sino que Estados Unidos, Francia y Alemania, entre muchos otros, también forman parte de ella. El ejército español cuenta con el personal y los equipos más cualificados en cuanto a cartografía se trata, por eso, la mayor parte del peso de esta misión recae sobre nosotros. En esta misión, el avión P-3 'Orión' perteneciente a la flota aérea española hace un reconocimiento de la zona, obteniendo imágenes terrestres desde el aire y para ser analizadas posteriormente por cartógrafos del CEEAF allí destinados. En estas imágenes se buscan nuevos campamentos establecidos por los piratas, para poder vigilarlos; así como también se observa el estado en el que se encuentran los barcos y su contenido y se analiza si son objetivos potenciales de ataque.

Cuando dan las 15:00 me marcho a casa. Al entrar, un olor a curry me golpea. El pollo al curry me recuerda a la primera vez que fui a su casa. Yo no pensaba quedarme a comer, pero su madre insistió y no me quedó más remedio que aceptar su invitación. Nuestras familias siempre se han llevado muy bien.

- ¿Hola? -escucho desde la cocina.

Me dirijo hacia allí y abrazo a Adela por detrás mientras da vueltas a la comida.

- Huele genial -le digo.

- ¿Qué tal el día?

- Bien, te tengo que contar algo, pero bien -digo, sin dar más explicaciones.

- Yo también te tengo que contar algo -y su respuesta me sorprende y alivia a la vez, porque el tema no monopolizará la comida.

- Genial, comida de confesiones -le digo mientras me río.

Nos sentamos a comer y decido hablar yo primero, sin rodeos, llevo un rato dándole vueltas en la boca y necesito escupirlo de una vez.

- En tres meses me voy a África.

- ¿Qué? -me pregunta con un trozo de pan en la boca. Estaba viendo el telediario y no me ha escuchado.

- Me voy a África.

- Explícate, David, porque no estoy entendiendo nada.

Trago saliva un momento antes de seguir.

- Me envían de misión a Yibuti, al lado de Somalia. Estaré allí unos cuatro meses, volando el P-3 una vez al día cada dos días.

- ¿Y qué hacéis allí?

- El avión vuela por las mañanas y en él van dos pilotos, dos fotógrafos y un enfermero. Cada vuelo dura unas nueve horas y en ellos captamos imágenes del terreno que luego se interpretan y analizan en tierra. Lo que hacemos es luchar contra los piratas de las costas de

Somalia, para evitar que secuestren los barcos europeos y estadounidenses, con rehenes dentro, pidiendo millonadas por su liberación

- Estoy aturdida -me dice Adela.

- No es una misión muy peligrosa. No es un país en guerra, pero la pobreza los lleva a buscar cualquier medio para sobrevivir.

- Como haríamos cualquiera en situaciones desesperadas -creo que tiene la cabeza muy fría-. ¿Y cuándo te irías?

- En julio, dentro de tres meses.

- Entonces volverías en octubre -parece que echa cuentas en su cabeza.

- Sí. ¿En qué piensas?

- En que tenemos que mudarnos.

- ¿Qué? ¿Por qué? -le digo completamente confundido.

- Porque dentro de ocho meses no entraremos en este piso.

Me cuesta un momento entender lo que me está diciendo, pero...

- ¿Estás embarazada? ¿Era eso lo que me tenías que contar?

Me mira con cara de susto.

- ¡Estás embarazada! -la abrazo mientras nos reímos-. Es la mejor noticia que me han dado nunca, Adela. Gracias por hacerme la persona más feliz del mundo.



Lo que creía que iba a ser un mal rato se ha convertido en el mejor día de mi vida.

Han pasado ya tres meses, lo que significa que debo marcharme a 5524 km de mi hogar, de mi familia. No quería que este día llegara. Estos tres meses han sido una auténtica locura con todo lo del bebé. Buscar piso, contárselo a nuestra familia y a nuestros amigos, preparar todo para que cuando yo no esté Adela no tenga que preparar nada. Además de los preparativos para mi viaje: vacunas, pasaporte...

Al final vuelvo a mediados de noviembre. Para entonces mi mujer estará saliendo de cuentas así que mi vida tal cual la conozco hasta ahora habrá terminado y me tocará volver, de una realidad temporal, a lo que será el resto de mi vida.

Las despedidas nunca me han gustado, pero esta con diferencia ha sido la peor que he vivido nunca. En ella no ha habido miedo, sino más bien incertidumbre, pena y la sensación de que me voy a perder una de las cosas más importantes y bonitas de mi vida.

Cuando vuelva tendré que afrontar una nueva rutina y tendré que estar preparado para ello. Lo estoy, de hecho.

El viaje ha sido tranquilo, aunque muy largo. Dieciocho horas y un trasbordo que no se hicieron más cortas ni con una siesta de nueve horas.

El paisaje es completamente diferente, todo tierra, y calor, mucho calor, de este insoportable que se te pega y no se quita ni con todas las duchas frías del mundo. 46 ° C a la sombra a las 9:00 de la mañana. Genial.

Nos dirigimos a lo que será nuestra casa los próximos cuatro meses y nos instalamos allí.

Esta tarde tenemos el acto de relevo y mañana empezamos desde bien temprano.

Durante los primeros días siento un golpe de realidad tremendo. Las dos primeras semanas se me pasan bastante rápido. Habitarse a la nueva rutina e intentar entender el francés, del cual no tengo ni idea, me provoca llegar tarde a todas partes y comer de todo menos lo que entiendo que he pedido.

Algo que siempre me sorprenderá es el paisaje. Y no me refiero a la arena. Me refiero a la pobreza, a cómo vive la gente, en chabolas, en condiciones infrahumanas, sin casi comida ni agua corriente.

Vamos en el coche camino del trabajo, ya llevamos aquí mes y medio, y, como todos los días, una veintena de niños nos rodea pidiendo comida o agua, nosotros no llevamos nada encima, salvo una botella de agua medio vacía que se quedó el día anterior en el coche. Está ardiendo, pero como es lo único que tenemos se la damos. Su cara de alegría al echarse el agua a la boca es algo que nunca se me irá de la cabeza y que me ha hecho darme cuenta aún más de la suerte que tenemos.

Sin embargo, aunque estas personas vivan en estas condiciones, desde lo que he visto puedo decir que la mayoría son felices y les basta con esto. Con poder comer y beber se sienten satisfechos. Podríamos aprender mucho de ellos.

Pocos días después de cumplir dos meses desde nuestra llegada, uno de los pilotos me invita a vivir un vuelo regular y ver todos los procedimientos que realizan. Me sorprende la concentración que requiere el trabajo de todas las personas que participan en el vuelo; tanto de los pilotos, por razones obvias, como de los fotógrafos, siendo capaces de tirar una foto, exportarla, ver si es buena para poder analizarla en tierra, comunicar el resultado a los pilotos y volver a

colocarse en posición para tirar la siguiente, todo ello en veinte segundos.

El tercer mes es el peor. Mi cabeza dice basta, necesito volver a mi vida porque esta rutina me machaca el ánimo poco a poco. No podemos salir de donde nos hospedamos por cuestiones de seguridad, y las oportunidades de ocio que se nos ofrecen no son muchas.

Con la llegada del cuarto mes todo cambia, voy contando los días para volver y lo veo cada vez más cerca. Cada hora estoy mucho más cerca de ver a mi mujer, a mis amigos, de pisar las calles de Madrid, de disfrutar de mi nuevo piso, de escuchar español por la calle y de pasar frío, porque, a pesar de estar en octubre, la temperatura no baja de los 35 ° C.

Ha llegado el día. Me paso todo el vuelo mirando por la ventana, soñando con llegar, recordando los olores y colores de España. Es un vuelo directo así que es algo más corto.

Cuando salgo de la terminal me encuentro allí a mi mujer, pero la escena no es como me la imaginaba. Adela lleva en brazos al bebé más pequeño que he visto en mi vida. El parto se adelantó dos semanas, pero, afortunadamente, ambos están bien.

- Bienvenido, David, te presento a Elena.

Estoy aturdido, aunque increíblemente feliz.

- Es preciosa -le digo. Acto seguido le doy un beso y la miro a los ojos, más de cuatro meses después.

Cojo a mi hija en brazos por primera vez y siento que no necesito nada más, en este momento me siento completo.

Estoy completo.



## QUERIDO PILOTO

### Estela de la Soledad Sánchez

30 de julio de 2003, las 4:12 de la madrugada. Me miro en el espejo y me lavo la cara con agua fría. Mis ojos azules están todavía medio cerrados y doy gracias a tener el pelo rapado, de lo contrario mis rizos castaños me quitarían más tiempo de lo que me gustaría. Terminó de atar los cordones de mis botas y al levantar la vista mis ojos indecisos no dejan de moverse de un lado a otro mirando a Sara y a la pequeña Sofía en pijama. Las dos avanzan y se abalanzan sobre mí impregnando en mi uniforme sus dulces olores.

No dejo de pensar en cuanto las voy a echar de menos cuando abandono el salón, cerrando la puerta principal, tras haberlas dejado durmiendo de nuevo en nuestra cama matrimonial. Me monto en el coche y apenas puedo llegar al volante con las manos temblorosas. Arranco el motor y me dispongo a salir.

El camino se me hace eterno y parece como si estuviese conduciendo al infierno de cabeza, pero a la vez siento que estoy haciendo algo con lo que siempre he soñado: representar a mi país en el extranjero como militar. Al llegar al aeropuerto me encuentro a Matías esperándome en la puerta de embarque, tal y como habíamos acordado.

- Que pasa piloto, ¿todo listo para volar? – me dice casi en tono de amenaza antes de darme un golpe en el hombro.

Matías es mi compañero desde la infancia. Es alto y de complexión fuerte, por eso nunca le ha hecho falta esforzarse demasiado en las pruebas físicas que nos hacen pasar. Su pelo es largo, pero no en exceso, siempre lo lleva atado a un moño que apenas le alcanza el coiletero y es demasiado oscuro. Es una persona risueña y los problemas los convierte en soluciones de un momento a otro, aunque hace un tiempo que su esencia brilla por su ausencia. Siempre ha tenido mucho potencial en cuanto a lo que nuestro trabajo se refiere, pero es tan despistado que ni siquiera se planteaba sacarle partido a la situación.

Yo soy Gabriel López, pero aquí todos me conocen como el piloto. A pesar de mi temprano interés por el mundo militar y todo lo que tenga que ver con el riesgo tengo mucho respeto a los aviones y a volar, así que el mote supongo que lo usan para burlarse de mí.

Bueno, supongo no, lo hacen para burlarse de mí.

Matías y yo somos amigos desde el colegio y fui yo quien lo interesó en el mundo militar. Entramos juntos y desde entonces hemos ido siempre de la mano, metafóricamente claro. Supongo que también tiene que ver que el teniente coronel Domínguez sea su padre. Y también tiene que ver en que lleve el pelo tan largo como le dé la gana.

Lo paso mal cruzando el pasillo de entrada, pero cuando me doy cuenta ya estoy sentado y el avión en marcha. El diseño de este hace que me sienta más cómodo, todos los asientos están colocados en los laterales y unos en frente de otros. Eso hace que me sienta más arropado y el vuelo lo pasamos charlando y preparando las intervenciones bélicas.

Diez horas más tarde llegamos a nuestro destino: Diwaniya, Irak, donde nos alojaríamos durante el tiempo necesario. Son las 17:58 y mañana empieza la aventura que quizá no sea muy larga para

algunos de nosotros. El cuartel del campamento es más escaso de recursos que cualquiera de los que haya visto antes, pero aun así es un lugar de hospedaje digno. Mi cuarto consta de dieciséis camas, ocho a cada lado y cada una de ellas es una litera con dos colchones. Mi compañero de cama, como no podía ser de otra manera, es Mati.

Después de la cena volvemos todos a los cuartos y decido tumbarme en mi cama, la litera de abajo. Estoy contento, pero tengo un sentimiento dentro de mí que hace que sienta que no debo estar aquí. La temperatura de la habitación es más baja de lo que esperaba, pero seguro que cuando entremos los 32 soldados incluso lleguemos a pasar calor. Y a oler un poco mal seguro que también. Siempre hay algún olor corporal que no es agradable para nada y probablemente Mati sea uno de esos que se quite las botas y nos apeste a todos, siempre es él. De hecho, pensándolo así, agradezco tener un poco de frío ahora.

Abro mi mochila y saco del bolsillo exterior una foto y un peluche. En la foto estamos los tres sentados en la playa, Sara tiene un bikini blanco que contrasta perfectamente con el moreno dorado de su piel y una trenza larga que deja su preciosa cara al descubierto. Sofía está sentada entre mis piernas con un bañador rosa mientras juega con la arena mojada, y yo abrazo a las dos sonriente. El peluche es de la pequeña y lleva el perfume de mi mujer impregnado. Yo mismo le pedí que lo perfumara para sentir las lo más cerca posible.

Todas las noches durante los próximos 4 meses me paso repitiendo la misma acción considerándolo como un amuleto. El tiempo se me ha pasado muy lento, cada día me levanto pensando en si será el último y rezando porque no lo sea. Estamos a 15 de diciembre y es el último día de mis tropas en territorio iraquí. El presidente español visitará la zona en unos días, pero nosotros volvemos a España. No puedo imaginar el momento en el que vuelva a casa, todo es muy raro, y tengo demasiadas imágenes en mi cabeza que no podré olvidar jamás.

Cuando por fin creo que todo está llegando a su fin y que podré estar eufórico en unas horas, todo se da la vuelta en un instante. Me he sentido valiente en estos cuatro meses, me he sentido fuerte y a la vez muy débil. Hay momentos demasiado duros que algunos de mis compañeros no han logrado gestionar del todo bien (uno de nosotros ha necesitado ayuda psicológica después de una mala experiencia), pero por suerte hasta el momento todos estamos sanos y salvos.

Nos han dado la opción de seguir en batalla o de volver como deberíamos a nuestro hogar y solo uno de mis compañeros ha decidido continuar. Mati está muy emocionado y siente que estar aquí es su deber y su pasión, por eso ha sido él el que ha decidido acompañar al siguiente contingente español en la lucha.

- Mati, sabes que a mí también me emociona mucho esta experiencia, pero creo que hemos dado todo lo que hemos podido, es hora de regresar a casa – le medio suplico antes de abandonar el campamento.

- Lo siento, tío, sé que no nos hemos separado nunca pero mi lugar está aquí ... Además, así podré ayudar a los nuevos a ponerse al día más rápido y si me pasa algo, no tengo nada que perder, tu lo sabes Gabi – sus duras palabras se me hacen un nudo en el pecho.

No sé qué responder cuando pronuncia la última frase. Matías es un chico independiente y lo único que tiene es a su padre. Perdió a su madre y a su hermana en un accidente de coche hace 4 años y desde entonces no ha tenido ninguna relación con ninguna chica, ni siquiera de amistad. Decía que eran las únicas mujeres de su vida y que tenía que guardarles luto por el tiempo que él creyera necesario. A pesar de esto, siempre ha tenido un humor muy bueno y jamás le he visto deprimido ni hundido, es una persona muy fuerte. Le admiro muchísimo, es mi referente a seguir desde hace mucho, pero sé que por dentro sigue destrozado.



Nunca hace planes con nosotros, se limita a interactuar con el grupo en el ejército y en ese tiempo a mostrarse fuerte y siempre bromeando. Es el único momento en el que se siente vivo, se siente feliz y libre; es por eso por lo que me limito a abrazarle cuando me dice esas duras palabras, sin pretender convencerle.

- Te quiero, tío, te quiero mucho. Cuando salga de aquí prometo que lo celebraremos de alguna forma, nos lo mereceremos. Cuídate piloto y no llores mucho en el viaje – y después de decir eso se marcha dejándome con los ojos llenos de lágrimas.

Todo el viaje me lo paso pensando en lo que me ha dicho, ojalá sea verdad y sea capaz de salir por ahí, aunque sea para tomar unas cervezas a su vuelta. Hace mucho tiempo que el verdadero Mati no llega a las tantas de la madrugada como solía hacer, después de toda una noche por ahí, aunque lo único que haga sea sentarse conmigo en un parque con unas pipas. Al mismo tiempo, estoy ansioso de llegar a casa, he echado muchísimo de menos a mis dos chicas.

Cuando me quiero dar cuenta mis pensamientos han inundado mi mente con demasiada información y demasiadas cosas por hacer y sin saberlo estoy a la puerta de mi casa tocando el timbre. Sé que me estaban esperando las dos, pero la sorpresa es que he llegado varias horas antes de lo previsto. Tras unos segundos oigo los pasos arrastrados de unas zapatillas de estar por casa. Sara abre la puerta y me abraza tan fuerte que hace que mis mochilas caigan al suelo y poco después nosotros también. La pequeña Sofía al vernos en el porche tumbados salta encima nuestro y me siento el hombre más feliz del mundo aquí aplastado.

Tengo muchos planes pensados para hacer con ellas, y los próximos meses me los paso preparando momentos, viajes, escapadas... Esta experiencia me ha ayudado a ser más fuerte y valiente pero también me ha hecho darme cuenta de que lo que tengo en casa es mucho más de lo que puedo pedir y que, por eso, tengo

que valorarlo y cuidarlo más que antes si cabe.

Todos los días desde el día que llegué he estado mirando las noticias y rezando porque mis compañeros estén todos bien. Sobre todo Mati. He hablado con él un par de veces, pero a los tres meses de estar aquí en Madrid ya, perdimos el contacto, me dijo que tenía el tiempo justo para descansar y que algunos ataques le dejaban tan exhausto que solo tenía fuerzas para cerrar los ojos y dormir. Tengo ganas de verlo pronto.

Hoy me he despertado pronto y me he dirigido a la cocina para preparar una tarta de queso, es la favorita de Sofía y su cumple será mañana día 10 de abril, pero Sara trabajará todo el día y quiero celebrarlo hoy. Mientras preparo la receta pongo la televisión para enterarme de las noticias diarias como siempre. El único detalle es que hoy no es como siempre.

La periodista explica que una patrulla española ha sufrido un ataque de radicales chiíes donde tres soldados han resultado heridos y uno de ellos será trasladado a España en las próximas horas. Resalta que los heridos son leves, pero yo sé que en las guerras casi nada es leve. Intento no preocuparme, sigo con mi receta y a la espera de que den más detalles en las próximas horas.

Para cuando estoy acabando Sofía se levanta con su peluche de la mano y el pelo alborotado.

- Hola papi, ¿qué estás haciendo? – me pregunta frotándose los ojos.

Es evidente que estoy cocinando, pero no quiero desvelar la sorpresa aún.

- Nada, peque, estoy haciendo el desayuno. ¿No tienes más sueño?

Cuando termino de contestarla suena mi teléfono sin darme tiempo a contestar. Es el teniente coronel y después de unos minutos hablando con él me explica la situación que ha causado el ataque iraquí. Tenía una mínima esperanza, pero sabía que algo pasaba con Matías. Es él el soldado trasladado y llegará en unas horas al hospital. La noticia me cae como un jarro de agua fría pero el teniente me tranquiliza diciéndome que todo está bien y que lo único que necesita es recuperarse en su casa.

Cuando termino de hacer la tarta y miro al sofá, Sofía está viendo los dibujos mientras desayuna y Sara aparece por el pasillo. Se queda sorprendida por pillarme con las manos en la masa, pero asume que estoy haciéndolo para el cumple de la niña.

Pasamos el día bastante bien y la tarta me queda buenísima. Sofía está muy contenta pero cuando miro al reloj son las 18:44 y el vuelo de Mati ha tenido que llegar ya. Llamo al teniente y me confirma que está aquí y que lo acaban de subir a la habitación del hospital. Planta 4 habitación 408. Me apresuro a coger mi cartera y las llaves del coche y me dirijo a visitarlo.

Cuando subo en el ascensor estoy contento por ver a Mati después de mucho tiempo pero también estoy nervioso por saber lo que me voy a encontrar. Veo el número de la habitación enseguida, como si no hubiese ninguna más, y al llegar doy un par de toques a la puerta con los nudillos. Oigo la voz de Matías dándome permiso para pasar y abro lentamente asomando la cabeza poco a poco. Cuando ve mi cara se le ilumina la suya y una sonrisa de oreja a oreja le cubre el rostro magullado.

- No, tío, mírame ... Esos tíos casi me destrozan, pero ya sabes como soy: como el acero, antes roto que doblarme – y no me sorprende para nada su actitud, es Matías en estado puro.

Me da fuerza verle así, pero tras estar un rato hablando me explica que los hicieron una emboscada y que él estaba en primera línea de batalla, una explosión fue la culpable de que esté aquí ahora y el traje que llevaba es el salvador que ha logrado que esté vivo. Iba corriendo y pisó un detonador, gracias a que no estaba quieto lo único que tiene perjudicado es el pie, pero me asegura que no se trata de nada grave.

Una de las doctoras me pide que salga de la habitación un momento para cambiarle las vías y mientras tanto pregunto a otra la situación de Mati. Para mi sorpresa me dice que entrará en el quirófano en unos momentos para intentar reconstruirle el pie, si algo sale mal perderá la pierna entera, ya que además de la explosión, la falta de recursos de la zona ha hecho que se le complique la herida y quieren evitar una posible complicación general que podría incluso ser mortal.

Estoy preocupado, las palabras de la doctora no me dejan igual de tranquilo que las de Matías. Cuando estoy pensando en la sala de espera sacan la camilla de mi compañero y de lejos sonriendo me dice gritando que nos vemos en un rato. La doctora me hace una mueca de compasión y eso me inquieta aún más.

La intervención dura cinco horas y yo he cenado un sándwich de las máquinas de la sala de espera. No tenía nada de hambre, pero tampoco ganas de caerme redondo mareado. A las 00:39 sale un doctor a decirme que la operación ha terminado, su cara está descompuesta. Me explica que han sido muchas horas y que han hecho todo lo que han podido. Estoy temblando no puedo imaginarme lo que tiene que decir, no quiero oír lo que tiene que decir. Mati es el único amigo que siempre me ha sacado una sonrisa en mis peores momentos, el único que siempre ha estado a mi lado, siempre tiene lo mejor para darte, aunque él esté destrozado, y yo no fui capaz de sacarle de allí cuando nuestras tropas se volvieron a España hace cuatro meses. Me siento la peor persona del mundo

cuando por el final del pasillo aparece su camilla y él con los ojos medio cerrados me echa una leve sonrisa antes de entrar de nuevo a la habitación.

El nudo del pecho desaparece de repente, siento alivio, quiero entrar a verlo, pero antes cojo el teléfono y aviso al teniente de que todo ha ido bien. El doctor me comenta antes que la operación ha sido un éxito y que han podido reconstruir el pie de Mati. Rápido entro a la habitación.

- ¿Llevas aquí toda la noche? ¡Me han dicho que llevo cinco horas ahí metido, Gabi, estás loco! – me dice intentando reírse aún groguy por la anestesia-. La has visto ¿verdad?

- ¿A quién? -le pregunto.

- Gabi, la cirujana, es muy guapa. Le he pedido el teléfono al salir, no sé si es porque sigo anestesiado o qué, pero ha sido un flechazo.

No me puedo creer que Matías esté ligando con una chica, hacía años que no lo veía hablar así de una mujer. El postoperatorio va a ser duro, pero cuando le dan el alta, bajando las escaleras me dice que en cuanto se recupere piensa hacer dos cosas: la primera quedar con la cirujana, y la segunda comprar dos vuelos con destino a Brasil para los dos. Oír la palabra vuelo me agobia y él lo sabe, pero el hecho de que Mati quiera viajar y hacer cosas nuevas me sorprende. Frunzo el ceño cuando me lo dice, entonces, me contesta como si me hubiera leído la mente:

- No me despedí de ti cuando me metieron a quirófano aún sabiendo los riesgos, ¿sabes por qué? -hace un parón esperando mi respuesta y entonces yo niego con la cabeza mirándole a los ojos, dándole paso a que continúe-. No lo hice porque no quería que la operación fuese mal, dijeron que podría ser un completo caos pero

me negué y luché, y sabía que unas horas más tarde estaría bajando estas escaleras contigo como lo estoy haciendo ahora. Es una de esas cosas que me ha enseñado esta experiencia: a luchar, y a darme cuenta de que la vida sigue y hay que enfrentarte a tus miedos. Podría haber salido todo al revés, pero el hecho de que no haya sido así me ha dado una señal; me ha impulsado y sé que mi madre y mi hermana están detrás de todo esto, sé que ellas quieren verme feliz... - sus ojos se llenan de lágrimas y los míos también cuando termina diciendo - Por eso, querido piloto, vas a subirte conmigo a ese avión y vamos a enfrentarnos a nuestros miedos juntos, como siempre lo hemos hecho...

## **BOSNIA**

**Sofía Temprano Aránguez**

Corría el año mil novecientos noventa y dos. Por aquel entonces, apenas acababa de entrar en la vida adulta cuando conseguí entrar en las Fuerzas Armadas. Tras habérsenos sido impuesta una disciplina y arduos entrenamientos, unas cuantas decenas de militares, entre las que yo me hallaba, fuimos enviadas a Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina.

Este país tenía cuestión de meses. Su nacimiento había resultado de la independencia de la antigua Yugoslavia, de la que a su vez surgían ese mismo año territorios como la República de Montenegro (1992-2006) y Croacia (aunque la declaración de su independencia provocó el estallido de una guerra civil de cuatro años).

Ahora bien, en el momento que narro los hechos, es inevitable que posea una perspectiva diferente a la existente en mi cabeza cuando solamente era un zagal. En noviembre de mil novecientos noventa y dos, fecha exacta en la que las Fuerzas Armadas desplegaron un contingente en Bosnia-Herzegovina, muchos de nosotros pensábamos que el conflicto yugoslavo no se alargaría mucho más, puesto que las fronteras entre los distintos países de la federación ya se habían reconocido tanto por la Unión Europea como por la comunidad internacional.

Sin embargo, durante los años posteriores, las contiendas continuarían, incluyendo conflictos como la Guerra de Kosovo y choques armados entre macedonios y serbios sureños.

De todas las guerras que se disputaron en Yugoslavia, la más sangrienta fue, indudablemente, la que aconteció en Bosnia (del 6 de abril de 1992 al 14 de diciembre de 1995). En ella participaron musulmanes y croatas, además de los propios bosnios. Su principal motivo de discordia era la religión, dado que en el territorio coexistían la religión ortodoxa, la católica y la musulmana.

Y, claro, a raíz de la llegada de la lucha entre Croacia y Eslovenia y el choque entre credos tan dispares, la guerra en Bosnia condujo a terroríficas masacres, como la de Srebrenica. En esta, con el propósito de realizar una “limpieza étnica” musulmana, se asesinó a ocho mil personas de un plumazo en julio de mil novecientos noventa y cinco.

Tras este inciso, es fácil suponer que la inminente paz de la que muchos de mis compañeros hablaban no se llegara a propiciar. Por consiguiente, no pudimos experimentar mayor desengaño una vez llegamos a Sarajevo en pleno otoño de mil novecientos noventa y dos.

Pese a que nuestro cometido consistiera en colaborar en el desarrollo de las Fuerzas Armadas de Bosnia-Herzegovina, para así lograr que estas tuvieran capacidades y cualidades semejantes a las de los países de la OTAN (Organización del Tratado Atlántico Norte), se me hizo imposible no fijarme en la miseria que asolaba las calles de Sarajevo.

Mientras marchábamos, dirigiéndonos a la que sería nuestra base durante un periodo indefinido de tiempo, la emoción me embargaba. El sufrimiento de los civiles, a los que poco o nada les interesaba aquella guerra, era incommensurable. Los gritos de socorro y los jadeos, incontables, fueron aumentando según nos aproximábamos.



No obstante, estábamos allí para ejecutar la misión que se nos había encomendado. Era crucial atenerse a ella. Y aunque hubiéramos de estar dispuestos a sacrificarnos, lo que menos convenía era dejarse arrollar por el dolor ajeno. Probablemente, contempláramos fusilamientos, asesinatos a sangre fría, explosiones con centenares de víctimas... a diario.

Si con solo un vistazo mi voluntad parecía desvanecerse, no me quería ni imaginar la angustia que podría llegar a padecer durante los meses venideros.

Pese a todos mis temores, conseguí mantener la compostura, plasmando un gesto austero en el semblante, pero a ratos, los escalofríos me consumían, mi mandíbula amenazaba con desencajarse y mi vista se tornaba borrosa.

Aquel patrón de comportamiento se repetía en algunos de mis iguales, pero jamás me atreví a preguntarles si su intermitente flaqueza se debió al típico miedo que se experimentaba en la primera misión o a la crudeza de la situación. Por mi parte, el honor que me había invadido al saberme miembro de la legión terminó por ahogarse en las decenas de ojos con los que me topaba. ¡Y vaya ojos!

Era extenuante sostenerles la mirada, puesto que la única emoción que transmitían era desesperación. Sin embargo, peor resultaba la sensación que restaba tras dejar de observar aquellos expresivos orbes, ya que, de cierta manera, y aunque fuera a prestarme a ayudar y a defender a quien lo precisara, no pude más que sentirme infinitamente egoísta.

Mientras que yo tenía una casa a la que retornar, gran parte de los ojos que se posaban en nosotros lo hacían como un último recurso, buscando un hogar en cualquier resquicio. El ser humano se sustenta sobre un importante pilar, a mi modo de ver: el prójimo.

El solo pensamiento de no tener nadie a quien recurrir o de tener que cargar con la gravedad de la propia existencia, es apabullante e imposible de digerir para un individuo, por lo que, desde nuestra aparición como especie, la sociedad ha sido consustancial a nosotros.

Aun así, ante mí se alzaba una ciudad con una población cuyo mayor anhelo era no dejarse engullir por el miedo y la soledad. ¡Cuán horrible era pensar el desasosiego que ha de sentir uno al verse desprovisto de no solo el cotidiano orden social, sino de las personas más cercanas!

Al llegar al centro de la ciudad, las calles estaban prácticamente desiertas y los daños materiales eran todavía más notables que en los suburbios. La guerra se había cebado con el corazón de Sarajevo, y dicho ensañamiento se manifestaba, de nuevo, en los pocos civiles que aún se atrevían a vagar por aquellos lares.

Muchas construcciones estaban derruidas. Y mi conciencia me traicionaba constantemente, generando atroces visiones en mi cabeza cuyo elemento común se trataba de una indiscernible algarabía, que, pese a no acontecer en ese mismo instante en el exterior, cobraba vida hasta el punto de ensordecirme.

Durante las siguientes jornadas, me apliqué a la labor humanitaria en cuerpo y alma. Quizá sobremanera.

Aunque, antes de continuar con el relato, es indispensable mencionar que aquellos días fueron algo duros. Y no solo por el horror que para mí suponía presenciar la cruda escasez, sino por lo engorroso que resultaba moverse por la ciudad sin que adversarios y demás factores bélicos (explosiones, derrumbamientos...) entorpecieran el camino.

Además de contribuir a la mejora de recursos que las Fuerzas Armadas de Bosnia precisaban en aquel momento, terminamos por dedicar parte de nuestros días a suministrar víveres a la población.

En un principio, al ser mi primera misión y carecer de experiencia, había pensado que tendría suerte y que nuestra labor no iba a centrarse tanto en ayudar a las gentes, pero finalmente hube de enfrentarme cara a cara con los cientos de miradas que el primer día me había negado a permanecer contemplando.

Un día, mientras proveíamos a las gentes de Mostar (que sufrían un terrible asedio desde abril de ese año) con todo lo que portábamos en uno de los camiones, un niño rubio, que no contaría con más de cinco años, vino correteando hasta nosotros entusiasmado. Subió al camión como pudo y me saltó encima, dándome un beso en el rostro.

Segundos después, el niño ya se había bajado de mis brazos y se perdía en la multitud, pero por alguna razón, no pude dejar de pensar en aquel encuentro durante el resto del día. Fui presa de la melancolía al cavilar y percatarme de la infancia tan espantosa que le aguardaba al infante.

De semejante hecatombe, como la sangrienta guerra de Bosnia, no podía librarse nadie, ni siquiera almas tan impolutas como las de los niños, cuya inocencia y efusividad aún persistía, incluso encontrándose en tal situación. Había atisbado cierto fulgor en los ojos del muchacho, que encontraba la verdadera felicidad en actos tan pequeños como el calor humano y el simple hecho de poder llevarse algo de comer.

Un suceso tan simple como aquel llenó mi pecho de emociones contradictorias. Si bien me había desgarrado por dentro la pena, al ver a una persona de tan corta edad en tal escenario, a la vez me había transmitido la misma esperanza que había en sus ojos. Claro está que la ingenuidad de sus años impedía reflexionar largo y tendido sobre la tesitura del país, pero su brío, pese a su extrema delgadez, provocó un

cambio en mí: dejé de compadecer a las víctimas de la contienda para empezar a admirarlas por su valentía y perseverancia.

Transcurrieron semanas, meses incluso. Poco a poco, gracias a nuestra labor, bosnios, croatas, y especialmente musulmanes, consiguieron vivir con más dignidad. Era innegable que el desastre había llegado para condicionar sus vidas durante años, pero a raíz de nuestra contribución, las hambrunas disminuyeron, al igual que los escombros (aunque el nueve de noviembre de mil novecientos noventa y tres, por poner un ejemplo, el famoso puente de Mostar, Stari Most, fue devastado por unidades del Consejo Croata de Defensa).

No obstante, siguieron sucediéndose limpiezas étnicas, explosiones y bombardeos. Todos los miembros del contingente vivíamos aterrorizados, puesto que nuestra misión allí no era amparar a ninguno de los bandos y no podíamos defendernos como tal. Nuestra labor era abastecer a la población, sin más. Evacuábamos heridos, interveníamos en el intercambio de prisioneros...

Y pese a que nuestras condiciones higiénicas no eran, ni mucho menos, comparables con las de las víctimas, tampoco nos encontrábamos en un hotel de lujo. En lo que llevábamos allí, once soldados habían sido alcanzados en diversos tiroteos y de manera habitual, dormíamos en nuestros blindados, mientras debíamos adecentar la "masacre" diaria del sector musulmán en la ciudad de Mostar.

A mis compañeros y a mí nos correspondía obrar con ecuanimidad y temple, y aunque comprendiera la utilidad e importancia de dichos atributos, pronto me fui viendo incapaz de mantenerme implacable y sereno.

¿Cómo no iba a afectarme tanta barbarie? Después de todo, se trataba de una guerra cruel y deshumanizada: las familias se dividían, enfrentándose entre ellos y los muertos y heridos llegaban al millar de manera semanal.

Aunque casi producía más tristeza presenciar el abandono a la que multitud de niños y ancianos estaban sometidos. Por esto mismo, muchos de nosotros dedicábamos parte del día a cuidar su salud mental. Bastaba con dedicarles unas palabras o un gesto amigable, haciéndoles saber que te preocupabas por ellos, para que su estado mejorase inmediatamente.

Así, no pude evitar acordarme de mis abuelos, personas de costumbres humildes, a quienes podría haber colmado de felicidad tan solo habiéndoles visitado más. Por cosas como esta, le estaré siempre agradecido a aquellos meses, pues, por muy inhumana que fuera la situación, supuso una gran madurez intelectual para todos.

Tuvimos que experimentar lo que era verse reducido a cenizas para valorar a las personas que nos rodeaban y para ser conscientes de la fugacidad de la vida, pero no fue en vano. De hecho, una vez regresé a España, volvió a invadirme el remordimiento. Con anterioridad no me sobrevenían emociones de esa índole, pero tras lo vivido en Bosnia, era inevitable observar a los madrileños pasear tranquilos por las calles y no sentirse egoísta (aunque uno no estuviera haciéndole daño a nadie).

Todavía años después, cuando ya hacía tiempo que pasaba de la veintena, continuaba el conflicto yugoslavo. Se me antojaba imposible presenciar la brutalidad por la televisión y quedarme de brazos cruzados.

Con esto no quiero decir, para nada, que no fuéramos destinados a otras localizaciones, ni que mi andadura en las Fuerzas Armadas se hubiera visto paralizada tras haber prestado servicio en la guerra de

Bosnia, pero ninguno de los países en los que estuve despertaron en mí la imperiosa necesidad de brindar una ayuda que trascendiera la militar.

De 1998 hasta el 2001, tras haber abandonado las Fuerzas Armadas, trabajé junto a los voluntarios de Cruz Roja en Sarajevo, donde me enamoré de Emina y con quien contraí matrimonio meses después de conocernos.

Desde el año 2011 hasta la actualidad, trabajo en Damasco, capital de Siria. Una vez finalizó la guerra de Yugoslavia, estudié la carrera de Medicina, para así poder otorgar una asistencia óptima a todas las personas que iban a parar a nuestras carpas.

El voluntariado que realicé junto a las Fuerzas Armadas, de mano de la ONU (Organización de las Naciones Unidas), constituyó un punto de inflexión en mi vida no solo por la de variados eventos que la caracterizaron, sino por la carga emocional que supuso tanto para mí como para el resto de mis camaradas.

# EL AMANTE DE LAS HISTORIAS

**Lucía González Carabias**

Caía la noche. El ambiente que se respiraba era el mismo, pero a la vez era diferente. Silencio. Frialdad. Como si no tuviésemos ni un mínimo de humanidad en nuestros cuerpos. Levanté la mirada y la fijé en la hoguera, la cual otorgaba una luz intensa a la oscuridad y una sensación de calor, necesaria para calentar nuestros cuerpos gélidos e inmóviles. Cerré los ojos e imaginé a mi madre. Era como si el calor se transformase en un abrazo suyo, igual de reconfortante y cálido que el fuego en este día tétrico. Imaginé sus brazos rodeándome, sus manos, su cara, su sonrisa... Imaginé todo aquello de ella que más me gustaba. Su dulce voz, su mirada tranquila, el olor de su cabello a vainilla... No había nada que no me gustase de ella. Era como un ángel. Mi ángel de la guarda.

Era 26 de mayo de 2003. Tuvo lugar, el que podíamos considerar, la mayor tragedia de las Fuerzas Armadas españolas en tiempos de paz hasta el momento. El accidente del Yakolev 42. Sesenta y dos de nuestros compañeros militares que regresaban a España embarcaban en el avión pasadas las 14:00 horas españolas. En Afganistán, las 16.30, aproximadamente. Una pérdida inexplicable.

Mis ojos se abrieron y volví a encontrarme con la llama de fuego, la cual estaba más apagada que al principio. Miré a mis compañeros que, al igual que yo, tenían la mirada fija en la hoguera. Miradas perdidas. Desconcertantes. Vacías. Me levanté del tronco de madera en el que nos encontrábamos sentados, rodeando la fogata, para recoger

más leña. Parecía como si la llama simbolizara nuestro estado. Poco a poco, día tras día, nos íbamos apagando. Pero, unos a otros, debíamos mantenernos serenos y fuertes. Debíamos echarnos leña mutuamente para que nuestra llama no se esfumase. Para que continuar en esta aventura. Al volver, todos habían recobrado un poco de ánimo. Intentamos hablar sobre cómo nos sentíamos y expresar nuestra furia y tristeza. Sin embargo, ya sabíamos a lo que nos comprometíamos cuando nos embarcamos en esta misión en Kabul. Una misión enfocada en la pacificación y reconstrucción de Afganistán. Misión conocida como Rolute Support. Sabíamos que no iba a ser un recorrido fácil y que íbamos a tener que enfrentarnos a situaciones como esta más de una vez.

Avanzaba la noche. Después de algunos llantos, desahogos, gritos... conseguimos reanimarnos, en cierta medida. Comenzaban las risas, las sonrisas, las conversaciones alegres... Lo necesitábamos. Distráenos. Uno de mis compañeros tuvo la idea de contar historias. Cada uno debía contar una historia, ajena o propia. Me pareció una propuesta interesante. Viajar a través de las palabras, reencarnarse en la piel de los personajes y en su mundo, en sus pieles... Me apasionaban las historias.

*...Carlos, ¿por qué no sigues ahora tú? El amante de las historias seguro que tiene alguna interesante que contarnos.*

El amante de las historias. Me describía bastante bien. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron mis abuelos. La historia de cómo se conocieron mis abuelos es una de mis favoritas. Sentí cierta nostalgia al recordarles. Así que, ¿por qué no compartirla con ellos? No la iba a contar tan bien como mi abuela lo hace, pero lo intentaré. Al fin y al cabo, la he escuchado mil y una veces, cada una de ellas como si fuera la primera vez. Nunca me cansaré de ella. Y ahora era mi turno de contarla.



*“No situamos en tiempos de preguerra. Año 1934. Margarita Martínez Sánchez era una joven de 21 años proveniente de una familia de clase media alta, honrada y muy humilde. Su padre había sido un médico muy prestigioso en tiempos pasados. Sin embargo, tras la muerte de su esposa por cáncer, su vida, y con ella su carrera, se derrumbaron. Había pasado numerosos episodios de depresión, los cuales habían provocado que cayese enfermo. Margarita tenía una hermana pequeña, Clara, de 8 años de edad. Debido a la situación de su padre y de la escasa edad de su hermana, Margarita tuvo que hacerse cargo de la mayoría de las tareas de la casa y compaginar estas con sus estudios. Tenía una gran vocación por la enfermería y por ayudar a los más necesitados. Era una mujer que transmitía paz, serenidad, calma... a pesar de la situación en su hogar. Un día, Margarita y su hermana volvían de recoger fruta y flores. Les gustaba pasar tiempo juntas y hacer todo tipo de actividades. Al dejar la cesta en el comedor, Margarita se apresuró a prepararle la comida a su padre y a subírsela a su habitación. Un estruendo en el piso de arriba, como de un plato rompiéndose, irrumpió con el silencio de la casa. Clara, que se encontraba en el piso de abajo, se asustó y corrió hacia arriba donde se encontraba su hermana. Margarita, al oírla correr, salió de la habitación de su padre y cerró la puerta lo más rápido que pudo. Al llegar, Clara encontró a su hermana apoyada firmemente en la puerta. Tenía la cara pálida, su cuerpo temblaba y su mirada era petrificante. Parecía que el tiempo se hubiera paralizado. Margarita acabó reaccionando y se acercó a dónde estaba Clara, al final de la escalera donde la contemplaba de manera extraña. Se agachó frente a ella.*

- *¿Está todo bien?*

- *Sí, sí. No pasa nada. Me he tropezado y se me ha caído la comida de papá al suelo. No te preocupes, baja y sigue jugando con tu muñeca, ¿de acuerdo?*

*Clara afirmó extrañada con la cabeza y bajo de nuevo al salón. Margarita volvió a dirigirse hacia la puerta. Se detuvo delante de ella. Su corazón iba a mil por hora. Extendió el brazo para abrirla, muy lentamente. Sentía un nudo en su estómago. No podía gritar porque no quería alarmar a su hermana. Cerró la puerta tras de sí y pudo comprobar que lo que había visto antes no era una simple ilusión. Dentro del cuarto, se encontró una soga de la que colgaba su padre y un pequeño taburete tirado en el suelo. Sin pensarlo, fue a descolgarle y a tumbarlo sobre la cama. Entre sollozos, intentó comprobar si aún respiraba y tenía pulso. Pero, desgraciadamente no pudo hacer nada. Enterró su cabeza en su pecho y su llanto se volvió aún más intenso. De repente, se acordó de su hermana. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué iba a hacer? Se sentía desubicada y perdida. Se apartó del cuerpo inerte de su padre y sobre la almohada encontró una nota en la cual se podía leer “Para mis dos pequeñas flores”. En esa carta, su padre les explicaba el porqué de su terrible acto. Sentía que su vida ya no seguía ningún rumbo y que él ya se había muerto tras la muerte de su mujer. La joven sentía mucha rabia, pero también mucho dolor. Lo único que le importaba ahora era su hermana. Se dirigió hacia donde se encontraba la pequeña y se sentaron frente a frente en el suelo. Margarita no sabía cómo comenzar la conversación. A medida que transcurría el tiempo, pudo apreciar el cambio de actitud en la cara de su hermana pequeña. Silencio. Al cabo de un rato, ambas se abrazaron y permanecieron allí durante varios largos minutos. Más tarde, se acercaron a la casa de su vecina, Pilar, una anciana solitaria, pero de gran corazón con la cual pasaron gran parte de su infancia. Al abrirse la entrada, el olor a galletas recién horneadas se escapó, pudiendo ellas disfrutar de aquel delicioso aroma. La anciana las invitó a entrar en la casa. Mientras Clara se comía algunas de las galletas de la cocina, Margarita y Pilar se alejaron para hablar en privado. Le contó todo lo que había ocurrido y la anciana no pudo evitar el llanto. Solía ir a visitar a aquel pobre hombre de vez en cuando con una cesta llena de sus famosas galletas de mantequilla. Margarita la pidió consejo. No sabía cómo manejar la situación. Quería muchísimo a su hermana, pero sabía que no podía seguir viviendo en aquella casa. Le explicó a*

*cerca de su vocación como enfermera. Tenía planeado mudarse a la capital y comenzar allí los estudios. Su vecina comprendió la situación en la que se encontraba y se ofreció a quedarse con Clara. Margarita tenía un sentimiento de culpabilidad por dejarla en un momento tan complicado, pero no podía seguir allí. Pasadas unas horas, decidieron enterrar a su padre en el patio trasero de la casa, junto a la tumba de su madre. Colocaron una pequeña cruz y flores frescas debajo de ella. Después del pequeño funeral, Margarita ordenó sus pertenencias y las de su hermana en dos bolsas y se trasladaron a la casa de su vecina, donde pasarían la noche.*

*A la mañana siguiente, Margarita se despertó entre sudores. Apartó las sábanas que la cubrían y se dirigió al cuarto de baño para asearse y despejarse. Se lavó la cara y se miró fijamente al espejo. Su cuerpo estaba presente, pero su mente no. Finalmente despertó del trance en el que se encontraba y se metió en la pequeña ducha. Una vez refrescada y arreglada se dirigió al comedor. Se sirvió una taza de café y varias de las galletas que todavía no había conseguido probar. Una vez terminó de desayunar, se buscó a su hermana para despedirse. La encontró con su vecina y su perro jugando en el patio trasero. La despedida fue difícil. Clara se abalanzó hacia su hermana y el abrazo fue mucho más fuerte que veces anteriores. Margarita le dio un beso en su pequeña frente y después se despidió de su vecina agradeciéndola su ayuda y todo lo que había hecho por ellas dos. Se volvió hacia su hermana una última vez. “Te quiero” se dijeron mutuamente y abandonó la casa.*

*Su viaje a Madrid fue largo pero tranquilo. Siempre le había gustado la ciudad. Su padre solía llevarlas al centro en Navidades. Era su momento favorito del año. Les llevaba a pasear y a comer churros con chocolate caliente a la famosa Chocolatería San Ginés, lugar el cual sirvió como inspiración a Valle-Inclán para su famosa obra *Luces de Bohemia*. Era uno de los primeros libros que Margarita había leído gracias a este lugar.*

*Margarita iba a residir en la casa de unos viejos amigos de sus padres. Había contactado con ellos previamente y les había informado de toda la situación. Era una pareja muy activa y aventurera y solían viajar mucho, sobre todo por trabajo, por lo que pasaría la mayor parte del tiempo sola en aquel apartamento. Al llegar al lugar en el que iba a instalarse por tiempo indefinido, se encontró con una mujer y un hombre esperándola en la puerta. Debían de ser ellos. La primera vez que los conoció tenía 5 años, aproximadamente, por lo que era casi imposible que se acordase de ellos y aún menos, que ellos reconociesen a la pequeña Margarita. Se bajó del coche y recogió su bolsa de equipaje. La pareja la recibió entusiasmada, pero a los pocos segundos, cambiaron su actitud y comenzaron las penas y las lástimas por su padre. Ya se había imaginado aquella situación y no lo soportaba. Pero simplemente dio las gracias y, acto seguido, entraron dentro del apartamento. El lugar era cálido y la mayor parte de sus rincones estaban bañados por la luz del sol. Los jarrones con hermosas flores rosas le aportaban un ambiente primaveral. Lo que más le gustaba era el olor a café, el cual inundaba todo el espacio. Dejó sus maletas en la cama y a continuación se tomaron un café juntos mientras conversaban sobre sus vidas.*

Paré un momento para disfrutar de la tranquilidad del momento. Pude fijarme que mis compañeros se habían podido olvidar, por un instante, de la tragedia que acabábamos de oír. Después de un corto tiempo, proseguí con mi historia:

*“Año 1936. Guerra civil española. José María Fuentes era un joven segoviano de 24 años de edad. El 10 de agosto, jóvenes de entre 21 y 25 años de edad que residían en Castilla y León, Galicia y en ciertas partes de Andalucía, fueron movilizados por el Ejército insurgente, incluido él. Fue un reclutamiento forzoso. Un mecanismo de control y persuasión para la sociedad de retaguardia. Este joven soldado nunca se había planteado participar voluntariamente en la guerra ni en ningún acto violento. Era una persona demasiado pacífica y calmada, sin ningún ápice de maldad en su cuerpo. Durante su*

*reclutamiento, más de una vez intentó huir de sus obligaciones militares y, debido a estos fallidos intentos, comenzó a estar vigilado por guardias de vigilancia para evitar que no desertarse. Y esto no sólo le ocurrió a él, sino a muchos otros soldados también recluidos forzosamente. Año 1937. Plena batalla de Brunete. Uno de los enfrentamientos más sanguinarios de la Guerra Civil. Las condiciones de vida en las que vivían los combatientes eran deplorables. Casi un mes tuvieron que soportar aquella difícil situación, de sangre y de terror. Vivían en constante alerta, la mayoría de ellos sin conseguir cerrar ni un solo ojo y descansar más de quince minutos. Vivían atemorizados, con el estallido de las bombas y con el silbido de las balas que se acercaban a escasos centímetros suyos y que, con suerte, algunos de ellos conseguían evitar.*

*La mayoría de los soldados del bando franquista eran profesionales de guerra, gente con suficiente capacidad y experiencia para afrontar cualquier ataque. Al no ser uno de esos soldados, José María intentaba mantenerse lo más seguro posible mientras ocurría un hecho violento. Su objetivo era llegar vivo a casa y volver a reencontrarse con su familia, sus padres y hermanos. Era un joven muy inteligente y astuto, por lo que conseguía no ser descubierto y, además, conseguía salir ileso de muchas de las batallas debido a sus dotes para el escondite. Aunque lo parecía, no era un cobarde, sino un superviviente. Sin embargo, un día, no tuvo esa suerte que anteriormente le acompañaba. José María se encontraba huyendo, junto a uno de sus compañeros, de los constantes bombardeos que les sorprendieron durante la noche. A medida que aumentaban las caídas de las bombas, disminuían sus posibilidades salir ilesos. Corrían lo más rápido que sus cansadas piernas les permitían. Una bomba cayó justo en frente de ellos y salieron propulsados kilómetros atrás. José intentaba abrir los ojos para buscar al otro soldado, Manuel. El estallido le provocó un insoportable pitido que retumbaba en su cabeza, lo que le impedía ponerse en pie y reaccionar. Un terrible dolor le recorría el cuerpo. Era su pierna, que había sido gravemente herida.*

*Intento gritar y pedir ayuda, pero estaba muy débil y su vista comenzó a nublarse, cayendo inconsciente.*

*Intentaba volver a abrir los ojos. No sabía dónde se encontraba. El pitido seguía retumbando en su cabeza. Entreabría los ojos, pero las luces brillantes le molestaban. Varias personas estaban junto a él. Hablaban muy rápido. Consiguió contar a cuatro, tres mujeres y un hombre, que vestían traje de campaña y botas, al igual que cualquier soldado. En el breve tiempo que estuvo consciente pudo fijarse en una de esas mujeres, de pelo rubio, joven, piel pálida, labios rosados y cuya cara mostraba preocupación mientras le miraba e intentaba tranquilizarle. Tenía una voz angelical. Volvió a caer inconsciente. Lo siguiente que recordaba era despertarse, esta vez pudiendo reaccionar. Permaneció unos minutos tumbado, mirando hacia el techo sin recordar qué era lo que había ocurrido. Intentó ponerse de pie, pero el dolor se lo impedía. Una de las enfermeras fue a ayudarlo, apoyo su mano detrás de su espalda y le colocó suavemente. Él la miró y reconoció su rostro. La joven comenzó a explicarle lo sucedido y cuál era su situación. Le comentó que sería difícil que volviese al frente a combatir, lo cual, para él, no fue algo demasiado preocupante.*

*El soldado no supo contar los días que permaneció en aquel hospital. Lo único que sabía era que se encontraba ingresado en el Hospital de Sangre de primera línea de Brunete, que el bombardeo que había sufrido aquel día perjudicó gravemente su salud, estando al borde de perder una pierna, y que, aquella enfermera se llamaba Margarita. La siguiente noticia que recibió fue sobre Manuel, el cual no había sobrevivido a la explosión. Fue un golpe muy duro, José María y él habían entablado una buena relación en el frente.*

*Margarita y él mantuvieron largas y entretenidas conversaciones durante su estancia en el hospital. Ella le contó cómo había terminado trabajando como enfermera, su sueño desde que era pequeña. Que consiguió el diploma de Damas de Sanidad y el título de enfermera y que se presentó como voluntaria para ayudar a los heridos*

*de guerra. José María también le contó cómo terminó ejerciendo como militar en el Ejército y que su sueño no era participar en la guerra, sino ser abogado. Defender a los más débiles como él no pudo hacerlo.*

*Un día, el hospital fue atacado por las Brigadas Internacionales. Se recibió la orden de evacuar el Hospital de Campaña. Margarita junto otras enfermeras permanecieron en sus puestos, protegiendo a aquellos soldados heridos que se encontraban bajo su cuidado y que no podían ser trasladados a otros hospitales, entre ellos José María. Sin embargo, no pudieron resistir durante mucho tiempo, y Margarita y dos enfermeras más fueron apresadas. José María aún se encontraba débil, pero pudo huir del hospital. Buscó y buscó a Margarita, pero no la encontró, por lo que asumió lo peor, que había sido capturada.*

*Transcurrieron los días y por mucho que intentó encontrarla, no lo consiguió, así que se dio por vencido. Tampoco pudo hacer mucho más, ya que sus condiciones físicas no se lo permitían. Una amable anciana le ofreció alojamiento en su casa. Al parecer, su nieto también se encontraba sirviendo en el ejército y no había vuelto a saber nada de él. Ninguna carta, ni ninguna noticia. Le preguntó cuál fue la última noticia que recibió de él y cómo se llamaba. Al oír su nombre, se quedó inmóvil. Era la abuela de Manuel. La miró a los ojos y la contó la triste noticia. Era sorprendente que ningún oficial de guerra se hubiese presentado en su hogar para comunicárselo. La anciana le agarró sus manos y le dijo lo valiente que habían sido. José María le contó todo sobre su nieto durante el tiempo que pasaron juntos, que era muy risueño y alegre y que siempre veía el lado bueno de las cosas e intentaba mostrárnoslo a los demás.*

*Consiguió un trabajo y permaneció en su hogar hasta el final de la guerra. Se comunicaba con su familia mediante cartas para que no se preocupasen por él y les informó que no volvería con ellos hasta que terminase la guerra, ya que no sabía si volverían a reclutarle y no quería volver a revivir aquel infierno. Ayudaba en todo lo que podía, tanto en la casa como trabajando, para intentar no pensar en cómo*

*había abandonado a aquella enfermera y la angustia y el dolor que sentía por no saber dónde y cómo estaba, si estaba segura o estaba en peligro. Sólo pensar en ella un segundo, le causaba un tormento que duraba días, hasta que conseguía quitársela de la cabeza y después volvían, como si fuese un tornado que nunca termina.”*

*“(Margarita). Las enfermeras apresadas fueron sometidas a varios interrogatorios por parte del bando republicano. Interrogatorios no demasiado efectivos. Margarita se mantuvo firme. Lo único que salió de su boca en aquellos interrogatorios eran las siguientes palabras: “Mi único propósito en esta guerra es salvar vidas que están en peligro.” Tras uno de esos interrogatorios, se ordenó su traslado a Madrid. Sin saberlo ellas, los soldados planeaban su muerte en el camino hacia la capital. Uno de los oficiales se opuso a dicha orden y, en la noche en la que debían de movilizarlas a Madrid, las trasladó hacia la cárcel de Valencia. Su encarcelamiento allí duro tres meses y al cabo de ese tiempo, fueron intercambiadas por enemigos prisioneros. Tras su liberación, Margarita volvió a ejercer su trabajo como enfermera hasta el fin de la guerra, en el Hospital de Sangre de Torrebaja en Valencia.*

*1 de abril de 1939. Fin de la guerra. Margarita decidió volver a Madrid y seguir ejerciendo allí su querida profesión, en el Hospital de Villaviciosa de Odón. Al llegar a la capital, lo primero que hizo fue ir a visitar a su hermana, a la que tanto echaba de menos. Cuando volvió a reencontrarse con ella, no la reconocía. Habían pasado cinco años desde la última vez que la vio. Era ya casi toda una mujer. Ambas hermanas decidieron trasladarse a la capital juntas.*

*En cuanto a José María, decidió volver a su hogar y reencontrarse con su familia. La euforia que sentía por volver a verlos era inmensa. Se despidió de la anciana y no pudo agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por él.*



*En el año 1941, Margarita recibió la Cruz Roja del Mérito Militar y la Medalla de Sufrimientos por la Patria junto a otras enfermeras, por todos sus actos durante la guerra. Cuando José María se enteró de aquella extraordinaria noticia, instintivamente supo que debía de poner rumbo a Madrid. Se trasladó hacia Villaviciosa de Odón, lugar de trabajo de Margarita. Preguntó por ella, pero no se encontraba allí. Una enfermera oyó como preguntaba por ella y le dijo dónde podía encontrarla. José María fue lo más rápido posible hacia el lugar donde le habían mandado. Una casa vieja, en el patio trasero, una joven se encontraba agachada frente a dos tumbas. José María se acercó hacia ella. Esta le escuchó y al girarse creía que su mente le estaba jugando una mala pasada, por lo que comenzó a llorar. Suplicó y suplicó que por favor no fuese una alucinación y que de verdad él estaba justo ahí, con ella. Se agachó frente a ella y le acarició la cara, secándole las lágrimas. Ambos se miraron y se abrazaron, seguido de un apasionado beso. Margarita se hizo a la idea que José María había muerto aquel día en el hospital. El reencuentro de ambos fue lo único que necesitaban tras estos tres duros años de combate en el país y el terrible sufrimiento que habían vivido ambos. Solamente se necesitaban a ellos dos.”*

*Fin*, dije. Recibí varios halagos por la historia. Sentí una agradable sensación al saber que la habían disfrutado tanto como yo cuando mi abuela me la contaba.

El tiempo había pasado rápido desde que decidimos distraer nuestras mentes y transportarnos hacia un ambiente menos triste. Lo siguiente que recuerdo es irnos a dormir y volver a la realidad. Ahora me tocaba a mí vivir aquellos tiempos de guerra. Luchar representando a mi país y ayudando aquí, en Afganistán. Pero, al igual que mi querida abuela, la inevitable e incontrolable sensación de ayudar que tengo es mucho mayor que el miedo que siento, lo que me convierte en alguien imparable en esta misión.



## SAHWAT `UMAT

**Cecilia Viyella**

Las botas le apretaban, así que se agachó y se deshizo el nudo para aflojar los cordones; una gota de sudor resbaló por su frente y cayó en la tierra seca. Era principios de septiembre y por el día en Afganistán solían sobrepasarse los 35 grados. Se secó la frente con la manga de la camisa y se levantó; al alzar la cabeza, vio a una mujer detrás de una colina, haciéndole señas para que no hiciera ruido, llevándose de forma brusca un dedo a los labios. José Enrique miró a sus compañeros preguntándose si la habrían visto también, pero ninguno parecía haberse percatado de nada. Cuando se giró hacia la mujer ya no estaba, así que dio una vuelta de 360 grados buscándola y cuando la completó, sin éxito, llegó a la conclusión de que se lo había imaginado. Sin embargo, de repente, sintió como alguien le tomaba la mano y tiraba de ella. Esta vez la vio de cerca y pudo apreciar sus extraños rasgos y vestimenta. A diferencia de las mujeres que habitaban en las zonas controladas por los talibanes, que eran obligadas a llevar burka, llevaba un hijab. Mientras que aquel cubría todo el cuerpo y la cabeza, incluyendo la cara, éste se limitaba a tapar la cabeza, dejando al descubierto toda la cara. Esto la haría merecedora de un tremendo castigo si fuese vista por alguno de los locales encargados de velar por la ortodoxia religiosa. Además, tenía un gesto sereno y reflejaba cierta sabiduría, algo poco habitual en las mujeres de la zona, que tenían prohibido el acceso a cualquier tipo de conocimiento. Tiraba de su mano con fuerza y José Enrique quiso preguntarle quién era y qué hacía allí, en un lugar tan peligroso, pero no pudo, las palabras se le quedaban atascadas en la garganta.

Caminaron durante varios minutos, aún sin saber por qué razón la estaba acompañando, dejando su puesto abandonado, aun cuando sabía las consecuencias que tal conducta podría acarrearle con sus superiores. No obstante, no dejaba de ser un simple sargento a cargo de una compañía en tiempo de guerra. Pero, pensó, “De todas maneras no es nuestra guerra y ni siquiera estamos en zonas de combate”. Así que siguió acompañándola, subiendo una colina. Cuando llegaron arriba se giraron para contemplar el campamento y ella le dijo “Ya están aquí”.

Permanecieron en silencio durante unos minutos, ya que no sabía muy bien de qué manera iniciar una conversación y averiguar qué hacía una mujer en medio de un puerto de montaña en una zona infestada de insurgentes talibanes. A nadie se le escapaba lo que el destino solía deparar a las mujeres la Afganistán talibán. Eran fanáticos de la versión más radical del islam y para ellos la mujer no tenía, en ningún caso, una consideración mayor que la de cualquier alimaña que pisotearan en el desierto. Esta mujer, sin embargo, no se parecía a las que había visto en el zoco de Qala-i-Nao. Transmitía una seguridad impropia de su género en su país y una serena calma en todos sus gestos y movimientos.

No le dio tiempo a más. Mientras se devanaba la cabeza pensando en qué decir, un atronador silbido rompió el silencio por él. No había acabado de girarse en la dirección de la que había surgido, cuando una explosión destrozó el camión de suministros que había dejado, junto a sus compañeros, al pie de la colina minutos antes. Aún trataba de comprender qué había pasado cuando una serie de gritos guturales acompañados del eco de las montañas resonaron en sus oídos, justo antes de escuchar el característico “ta-ta-ta-ta-ta” de los rifles de asalto Kalashnikov de las tropas de Ishan Khan. Salieron de todas partes, y sus compañeros de armas poco pudieron hacer para rechazar el asalto de tantos atacantes. Todo lo que José Enrique pudo hacer fue ver cómo, uno tras otro, los amigos con los que había estado jugando a las cartas y bebiendo los últimos dos días, caían muertos. En cuestión de minutos, ni uno solo permaneció con vida. Y los que lo hicieron fueron sistemáticamente rematados por los insurgentes.

Tuvo que contener su ataque de ira, que le impulsaba a arrojarse contra ellos en venganza por lo que había visto, a sabiendas de que hubiera sido un suicidio. Tan inmerso estaba en sus pensamientos que, para cuando notó una presencia detrás de sí, ya era tarde. La mujer había desaparecido tan súbitamente como había aparecido en un primer momento, y en su lugar había un local mal vestido mirándole con cara de odio. En ese mismo instante supo que iba a correr la misma suerte que sus compañeros. Todo había terminado, y se sorprendió por la calma con la que afrontaba ese momento. Pero el hombre no disparó. En su lugar alzó su arma por encima de su cabeza para golpearle con la culata. Cerró los ojos y se preparó para recibir el golpe...

Sonó el “Quinto levanta”. Instintivamente José Enrique se levantó de la cama, pero inmediatamente se dio cuenta de que no podía ser cierto. Sin embargo, en un primer vistazo rápido, supo que no estaba en un campamento de insurgentes talibanes, si no en el de su compañía en Qala-i-Nao. No tardó en caer en la cuenta de que todo había sido un sueño. Sus compañeros, a los que había visto morir, se desperezaban en el dormitorio de la compañía, junto a su habitación, como cada mañana. No tuvo tiempo de pensar en el sueño o su significado, porque en cinco minutos debía estar frente a su barracón esperando al grupo de soldados, que habrían de formar frente a él para que José Enrique les pasara revista. Esa misma mañana partirían al paso de Sabzak para proteger los convoyes de suministros, tropas y material que habían de pasar por este puerto de montaña para la construcción del nuevo cuartel.

Corría el año 2009. Ya había llovido desde que, tras los ataques de septiembre de 2001 por parte de Al-Qaeda a Estados Unidos, éstos habían declarado la guerra a Afganistán por dar cobijo a Osama Bin Laden, líder del grupo terrorista. Tras una primera fase denominada “Operación Libertad Duradera”, de combates armados que acabaron con la resistencia talibán, la ISAF, Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, asumió el control de las operaciones, hasta que en 2003 la OTAN asumió el control de ésta. En este contexto, la OTAN pidió a España que sus tropas controlaran el paso de Sabzak, crucial

como arteria de comunicación entre las provincias de Badghis y Herat, al noreste de Afganistán, después de numerosos ataques a convoyes a lo largo del verano antes de caer en manos talibanes. Para controlar el paso deberían enfrentarse a los talibanes del Mulá Jamuladdin Mansoor, aliados con tribus tayikas, liderados por Ishan Khan. El día 31 de julio, una compañía del batallón electoral del ejército español tomó el control del paso y durante poco más de un mes la calma reinó en el mismo. Hasta el día 3 de septiembre.

Es en este 3 de septiembre cuando José Enrique permanecía solo frente al barracón esperando a la tropa. Por fin tuvo unos minutos para pensar en el sueño. Esa mañana debían dirigirse al paso de Sabzak a relevar a los compañeros que vigilaban las últimas 32 horas y se preguntaba cuánto tendría de premonitoria la pesadilla. No era la primera vez que un sueño se anticipaba a algún suceso. En 2002 soñó con un petrolero que, frente a las costas españolas, se hundía vertiendo miles de toneladas de crudo al mar. Y en 2008 volvió a soñar con un accidente, esta vez de avión, en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. En ambos casos trató de contactar con las autoridades, así como con la prensa, para advertir y evitar las catástrofes; y, en ambos casos, como ocurrió con Casandra, condenada por Apolo al don de la profecía, pero sin que nadie jamás la creyera, su intento cayó en saco roto. El Prestige se hundió frente a las costas gallegas, causando una catástrofe ecológica sin precedentes y el vuelo 5022 de Spanair se estrelló al poco de despegar del aeropuerto de Barajas, matando a 154 personas.

Así que, en este momento, José Enrique dudaba entre comunicárselo a sus superiores, a sabiendas de que sería ignorado, como en las anteriores ocasiones, o actuar por su cuenta llegado el momento. Por otra parte, esta era la primera vez en la que un posible sueño premonitorio iba a afectarle a él personalmente. Y, además, lo que más le perturbaba era la presencia de esa extraña mujer interesándose por él como si le conociera. Mientras intentaba decidirse oyó el traqueteo de los motores de los VAMTAC, Vehículos de Alta Movilidad Táctica que venían para transportarles al paso. Era la señal

para mandar a su tropa recoger los pertrechos y subirse a los vehículos. Así lo hizo y 10 minutos después encaraban la puerta del cuartel en dirección a su destino.

## ACTO 2

Pese a llevar cerradas a cal y canto las ventanillas de los vehículos, la arena del desierto tenía la molesta costumbre de introducirse por todos los recovecos posibles, lo que, junto al calor, hacía que respirar se convirtiese en una desagradable necesidad. No tardaron más de hora y media desde el campamento hasta el puerto de montaña, pero los soldados agradecieron poder abandonar el cubículo que les transportó a lo largo de esos caminos llenos de baches y ponerse rápidamente en modo defensa. El paso de Sabzak era un punto del camino en medio de la nada, en lo alto de la cadena montañosa del Paropamisu, a 2517 metros sobre el nivel del mar, lo que ofrece un respiro en el calor que las dos provincias que separa sufren a diario estos meses del año. Aun así, los termómetros marcaban 26 grados y solo eran las 6 de la mañana cuando relevaron al grupo que había estado vigilando el paso las veinticuatro horas previas, bajo el mando del sargento Peinado.

José Enrique preguntó a su homólogo por las novedades del servicio. –Nada importante- comentó Peinado -aunque hemos escuchado ciertos ruidos de motores lejanos lo que es raro a estas alturas y a esas horas de la noche. No me extrañaría que estos cabrones estuvieran planeando alguna sorpresita. Manténganse alerta y recuerde que, en caso de peligro, tenemos a nuestra disposición apoyo por parte de la OTAN y, sobre todo, disponemos de dos helicópteros Mangusta italianos que estarían aquí en cuestión de minutos-. –De acuerdo, mi sargento- respondió J.E Serantes- estaremos atentos a cualquier movimiento en las inmediaciones y avisaremos si fuera necesario contar con apoyo. Quedan ustedes relevados-. El sargento Peinado ordenó a su tropa montarse en sus vehículos y abandonaron el lugar, dejando a los

aproximadamente 100 hombres de Serantes a cargo del paso. Este, aún con su sueño presente, ordenó colocar los VAMTAC formando un círculo e indicó formar a los hombres dentro del círculo, protegiéndose como pudieran con los carros de transporte, rocas, árboles, etc. Afortunadamente la zona, por la altura a la que se encontraban, disponían de cierta vegetación para ocultarse parcialmente y árboles para proporcionar protección, algo inimaginable dos mil metros más abajo, donde el desierto cubría gran parte del terreno a ambos lados de las montañas. Sólo los vigías, seis en total, podían alejarse del perímetro defensivo para subirse a zonas altas desde donde examinar los alrededores en busca de cualquier indicio de movimientos enemigos.

Desgraciadamente, la falta de luz aún no había empezado a amanecer, impidió que los vigías pudieran descubrir, con tiempo suficiente, lo que se les venía encima. Aún así, pudieron dar la alarma y abandonar sus puestos y ponerse a salvo en medio del perímetro defensivo.

No eran menos de seiscientos los efectivos que el líder Tayiko Ishan Khan había enviado contra los soldados españoles. Y venían por todas partes. Los españoles procuraron agazaparse y no exponerse más de lo necesario. Durante varios interminables minutos todos esperaron sin hacer el más mínimo ruido.

Tal y como había soñado José Enrique, el primer disparo vino de un lanzacohetes. Y tal y como había visto, el camión de suministros en el centro del perímetro saltó por los aires. Y se desató el infierno. Ambos, afganos y españoles, comenzaron a disparar sin descanso. Los talibanes, arma al hombro, en la cintura e, incluso, desde pozos de tiradores que debieron haber excavado previamente. Los españoles, desde sus refugios, los vehículos. Las balas silbaban por todas partes y en los primeros minutos cayeron muertos al menos 10 locales y heridos otros tantos. Sin embargo, José Enrique lo vio claro rápidamente. No podían quedarse allí. Sería suicida enfrentarse a fuerzas que les superaban en una gran proporción y armados con lanzacohetes. La cabo



Sandra Hermoso había contactado con la base nada más conocerse el ataque y los helicópteros italianos ya estaban en camino. Pero aún tardarían más de 10 minutos en llegar y para entonces, seguramente muchos españoles habrían muerto ya. No era momento de dudas, si no de acción. Dio la orden de que todos los hombres se subieran a los transportes y salieran a toda velocidad de allí, dado que el camino de vuelta parecía ser la zona más libre de tropas enemigas.

Los soldados no se lo pensaron dos veces. Tan solo cincuenta y cinco segundos después de dar la orden, el convoy se ponía en marcha. Sólo José Enrique seguía aún en tierra, comprobando que todos sus hombres estuvieran al amparo ya de los vehículos. Una vez convencido de no dejar a nadie atrás, se dirigió corriendo a subirse a la trasera del último camión.

No sintió el impacto. Ni siquiera reparó en que, de repente, su carrera se había visto frenada y había sido empujado hacia atrás por una bala perdida. Sólo se dio cuenta de que estaba en el suelo y al bajar la mirada pudo observar cómo su camisa se teñía de un color rojo oscuro, solo, y de que los vehículos se alejaban de él. Era evidente que nadie, en medio de la polvareda levantada por los VAMTAC al salir a toda prisa, había reparado en su ausencia. Y, súbitamente, la realidad le golpeó violentamente. Estaba solo, en medio de la nada, rodeado de fuerzas enemigas y herido. Sabía que los talibanes no gustaban de tomar prisioneros, así que no pudo si no prepararse a morir. Por lo menos había salvado a sus compañeros. Y no se dejaría matar fácilmente, presentaría batalla hasta su último aliento.

Mientras esperaba que se levantase el polvo, que no permitía ver nada a más de cuatro o cinco metros, vio surgir una figura que no pareció para nada un insurgente armado. Afortunadamente, porque eso le hizo dudar un segundo antes de disparar y le permitió darse cuenta de que esta figura no le era del todo desconocida. Sin dejar de apuntarla, permitió que se acercara un poco más a él y descubrió que se trataba de la mujer que había visto en su sueño la noche anterior. Era ella, no cabía

duda. La misma serenidad en su cara, al descubierto gracias al hijab. La misma disposición, acercándose rápidamente a él y agarrándole del brazo. Con un tirón inesperadamente fuerte se vio de pie. –Vamos- dijo ella, con un acento marcado, pero en castellano- debemos irnos ya. Están llegando-. - ¿Quién eres? -acertó a preguntar J.E. -No es el momento- cortó ella con un aspaviento. -Si no quieres morir aquí, será mejor que vengas conmigo... ¡Ahora! - J.E. no se lo pensó dos veces y, pese al dolor insoportable que emanaba de su hombro herido, corrió como no recordaba haberlo hecho nunca en dirección a unas rocas grandes que se atisbaban entre el polvo a unas decenas de metros de distancia. Una vez llegaron a ellas, se dio cuenta de que había tras ellas un pequeño precipicio de unos treinta metros. La mujer empezó a descender por las rocas con paso firme, saltando de una a otra más baja sin duda o temor por despeñarse. No era mucha altura, pero suficiente para romperse el cuello. Y, para empeorar más las cosas, pocos metros más abajo, las rocas que usaban para ir bajando desaparecían y el resto del precipicio constaba de una roca gigantesca, cortada, sin salientes, a todavía más de 18 metros del suelo. No había forma humana de salvar esos últimos metros sin matarse contra el suelo.

Ello no pareció importar a la mujer, que siguió bajando sin mirar atrás. Sin embargo, al llegar al último saliente sobre la gran roca, desapareció de repente. J.E. no podía explicárselo. ¿Habría caído al vacío y no podía verlo por algún entrante en la zona de la base de la roca? Siguió bajando esperando que hubiera algún tipo de explicación. Y la encontró. Cuando ya no había más camino hacia abajo, a 2 escasos metros de la formación rocosa que ponía fin al descenso, apareció una cueva y en su entrada, con una gran sonrisa, la mujer, que inmediatamente entró en la oscuridad. Aliviado, comenzó a seguirla, igual que en su sueño.

Justo a tiempo. Él nunca lo supo, pero tan sólo 3 segundos después de desaparecer en el interior de la cueva, un grupo de talibanes se asomó en lo alto del risco, no descubriéndoles por los pelos.

No llegó a acostumbrarse a la oscuridad, ya que ella había sacado una linterna de alguna parte y empezó a alumbrar el camino.

Una vez a salvo empezó a notar las puñaladas de dolor en el hombro, debido al disparo. Con la adrenalina del ataque y el rescate se le había olvidado, pero ahora, el dolor era casi insoportable y le nublaba la vista. Afortunadamente la bala había entrado por un lado y salido por el otro, lo que le ahorraría más dolor y facilitaría la cura. Pero por ahora, eso no le servía de alivio y tuvo que dejar de caminar y apoyarse en una de las paredes de la cueva para no caerse desmayado ahí mismo. Hacía ya unos minutos que había perdido a la mujer, cuando ésta volvió a aparecer deshaciendo sus pasos –Ya no queda nada. Cuando lleguemos te curarán eso- dijo ella mientras le señalaba la mancha de la camisa.

Caminaron durante unos minutos más, que para el sargento parecieron horas, por un laberinto de cuevas y rocas. La mujer parecía conocerlas bien, pero él nunca hubiera sido capaz de volver a salir sin ella. Finalmente, llegaron a una pequeña estancia rocosa que parecía no tener salida. J.E se preguntó si, después de todo, ella no se habría perdido tanto como él lo estaba. Sin embargo, de repente, ella se agachó y se introdujo por una pequeña galería de poco más de 80 centímetros de alto, haciéndole señas con la linterna para que la siguiera.

Arrastrarse por esa especie de gatera con una herida en el hombro resultó un infierno, pero, por suerte el pequeño pasadizo solo tenía unos metros de largo antes de desembocar en una gran sala abovedada. J.E. empezó a mirar embobado, ya que la gran cueva que se presentaba ante sí podría haber albergado la casa donde él vivía en Mieres, Asturias. La bóveda se encontraba a más de cuarenta metros de altura y toda la estancia se encontraba iluminada por una serie de lámparas de gas situadas unas a pocos metros de las otras a lo largo de toda la pared.

Descendió por un camino algo resbaladizo hasta reunirse con la mujer, que se había unido a un grupo de mujeres sentadas alrededor de una fogata. Pudo entonces fijarse en las abundantes estalactitas y

estalagmitas de diversos colores y tamaños que jalonaban toda la sala. La iluminación resaltaba el colorido de las formaciones calizas, que mostraban el complejo proceso geológico de entre 500 mil a 1 millón de años que las había creado con la ayuda de aguas subterráneas y lentas filtraciones de agua de lluvia. Mientras admiraba la belleza del lugar, todo se volvió negro y cayó de golpe al suelo.

No sabía cuánto tiempo había pasado inconsciente. Al despertar notó una pequeña punzada de dolor, pero al mirarse el hombro vio que se lo habían vendado. Echó un vistazo a su alrededor y vio de nuevo al grupo de mujeres hablando acaloradamente. Trató de incorporarse, pero el dolor se lo impidió. Soltó un gruñido y se dejó caer de nuevo. Las mujeres dejaron de discutir y se giraron todas hacia él. Tras unos segundos observándole su salvadora se levantó y se acercó a él.

- ¡Hola! Veo que ya te has despertado. Has dormido unas cuantas horas- vio que él se miraba el hombro herido-. Tranquilo, Aisha te ha curado. Es muy buena enfermera y seguro que no se te infectará.

- ¿Quién eres? -preguntó aún mareado-. Te vi en mi sueño. ¿Cómo es posible?

- Me llamo Jameela. Soy de Kabul. Mi padre era embajador de mi país en España, por eso aprendí a hablar tu idioma. Pero al poco de volver de Madrid los talibanes se hicieron con el control de gran parte de la provincia y mataron a mis padres en un atentado. Desde entonces vivo con mi abuelo, un viejo *marabút*, una especie de hombre santo. Y también un mago. Fue gracias a él que pude entrar en tu sueño-.

- ¿Entrar en mi sueño? ¿Es eso lo que hiciste? ¿Cómo? ¿Has dicho un mago?

- Eso no importa ahora. Basta con que sepas que lo hice. Tenías que ser tú. Mi abuelo me habló de una vieja profecía. En el año 1191, durante el sitio de los cruzados a la ciudad de Acre, el líder de los

defensores era Al-Nasir Salah ad-Din. En vuestra cultura se le conoce como Saladino. Pues bien, Saladino custodiaba una espada sagrada que había pertenecido, se decía, al yerno de Mahoma, Alí. Cuando todo parecía perdido para Acre, Saladino encomendó a uno de sus mejores hombres que escapara por unos túneles llevándose con él la espada a tierras seguras. Éste así lo hizo, llegando hasta lo que hoy llamamos Irán. Pero con el tiempo, nadie sabe muy bien cómo, la espada se perdió y la profecía dice que llegó a tierras afganas y que solo una mujer pashtun, con la ayuda de uno de los descendientes de los caballeros Templarios que sitiaron Acre, podrían encontrarla para, con ella, unir a todas las tribus de Afganistán contra la tiranía de los talibanes.

- ¿Quién? ¿Yo? No estarás hablando en serio- su cara de incredulidad lo decía todo. No podía ser cierto-. Mira, no quiero faltar al respeto a tu abuelo. Ni a ti, teniendo en cuenta que me has salvado la vida. Pero es evidente que esto no puede ser más que un cuento que se le cuenta a los niños para dormir. Yo soy un soldado, vivo en la realidad, y no creo que exista una espada mágica que pueda realizar milagros. Si no contáis con un buen ejército armado vuestra lucha está perdida por mucha espada que tengáis.

- Lo sé. Pero debes entender que toda lucha necesita de símbolos, algo que una a muchos pueblos bajo una única bandera. Aquí habitamos pashtun, tayikos, hazara, uzbekos, aimak, turcomanos, baluchis y otras etnias. Conseguir agrupar a todos, olvidando las diferencias que nos han separado durante decenios, es casi imposible. Y la espada es la única esperanza de conseguirlo. Porque todos, pertenezcan a la tribu que pertenezcan, la consideran suya.

- De acuerdo; imaginemos por un momento que tienes razón. Que encontramos la espada de Saladino y conseguimos que todos nos sigan... ¿Y entonces qué? ¿Con qué van a luchar? ¿Cómo van a hacer frente a un ejército, por muy insurgente que sea, armado hasta los dientes? Y financiado con dinero de las arcas públicas, además.

-Tranquilo, eso déjame a mí.

-Sabía que dirías algo así. Está bien, veamos qué planes tenéis.

-Perfecto. Vente conmigo- dijo con sonrisa de satisfacción-. Te lo enseñaré.

Ambos salieron de la gran sala y se dirigieron hacia la salida de las cuevas. La fogata consumía sus últimas ascuas y las mujeres ya se habían marchado. Cuando por fin salieron a la luz, las encontraron esperándoles, montadas a caballo. Habían reservado uno para Jameela y otro para él.

No le fue fácil encaramarse a su caballo por el dolor, pero cuando lo consiguió se dio cuenta de que lo peor estaba por llegar. Cabalgaron durante tres interminables horas por caminos abandonados y el continuo subir y bajar del trote amenazaban con hacerle perder el conocimiento de nuevo. Aún así se las arregló para llegar al pueblo de Karukh, a 50 kilómetros del paso de Sabzak. Allí fueron recibidos con gran alegría y bullicio por los habitantes del lugar, a los que el abuelo de Jameela había avisado de su llegada. Condujeron a J.E. a una casa de adobe, donde por fin pudo descansar.

No supo cuánto tiempo había dormido, pero se sentía completamente renovado. La herida le dolía, pero mucho menos de lo que recordaba. Un extraño olor penetrante invadió sus sentidos. Se miró el hombro y descubrió que procedía de un extraño ungüento que asomaba bajo las vendas. Se encontraba tan revitalizado que prefirió no pensar demasiado en los ingredientes que componían la plasta maloliente. Se consoló con el hecho de que parecía funcionar. Se incorporó del camastro en el que había reposado y salió a la calle.

- ¡Ya te has despertado! -exclamó Jameela desde la terraza de la casa de enfrente. Se dirigió hacia él-. ¡Me alegra verte en pie! Has dormido casi dos días. Estarás muerto de hambre. Ven, acompáñame-.

Le llevó a una casa de ladrillo que destacaba de las demás, hechas de adobe, del barrio. Allí, al entrar, vio una mesa preparada con lo que le parecieron los más apetitosos manjares que había visto nunca. Seguramente en Asturias nunca se hubiese comido algo así, pero en esta situación no podía imaginar comida mejor.

Junto a la mesa se encontraba un anciano vestido con las ropas tradicionales de Afganistán. Sentado en un pequeño taburete, parecía tener la mirada perdida. Un vistazo más cercano reveló a J.E. que el hombre estaba ciego. Además, el peso de los años había sido inmisericorde con él. Sus duras facciones, curtidas por décadas de vida en el desierto, combinadas con un número interminable de arrugas, le daban una apariencia sin duda muchos años más mayor de lo que era.

Invitó a los jóvenes a entrar, mirando en su dirección e indicándoles que se sentaran con un leve gesto de su mano. Éstos le obedecieron y, tras sentarse, Jameela acercó a J.E. un plato lleno de diferentes comidas. Unas *ashak*, que eran unas albóndigas de Kabul, acompañadas de un pan fino con queso o *lavash*, *kabuli pulao*, un arroz típico del país, y un par de cosas más que el soldado no acertó a reconocer. Mientras empezaba a comer, tratando de disimular el ansia, el anciano empezó a hablar.

-Sé bienvenido a esta humilde morada. He estado esperándote durante muchos años y no me puedo creer que por fin estés aquí. Sin duda...

- ¿Muchos años? -interrumpió el español con la boca llena- ¿Cómo es posible? Solo llevo unas semanas en el país, es imposible que supieras de mí, incluso cuando ya me encontraba aquí-.

-No olvides probar los *jalebi*. Como te decía, he visto tu rostro durante muchas lunas a lo largo de mi vida. Y he visto también nuestro encuentro. Lo creas o no resultas ser de vital importancia para el futuro de nuestro pueblo. Pero bueno, será mejor que vaya al grano.

Durante unos años, en mi juventud, tuve la ocasión de vivir en tu país, en los últimos años de la dictadura del general Franco. Acudí con algunos compatriotas para recibir formación militar, enviados por nuestro gobierno con el objetivo de prepararnos para la guerra que se avecinaba contra los muyahidines, que se estaban levantando en todas partes del país. Allí llegó hasta mí un viejo relato que un español de viaje por Kabul había recopilado a partir de viejas historias. En él se mencionaba el paradero final de la espada de Saladino, que tras múltiples traslados, había acabado enterrada bajo una falsa alcantarilla en el túnel de Salang. Este túnel fue construido con ayuda soviética en 1960, atravesando el macizo del Hindu Kush, la principal cordillera afgana. Así que es allí donde debéis dirigiros sin demora, porque esta cordillera es sacudida por más de cincuenta terremotos al año, y he visto un terrible seísmo en los próximos días o semanas y temo que pueda perderse la espada para siempre.

- Pero...- interrumpió de nuevo José Enrique-. Si sabes dónde está la espada desde hace más de veinte años ¿Por qué no has ido tú mismo a por ella en este tiempo? ¿Por qué has esperado a que la cordillera vaya a ser sacudida para conseguir la espada?

- Porque la profecía era muy específica en lo que respecta al quién y al cuándo. Por la razón que sea, solo un español, tú, podía recuperarla. Y el momento debía ser este, ya que, de otro modo, la espada habría caído en malas manos. Lamentablemente nuestros gobiernos a lo largo de los años se han caracterizado únicamente por la corrupción y necesitaremos el apoyo del gobierno para que, una vez recuperemos la espada, podamos contar con los medios que necesitamos para enfrentarnos a los talibanes, que están financiados por grandes familias del petróleo de Irán.

¿Y por qué debías de ser tú? Pues no lo sé; la profecía menciona a un guerrero de la antigua Al-Andalus con unas capacidades adivinativas únicas que, seguramente, has descubierto ya en ti, aunque supongo que aún no eres capaz de controlarlas.



- ¡Mis sueños! Es cierto, pero solo se me han revelado en tres ocasiones- reconoció J.E.- Y en dos de ellas no pude hacer nada para impedir las catástrofes que vi-

- Lo sé. Este no es un don agradable. Puedes ver lo que va a pasar, pero hasta ahora no has sido capaz de impedirlo. Y si lo has conseguido en esta ocasión, salvando a tus soldados, ha sido por nuestra intervención. En el futuro tendrás los mismos problemas para evitar lo que te muestren tus visiones. Pero no perdamos más el tiempo. Tú, Jameela y diez soldados locales debéis dirigiros ya al aeródromo de Herat, donde os espera un helicóptero que os trasladará a las cercanías del túnel. Una vez allí deberás ser capaz, con la ayuda de mi nieta, de usar tu don para dar con la alcantarilla que esconde la espada entre las decenas que hay a lo largo del túnel. Deberéis hacerlo de noche, ya que durante el día las patrullas de Ishan Khan pasan constantemente por allí y podrían sorprenderos, con lo que todo habría sido en vano.

Procura terminar rápido de comer, debéis iros ya. Que Alá os acompañe y os proteja. *As-salāmu `alaykum*.

J.E. terminó su *Jalabi* y ambos salieron fuera, donde 3 Jeeps les esperaban repletos de hombres armados. Montaron y se dirigieron hacia el aeródromo, a unos 40 kilómetros de allí.

### ACTO 3

El Hindu Kush es una cordillera de altas montañas de 800 kilómetros, que se extiende desde las montañas de Pamir, cerca de la frontera de Pakistán y China, hasta el oeste de Afganistán. Los pasos del Hindu Kush han sido, históricamente, de gran importancia militar. Alejandro Magno cruzó estas montañas con su ejército para reprimir una rebelión en Bactria, una provincia oriental del imperio persa. Esta cordillera ha sido tradicionalmente muy problemática, pues sus puertos están cerca de los 4000 metros de altitud, así que la Unión Soviética

para promover el transporte entre su territorio y la capital Kabul, firmó con el gobierno afgano un acuerdo para construir un túnel que la atravesara. Este túnel fue vital para el ejército rojo durante la guerra de Afganistán. Multitud de avalanchas y terremotos, así como ataques en su día de los muyahidines, han deteriorado su estado. Aunque en 2002 se mejoró, hoy en día sigue siendo muy peligroso. Sus extremos se encuentran por encima de los 3000 metros.

El helicóptero se acercó al macizo montañoso y tras buscar un punto de aterrizaje, encontraron uno a dos kilómetros al Norte de la entrada Oeste. Los fuertes vientos que azotan la zona zarandearon al vehículo, hasta el punto de que casi se ven obligados a abortar el aterrizaje. Pero, finalmente, tras una serie de maniobras arriesgadas del piloto, consiguieron tomar tierra. Los soldados fueron los primeros en bajar, formando un perímetro defensivo, aunque no se veía un arma en kilómetros. A continuación, descendieron José Enrique y Jameela, y, todos juntos, una vez se hubieron cargado de herramientas de excavación, se dirigieron a la entrada del túnel.

El descenso fue lento debido a la orografía del terreno. Cuando se encontraban a escasos 500 metros se detuvieron a descansar y tomar un poco de agua. J.E. se acercó a Jameela.

-Siendo como es un túnel de tanta importancia, ¿Cómo se supone que vamos a entrar, encontrar la alcantarilla y salir sin que nos vean?

-No te preocupes, el puente sufrió graves desperfectos con el último terremoto y aún está cerrado al tráfico. Solo debemos preocuparnos de que alguna patrulla de Ishan Khan nos descubra. Ahora vente conmigo; necesitaremos algo de intimidad si queremos conseguir que seas capaz de dar con la alcantarilla correcta. Será preciso que estés muy concentrado, ya que nunca has tenido que usar tus visiones y no será fácil.

Ambos se sentaron uno frente al otro. Cruzaron las piernas y ella tomó sus manos, a través de las cuales le transmitió la energía y la paz que él necesitaba.

- Ahora relájate. Trata de dejar la mente en blanco y, cuando lo consigas, intenta visualizar el túnel. Recrea en tu mente las dos entradas, la carretera, los respiraderos del techo, las alcantarillas... Luego imagínate a ti mismo recorriendo el túnel, y procura centrar tu mente en la espada. Cuando lo hagas, serás capaz de saber cuál es la correcta.

J.E. trató de seguir sus instrucciones. Pasaron unos minutos, pero no consiguió nada. “Es más fácil decirlo que hacerlo”, pensó. Pero ignorando sus propias limitaciones, fue, poco a poco, liberando su mente de pensamientos, hasta llegar a un estado de relajación absoluta.

Los soldados empezaban a impacientarse. No obstante, esa zona solía estar siempre llena de patrullas o grupos de entrenamiento de los talibanes, que buscaban los lugares más alejados para evitar enfrentamientos con las tropas de la OTAN o del ejército regular afgano. Miraban a todos lados y era evidente que no las tenían todas consigo.

J. E., mientras tanto, había llegado por fin al punto en el que podía, mentalmente, recorrer el túnel. Se sorprendió de lo rápido que había sido capaz de ir dando los pasos para conseguirlo, nunca se hubiera imaginado que algo así fuera posible, y mucho menos que fuera él quien lo hiciera, aunque sabía que gran parte de lo que él hacía era gracias a Jameela. Finalmente, tras andar mentalmente unos cientos de metros, dio con lo que buscaba.

- ¡Creo que lo encontré! -gritó-. Estoy seguro de poder llevaros hasta ella. No he visto la espada porque debe estar a cierta profundidad; pero sé cuál es la alcantarilla-.

-De acuerdo, será mejor que nos pongamos en marcha.

Juntos se encaminaron al claro donde habían dejado a los soldados y Jameela se dirigió a ellos para explicarles que ya sabían a dónde debían dirigirse. Éstos iniciaron la marcha. Diez minutos después cruzaban el arco de entrada del túnel. Anduvieron unos minutos más hasta que J.E. les indicó la alcantarilla que debían abrir. Dos minutos después, tres soldados, armados con picos y palas se deslizaban escaleras abajo, llegando al final de ésta a un túnel tapiado. Inmediatamente se pusieron a picar y no tardaron mucho en abrir un boquete por el que pasar. Se adentraron en él, linterna en mano, y se alejaron de la entrada hasta que su luz dejó de ser visible.

Mientras, el resto de soldados se habían colocado en ambas entradas para evitar cualquier encuentro inesperado.

Jameela rompió el silencio.

- En cuanto tengamos la espada debemos irnos corriendo. Tenemos que llegar al helicóptero cuanto antes. Una vez en él, te llevaremos de vuelta a tu campamento para que puedas informar de lo ocurrido. Es urgente que contactéis con las fuerzas internacionales de la OTAN. Necesitaremos su ayuda en las próximas semanas, cuando consigamos reunir tropas suficientes para llevar a cabo los asaltos a las posiciones talibanes. No será fácil lograr que todas las tribus se unan a nosotros, pero una vez las tengamos necesitaremos suministros, armas y, tal vez, apoyo aéreo. Después de tantos años de guerras civiles e invasiones internacionales y de fanáticos religiosos, Afganistán por fin podrá disfrutar de unos años de paz y, con suerte, de un estado democrático.

Un griterío, amortiguado por el eco de los túneles, interrumpió su discurso. Inmediatamente aparecieron por el fondo de la alcantarilla los tres soldados, vociferando: -¡*Ladayna alsyf!* ¡*Ladayna alsyf!*

- ¿Qué están diciendo? - preguntó J.E., aunque viendo la emocionada cara de Jameela pudo intuir la razón de tanto escándalo.

- ¡Tenemos la espada! ¡Tenemos la espada! -Tradujo Jameela, a quien le asomaban en su rostro unas lágrimas de emoción- No puedo creerlo. ¡Al fin es nuestra! ¡Lo has logrado! Mi pueblo nunca podrá agradecértelo suficientemente. Nos has dado esperanza. Gracias -José Enrique se alegró de verla sonreír y le puso una mano en el hombro para darle consuelo.

Un nuevo griterío volvió a interrumpirla. Eran los soldados que se habían dirigido a la entrada Este. Venían corriendo y haciendo aspavientos con los brazos.

- ¡Una patrulla! -gritó Jameela- Debemos irnos ya- llamó a los hombres del túnel, que salieron a toda prisa y todos corrieron en dirección a la salida. Una vez allí, se encaminaron de nuevo al helicóptero, tratando de no dejar huellas. Quince minutos después, sobrevolaban a la patrulla que debía estar buscándolos. Ésta se dio cuenta de su presencia y les dispararon, pero ya se encontraban a suficiente altura y las balas no atravesaron el metal de la cabina. Una vez sentados en el helicóptero J.E. tocó la espada, un escalofrío se deslizó por su nuca y supo que todo iba a salir bien.

Las semanas que siguieron fueron de una actividad frenética a lo largo y ancho del país. Decenas de mensajeros, armados con fotos y vídeos de la espada, salieron en dirección a los cuatro puntos cardinales del país; e, incluso, unos pocos marcharon rumbo a países amigos de Afganistán antes de los muyahidines: Turquía, Pakistán, Turkmenistán, Uzbekistán... La lucha internacional contra el terrorismo y, sobre todo, contra el fanatismo de los Talibanes, atrajo multitud de apoyos en todas partes. Lamentablemente, se trataba de países pobres cuya ayuda no pasó de ser, en la mayoría de los casos, simbólica. Pero fue un comienzo. Porque consiguió movilizar una gran cantidad de ayuda externa en materia de armas y suministros. Y, lo más importante,

multitud de personas deseosas de ayudar a devolver la paz y la democracia a un país que ya llevaba demasiadas décadas sin disfrutar de ambas.

Jameela y los suyos se encargaban de la logística y de distribuir a la gente que llegaba por campamentos desparramados por las montañas, intentando quedar lejos de las miradas de Ishan Khan y sus tropas, Jameela tenía una mente muy activa y estratégica. No fue fácil, dado el aparato de espionaje que tenía organizado por todo el país, pero los afganos llevaban luchando desde hacía décadas y se habían especializado en la guerra de guerrillas. Y, por tanto, en permanecer ocultos la mayor parte del tiempo, procurando emerger tan solo cuando la ocasión, en forma de ataque sorpresa, lo requería. De esta manera, pequeños grupos armados empezaron a atacar, a las patrullas enemigas que se adentraban en las montañas y desiertos en busca de lo que ellos consideraban infieles. Ishan Khan no tardó en darse cuenta de que sus tropas menguaban y empezó a ponerse nervioso. Desde que se hizo con el control de la mayor parte del país, nadie se había atrevido a plantarle cara, y eso le había hecho caer en una indolencia de la que le estaba costando salir, aún cuando empezaba a ser evidente que algo grande se estaba gestando en su contra. Mandó grupos armados más numerosos y pudo descubrir algunos de los batallones que Jameela tenía dispersos a la espera de poder atacar, pero nunca dio con el grueso de las tropas, ni mucho menos los campamentos donde los hombres ya empezaban a contarse por miles.

Mientras, José Enrique, que, tras ser devuelto a su campamento, comunicó a sus superiores lo que se estaba tramando, volvía a hacer vida normal con su compañía. Aunque al principio la incredulidad por su ausencia y posterior regreso fueron la nota predominante entre la tropa y los mandos, esta fue dando paso, a medida que se iban conociendo los detalles de su salvamento, a una especie de admiración colectiva. Incluso, entre bromas, se le atribuía la famosa *Barakah*, una especie de bendición divina que ya se le atribuyó al general Franco en su día durante la guerra con Marruecos, y que consistía en una conexión

con lo divino que protegía de todo mal a quien la portase. J.E. no creía en nada de eso, pero empezaba a cogerle el gusto a la admiración que levantaba a su paso en todo el cuartel, al fin y al cabo, él ahora creía en cosas en las que nunca se hubiese imaginado. Al mismo tiempo, sus superiores habían informado a las fuerzas internacionales de la OTAN de lo que se estaba preparando. Utilizando a J.E. de contacto con Jameela y sus hombres, las fuerzas internacionales se preparaban para coordinar un ataque masivo en todas las ciudades del país controladas por los talibanes. Para ello, utilizarían a los hombres de Jameela, venidos de todas partes, a modo de quinta columna en el interior de los núcleos urbanos, donde podían pasar prácticamente inadvertidos entre la población local. Ellos se encargarían de ocupar los puntos clave: organismos oficiales, especialmente los relativos al gobierno local y estatal; las estaciones de radio, claves para evitar que las noticias lleguen a los campamentos enemigos dispersos hasta que puedan ser atacados, a su vez, por las fuerzas de la OTAN; aeropuertos, estaciones de ferrocarril y autobuses y puertos marítimos, para, rápidamente poder poner en marcha todo un aparato logístico de transporte de tropas, suministros, etc. a todas partes del país; los centros penitenciarios, donde habrían de encontrar muchos aliados y donde, posteriormente, deberían recluir a todos los enemigos prisioneros, ya que el movimiento de liberación pretendía ser lo más pacífico o humanitario posible. Serían los tribunales quienes decidirían qué hacer con los asesinos y violadores capturados. Y, por último, los centros religiosos y mezquitas, donde tener bajo control a los imanes y demás líderes religiosos que pudieran subvertir a la población local.

Dos meses después de la recuperación de la espada, todo empezaba a estar listo para la acción. Las principales ciudades del Afganistán se encontraban infestadas de soldados guerrilleros de Jameela: Kabul, Mazar-e-Sarif, Kandahar, Jalalabad, Gazni, Balh... todas y cada una de ellas caerían en las primeras veinticuatro horas, o ese era el plan. La OTAN, en un brillante despliegue de tropas por todo el territorio, había conseguido desarticular algunos campamentos, para evitar posibles desplazamientos de tropas inesperados, ya que Ishan

Khan ya empezaba a tener claro que algo grande se cocía a su alrededor y empezaba a dar muestras de nerviosismo.

Por fin llegó el día y todos cumplieron fielmente con lo planeado. En apenas unas horas, las ciudades fueron cayendo como piezas del dominó. Al fin y al cabo, tampoco Ishan Khan contaba con un ejército lo suficientemente numeroso como para abarcar tanto territorio como pretendía, salvo cuando tuvo que atemorizar a los pobres aldeanos que poblaban todas las ciudades y pueblos de Afganistán. Sus tropas no estaban tan bien entrenadas como para enfrentarse a grupos más numerosos, y la OTAN había disminuido sus efectivos en los ataques sorpresa a los campamentos de sus aliados. Y enfrentados a una muerte casi segura, tampoco resultaron ser seguidores tan fanáticos como Khan hubiese esperado, lo que hizo que muchos se rindieran si pegar un solo tiro. Solo Kabul contaba con auténticas tropas de élite, que consiguieron rechazar a los libertadores en la mayoría de los edificios públicos y el aeropuerto, al que mantuvieron en su poder el tiempo suficiente para que, cuando todo estuvo perdido, Ishan Khan pudiera escapar. Allí entraron las milicias afganas apoyadas por varios carros de la OTAN, así como algunos helicópteros. Y, finalmente, tras 3 días de duros combates, la capital cayó, llevándose por delante la vida de 400 insurgentes, 560 soldados de Jameela, 23 de las fuerzas internacionales y más de 1300 civiles, que, como suele pasar, son el daño colateral más numeroso en un combate; especialmente cuando este tiene lugar en territorio urbano. Muchos edificios cayeron, por el uso de explosivos por parte talibán, cuya ferocidad y falta de temor ante la muerte les hizo arremeter contra todo y contra todos, sin el más mínimo miramiento por las vidas humanas. Otros edificios quedaron muy dañados; envenenaron los depósitos de agua, condenando a mucha más gente a morir en el futuro si el invierno no era benigno en lo que a nieves se refiere, principal fuente de agua en un país sin recursos acuíferos, donde la mayor parte de los pocos ríos que los deshielos alimentan mueren en el desierto, sin llegar al mar. Quemaron víveres, bombardearon la prisión con morteros y lanzacohetes para impedir la liberación de los presos políticos. Una masacre, tan cruel como innecesaria, pero acorde



con su intención de morir matando para asegurarse, según ellos, su lugar en el *Djanna*, paraíso musulmán donde les prometen que irán si mueren luchando contra el infiel. Pero Kabul, como el resto del país, estaba liberada. Y la esperanza de una nueva Afganistán hizo que, tras enterrar a los muertos, el país se entregara a una animada fiesta de celebración y de tributo a los caídos.

Nadie sabía qué pasaría a partir de ahora. Ni quién lideraría a la nación en sus primeros pasos hacia una democracia, ni si la unión de etnias que había permitido derrocar definitivamente el régimen talibán, tras muchos años de lucha, permanecería unida una vez conseguido. Las diferencias entre ellas llevan siglos dirimiéndose. Hasta dos docenas de imperios habían conquistado y perdido Afganistán a lo largo de los siglos, y siempre se habían encontrado con la defensa de los diferentes clanes y tribus, bien como enemigos, bien como aliados, lo que no hizo sino aumentar los odios entre ellos. Y siempre habían encontrado causas comunes contra los invasores, pero nunca llevaron esas causas más allá de la expulsión de aquellos. Así que ahora todo lo que venía era un misterio, pero sin duda mejoraría la vida del pueblo afgano. Jameela había sido una gran líder, pero era una mujer y nadie aceptaría de ella un papel preponderante en lo que estaba por llegar. Los musulmanes, incluso los más abiertos en su interpretación del Corán, son hombres arraigados a sus tradiciones y costumbres; y las mujeres tienen un papel secundario todavía en estas naciones cuya ortodoxia está fuera de toda duda, por mucho que se alejen del fanatismo de algunas corrientes. Pero ella sería un símbolo; y, aunque no pudiera liderar el futuro, su papel sería clave en él, como nexo de unión. Junto con la sagrada espada, que viajaría por todos los rincones del país con ella para que todos pudiesen admirarla y para difundir el mensaje de paz al lado de su abuelo, considerado ya un hombre santo para todos los afganos.

Nadie supo que fue de Ishan Khan. Su huída precipitada en un pequeño avión pudo llevarle a cualquier parte. Y, sin duda, allá donde estuviese volvería a crear problemas, ya que una buena parte del pueblo era afín a sus ideas. Y la nueva revolución había rechazado los viejos

métodos; ejecutar a todo aquel que prestara apoyo moral, económico o físico al derrocado régimen. Así que muchos saldrían libres antes o después y podrían engrosar de nuevo sus filas. Pero ya habría tiempo de preocuparse por eso. Ahora era el momento de celebrar y el pueblo entero se entregó a ello. Todos excepto Jameela, que marchó hacia Qala-e-naw tan pronto como pudo, para reunirse con su abuelo y poder volver a ver a José Enrique, que se afrontaba la recta final de su recuperación en el campamento cercano de las fuerzas españolas y pronto volvería a España.

El helicóptero de Jameela aterrizó sin problemas en las afueras de Qala-e-naw, donde su gente había dispuesto unas Jaimas para algunos refugiados venidos de las montañas, a donde habían huido cuando fueron perseguidos por los muyahidines. Todos esperaban su llegada para honrarla. Jameela y dos de sus hombres bajaron del helicóptero y se prepararon para encaminarse hacia el improvisado campamento, situado a escasos 200 metros de la zona donde aterrizó.

El sonido de los motores amortiguó los dos disparos que mataron, instantáneamente, a los acompañantes de Jameela. Ella ni se enteró, hasta que vio sus cuerpos golpear el suelo como si fueran un par de sacos. Aún paralizada e incrédula ante lo que estaba pasando, no pudo reaccionar hasta ver el hilo de sangre que salía del agujero de bala que tenía en la frente el soldado que se encontraba a su derecha. Miró a su izquierda, vio también al otro hombre con el pecho atravesado y, solo entonces, comprendió lo sucedido. Empezó a gritar. Miraba a su alrededor buscando alguna cara amiga. Pero solo pudo ver como seis hombres se acercaban a ella, apuntándola con sus rifles. Dos de ellos portaban rifles de francotirador y, entre ellos, algo hizo que un espasmo de terror recorriera su espina dorsal de arriba abajo.

Allí, en medio de los dos tiradores, estaba Ishan Khan. No podía ser. No debía ser, Era de todo punto inconcebible que, tras huir de una muerte segura en Kabul, su único pensamiento fuera esperarla en su pueblo para matarla. Pero él sabía que matarla a ella era matar parte de

las esperanzas. Los símbolos son importantes por una razón. Y la mejor forma de acabar con ellos es matándolos. O quizás no quisiera matarla, tan solo llevársela con él y minar el futuro proceso democrático.

Pero pronto salió de dudas. Cuando se encontraban a unas pocas decenas de metros, Ishan Khan dio la orden a ambos francotiradores de matarla. Éstos no dudaron un segundo y levantaron sus rifles para acabar con ella. Y Jameela se encomendó a Alá, dedicándole su último pensamiento a su abuelo y a José Enrique, a quien también le entregaba su corazón.

Los disparos sonaron tan al unísono que casi parecieron uno solo. Jameela sintió el impacto de ambos en el pecho y salió volando hacia atrás como si hubiera sido embestida por un yak. Golpeó el suelo con fuerza. Y, mientras se le escapaba la vida, pudo echar un último vistazo a su pueblo. Y, de repente, multitud de imágenes recorrieron su mente. Cuando corría por las calles de niña con sus amigas, cuando escuchaba a su abuelo contar historias, cuando sus padres discutían por alguna razón; cuando ayudaba a su madre a cuidar del huerto...

Sintió frío. Elevó la vista al cielo, donde unos pájaros cruzaron su campo de visión. Y recordó que, siendo ya adulta, tuvo una visión de este momento. De repente el recuerdo era vívido. El helicóptero, Ishan Khan, la muerte de sus compañeros, las jaimas, los pájaros... todo lo había visto y lo había olvidado. Pudo haber evitado este momento, pero su mente le había jugado una mala pasada, como a José Enrique. Quiso girarse de nuevo, quiso decir algo. Pero la oscuridad fue haciéndose cada vez mayor. Y, de repente, la nada.

José Enrique llegó corriendo al lugar minutos después. Ishan Khan ya se había ido con sus hombres y solo quedó el cuerpo inerte de su amiga y salvadora. Había tenido una de sus visiones, pero no pudo convencer al capitán de que le dejara marchar al pueblo con una escuadra para evitar el fatal desenlace, ya que no tenía constancia de que Jameela fuera a desplazarse a Qala-e-naw, solo un sueño. Sólo

cuando se anunció su llegada y se dio cuenta de que podía ser cierta la premonición, autorizó a J.E. a llevarse unos soldados con él al pueblo. Pero era tarde.

Cuando llegó junto a ella, se agachó y, con reverencial respeto, la cogió entre sus brazos y se dirigió a casa de su abuelo, que esperaba, ignorante de lo ocurrido, su regreso. En el camino, el hijab de Jameela se deslizó y cayó al suelo, dejando al descubierto una oscura melena larga, el hijab fue acompañado por unas numerosas lágrimas, que recorrieron las mejillas de J.E.

## LA TRAGEDIA DE BEIRUT

**Susana Campanero Campos**

*El martes 4 de agosto de 2020 tuvo lugar en Líbano una de las mayores detonaciones no atómicas de la Historia: la explosión del puerto de Beirut, que dejó un resultado equivalente a cientos de toneladas de TNT —alrededor de una vigésima parte del tamaño de la bomba atómica que se utilizó en Hiroshima en 1945—.*

*El ministro de salud, Hammad Hassan, solicitó ayuda internacional. La respuesta no se hizo de rogar, y pronto varios países acudieron al lugar del desastre. Entre ellos, España movilizó un contingente español, asentado en la base «Miguel de Cervantes», al sur de Líbano, y abastecido con medios sanitarios y logísticos, listos para participar en labores de desescombro en las zonas afectadas por la explosión.*

*DIARIO DE BEIRUT*

**Por: Abel Quevedo, soldado (de la misión FINUL)**

## DÍA 1

Finalmente, hoy nos hemos trasladado a Beirut después de recibir la orden desde el Cuartel General de nuestra base. Originariamente, nuestra presencia en Líbano se limitaba a velar por el alto al fuego en la frontera entre Israel y las milicias chíies de Hizbola, pero la explosión producida en el puerto de la capital nos ha cambiado los planes temporalmente. Obviamente, tras recibir la noticia no podíamos quedarnos de brazos cruzados. No después de ver la magnitud del desastre.

Afortunadamente no ha habido bajas ni heridos en nuestro contingente, por lo que nos encontramos en plenas condiciones para prestar ayuda a los libaneses. A mí en concreto me han enviado, junto con mi equipo, a ayudar a desescombrar. Esta operación tiene sus riesgos, ya que todavía se pueden producir derrumbes de edificios, es por eso que actuamos con la máxima precaución posible (nada fuera de lo normal en este trabajo).

He decidido escribir esta especie de diario para ir documentando mi estancia en este lugar, así como las tareas de mi equipo. También intentaré anotar el resto de las ayudas llevadas a cabo por otros países. No obstante, ya puedo adelantar algo: esto está siendo una locura, y más ahora con la pandemia del COVID 19.

## DÍA 2

Ahora que estoy en el lugar exacto de la explosión puedo ver claramente los destrozos provocados por este trágico accidente: Coches volcados, casas derrumbadas, edificios destruidos o sin revestimiento, gritos, llantos, gente herida, muerta. La explosión ha destrozado parte de la costa y ha dejado un cráter de un tamaño impresionante. Definitivamente se trata de los peores escenarios en los que me he podido encontrar, una pesadilla que nadie en esta vida debería vivir.

Nos han informado de que la causa de esta gran explosión han sido casi tres mil toneladas de nitrato de amonio contenidas en un almacén del puerto sin custodiar. Increíble.

Como soldado que lleva un tiempo residiendo en este país, estoy al tanto del alto índice de pobreza en el que se encuentra, si le sumamos la pandemia del coronavirus, que ha dejado los hospitales abarrotados, con falta de personal y de suplementos médicos, esta explosión no ha hecho más que empeorar la situación.

Afortunadamente, varios países además de España (Rusia y Turquía entre otros) están enviando ayudas de distintos tipos, mucha gente se está ofreciendo voluntaria para limpiar escombros y edificios. Se priorizan los hospitales que aún quedan en pie —tres de ellos han sido completamente destruidos— y los pacientes están siendo atendidos en la calle o trasladados en ambulancias a otros lugares.

Termino mi trabajo por hoy con el corazón en un puño tras estar todo el día rodeado de muerte y destrucción. No cabe duda de que las imágenes que he visto, y voy a ver durante mi estancia en Beirut se van a quedar grabadas en mi memoria durante el resto de mi vida.

#### DÍA 4

Estos primeros días están siendo un caos total. Una locura. Todo está lleno de ambulancias, helicópteros tratando de apagar incendios producidos por la explosión, personal yendo de un lado a otro, gente herida tirada en el suelo, siendo atendida o trasladada... Mi equipo y yo, con ayuda de voluntarios y demás equipos de rescate nos dedicamos a salvar a la gente que ha quedado atrapada entre los escombros.

Decenas de muertos y cientos de heridos están siendo encontrados y rescatado de entre las ruinas que ha dejado la explosión. Es esta sensación de impotencia al no poder dar marcha atrás e intentar,

de alguna forma, evitar todo este desastre la que se me clava cada vez que encontramos a una víctima nueva. Sé que soy un mero soldado, y que de nada sirve culparse, sin embargo, el ahogo y el vacío siguen ahí. Solo puedo ayudar lo máximo posible.

Como no teníamos desgracias suficientes, además de las libanesas, nos han informado de la muerte de una persona en la embajada de Australia y otra en la de Países Bajos. No los conocía, pero eso no significa que no duela la pérdida de un compañero, de un ser humano.

El ambiente de desesperación en este lugar hace que todos los que estamos aquí acabemos saturados. De todas formas, intentamos mantenernos serenos, pudiendo ver un atisbo de positividad y esperanza en la gente que está ayudando, y en algunas de las personas que han sobrevivido a la explosión. Estos son los motivos que me impulsan a seguir adelante y trabajar con más eficacia para mejorar todo lo posible esta situación.

## DÍA 7

Hoy mientras trabajaba con mi equipo han venido corriendo dos personas del voluntariado a pedirnos ayuda mediante señas. Resulta que a unos metros de nosotros se encontraba entre los restos de una casa derrumbada otro voluntario que se había quedado atrapado dentro al intentar sacar un cadáver de los escombros. Afortunadamente no tuvimos muchas complicaciones para sacarlo de allí. Además, sus heridas resultaron leves, por lo que todos pudimos volver a nuestro trabajo sin problemas.

Por lo demás, no ha habido más contratiempos de los que puede haber en esta situación.



En cuanto a avances... tras la explosión los vuelos al aeropuerto han sido reanudados a pesar de los daños. Esto lo sé porque llegó desde España un avión del Ejército del Aire con ayuda de emergencia, que incluía diez toneladas de harina de trigo, suministros médicos y Equipos de Protección Individual, y equipos de cobijo para los libaneses que se ha quedado sin hogar. También ha llegado ayuda desde Irán.

## DÍA 10

Quería evitar hablar de este tema, ya que es inevitable ver situaciones similares en estos casos, y se supone que estamos preparados para enfrentarnos a ello. Me refiero a los niños. Pero es que la escena en la que nos hemos encontrado hoy me ha superado: dos niños, uno de unos diez años y el otro de unos cinco años yacían muertos bajo los restos de un edificio. El mayor abrazando al pequeño como si lo estuviera protegiendo de la caída. Se trata de una escena que normalmente no imaginarías ver en unos niños, y, sin embargo, ahí está.

Y es que la población más joven es la que más queremos proteger, pero las desgracias, como esta, no entienden de edad, ni de sexo, ni mucho menos de nuestras emociones y sentimientos. Lo peor es que, probablemente, los que se suponen que son el futuro sufrirán algún tipo de trauma durante gran parte de su vida, si no toda. Muchos de los niños supervivientes están siendo evacuados de Beirut y refugiados en Saida. De verdad que hacemos lo que podemos.

El incidente de hoy nos ha dejado a todos con un sentimiento de impotencia y una tristeza muy difíciles de superar, pero, por otro lado, nos ha dado fuerzas para seguir trabajando y ayudando a este país.

## DÍA 11

Hoy he soñado con mi familia.

Estaba con mi mujer, Clara, y con mis dos hijas, Silvia y Leire, en nuestra casa en Cáceres cuando, de repente, todo explota. Vi a mi mujer y a mis hijas salir volando por los aires mientras yo me quedaba ahí de pie, quieto y sin poder hacer nada para evitar lo que estaba pasando.

Me he despertado con dolor de cabeza y mi cuerpo completamente mojado del sudor. Parece ser que esta situación está traspasando las barreras psicológicas que activo en el trabajo para actuar con objetividad y eficacia. Pero es que, si hay algo que me importa más que mi trabajo, esa es mi familia y, aunque no esté mucho tiempo junto a ella, no podría soportar perderla de una manera tan atroz. Me moriría si me viera en la situación que estoy presenciando todos los días: hombres, mujeres y niños que han perdido su familia y sus hogares. Simplemente me parte el alma.

Apartando el tema de la pesadilla, tengo una buena noticia. Después de poco más de una semana estamos encontrando cada vez menos cadáveres entre los escombros. Todavía se siguen reportando desapariciones, y es probable que, desgraciadamente, en el caso de aparecer entre los restos, sean cadáveres.

## DÍA 18

La situación paulatinamente va avanzando favorablemente. Cada vez encontramos menos muertos entre los escombros. Además, la organización ha mejorado y ya no reina el caos del principio, aunque sigue habiendo personas desaparecidas y miles de heridos, muchos de los cuales continúan necesitando atención médica.

Por mi parte, al dolor de cabeza de hace una semana se sumó la fatiga. Hasta hace unos días no era nada grave y, a pesar de tomar las precauciones adecuadas contra el coronavirus, no se me había pasado por la cabeza que pudiera haber sido contagiado en algún momento.

Desgraciadamente, ayer me dio fiebre, y no pude presentarme a mi puesto de trabajo.

Esta tarde acudiré al centro de salud a que me hagan una prueba PCR. Espero que salga negativa y simplemente sea el cansancio acumulado de estos días.

*Finalmente, el soldado Abel Quevedo dio positivo en COVID 19 con síntomas graves, siendo trasladado con urgencia al Beirut General Hospital en la capital libanesa y, por lo tanto, relegado de su puesto de trabajo en la ayuda humanitaria.*

*La tragedia de Beirut terminó con 203 fallecimientos, más de 6.500 heridos y 9 desaparecidos hasta la fecha, además de haber dejado a casi 300.000 personas sin hogar.*



## PROYECTOS PENDIENTES

**Mireia Romero Fernández**

David volvió a casa decepcionado y confuso. Era enero de 2003 y acababa de pedirle matrimonio a Sofia, su novia de hacía casi tres años. Él tenía muy claro que quería pasar el resto de su vida a su lado y se vio decidido a casarse con ella, pero, por el contrario, ella se sorprendió tanto al recibir la propuesta que no supo dar una respuesta concreta. Sofia siempre supo que quería casarse en un futuro y estaba segura de que le quería, pero para ella casarse ahora era dar un paso muy grande y, sobre todo, un paso muy largo que significaba “toda la vida” y le asustaba darlo con tan solo 27 años. Le pidió tiempo para reflexionar y para pensar bien que responder, ya que, no quería dar un paso en falso o tropezar por ir demasiado rápido.

En cambio, David estaba muy decidido a casarse cuanto antes, ya que, siendo militar a los 28 es totalmente normal. Él buscaba llegar a casa después de un día agotador y que su dulce esposa y sus dos hijos encantadores le estuvieran esperando con los brazos bien abiertos según entrara por la puerta, justo como ocurría con su padre. Pero la indecisión de Sofia hizo que su plan de futuro se tambaleara por completo, se sentía asustado y quizá por eso tomó la precipitada decisión de pedirle matrimonio antes de irse de misión a Afganistán, donde el Ejército español llevaba desde 2002 integrándose que serían parte de la cuarta agrupación española en la ISAF (Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad).

David viajaría a Afganistán para apoyar al ejército afgano durante un tiempo incierto que, como mucho sería 6 meses, y quería irse sabiendo la respuesta. Pero, por otro lado, decidió no contarle a Sofia que se marchaba para no presionarla y darle el tiempo necesario para que madurara la respuesta y no estuviera condicionada. Así, pasó una semana, y la siguiente sin que hablasen nada. Varias veces, David, hizo el intento de descolgar el teléfono y teclear su número impaciente, pero, se lo acababa pensando mejor y volvía a colgar.

Finalmente llegó el día de partir rumbo Afganistán sin fecha concreta de regreso y aún no tenía respuesta de Sofia. Muy afligido, decidió dejar un mensaje en el contestador de Sofia explicándole la situación y asegurándole que su propuesta seguía en pie esperando una respuesta, la cual esperaría el tiempo que ella necesitara. Terminó con un sentido “te quiero” y salió por la puerta como un alma en pena sabiendo que ni siquiera se despediría de ella.

Todo el viaje desde Burgos hasta la base de Zaragoza, se lo pasó pensando en el punto que se encontraba su relación y si habría hecho mal en adelantarse a pedírselo. Una vez en la base, se reencontró con sus compañeros que serían el segundo grupo del relevo al Regimiento de Ingenieros número 11 de la IV Fuerza Española en Afganistán (ASPFOR IV) en el seno de la Fuerza Internacional de asistencia al Gobierno Afgano (ISAF) conformado por 123 militares al mando del teniente coronel José Solar Ferro. David se encontraba 3 puestos por debajo de él, siendo teniente.

Mientras tanto, Sofia condujo lo más rápido posible a la base, después de haber escuchado el mensaje que David le había dejado, con la esperanza de llegar antes de que despegaran y decirle que la respuesta era sí, que sí quería casarse con él y empezar una nueva etapa juntos y reforzada. Pero cuando llegó no la permitieron pasar, y mientras discutía con el vigilante, tuvo que taparse los oídos al cuando despegaba el avión en el que iba su, ¿podría decirse prometido, aunque él no supiera la respuesta? Sofia había llegado tarde, y en el fondo sabía que

se lo merecía por no haberse decidido antes, pero por quien peor lo sentía era por David, que ahora estaba de camino a una guerra con la incertidumbre a cuestas. A pesar de ello, prefería esperar a que regresara para decírselo en persona porque pensaba que responderle a través de carta o por teléfono era demasiado frío.

Después de ocho horas de vuelo, aterrizaron en el tercer país más peligroso del mundo, llegaron a la base militar española en Herat, allí la misión de la ISAF era clara: prestar asistencia militar al Gobierno afgano para contribuir a la pacificación del país y que pudiera progresar en la estabilización y su reconstrucción. La OTAN se hizo cargo de la gestión de la ISAF mientras se desarrollaba en el sur la Operación Libertad Duradera contra los talibanes. La ASPFOR IV realizaría trabajos de reparación de estructuras, detección de minas y destrucción de explosivos en Kabul, además de repartir bolsas de comida a 150 familias, en su mayoría de refugiados, en el barrio de Way Salabad, en el sur de Kabul.

Una vez en Herat, algunos de los militares, entre ellos el teniente David, fueron mandados a al cuartel general aliado en Kabul, para participar en las labores de adiestramiento y mentorización del nuevo ejército y policía afganos y también la desactivación de explosivos cosa que, acabó siendo el pan de cada día.

Cuando llegaron a Kabul, le asignaron a cada uno su habitación individual, lo que era una suerte ya que eso les permitía tener sus ratos de intimidad, eran pequeñas pero muy cómodas comparadas con las de otras misiones que tuvieron que pasar tres meses durmiendo en tiendas de campaña. David terminó de deshacer su pequeño equipaje, sacó la foto que tenía con Sofía y la colocó en un corcho que tenía enfrente de la cama y fue a la cantina donde estaban sirviendo la cena.

A la mañana siguiente, fueron a entregarles armas y a instruir al ejército afgano. Fue justo ahí donde vio a Marta. Llevaba sin verla 8 años y estaba muy cambiada casi no la reconoció, pero aquellos ojos

verdes eran inconfundibles. Marta fue su primera novia que se conocieron con 20 años en la academia militar y estuvieron juntos hasta que cada uno tomó su camino dentro del ejército: David eligió el ejército de Tierra marchándose a Burgos mientras que, Marta permaneció en Madrid en el Ejército de Aire. Eso hizo que se separaran y nunca más se volvieron a ver, hasta este momento.

Los dos se miraron y por un momento sintieron que todo lo de alrededor se paraba. Los dos siguieron haciendo sus tareas como si nada hubiera pasado, pero en realidad, a ambos se les removió algo dentro de ellos. Más tarde, David se subió a un camión del ejército para solucionar un conflicto que había surgido en la entrada del campamento. Al campamento no podía entrar nadie que no fuese del ejército español, ni quiera al ejército afgano por temas de seguridad cómo podría ser una bomba desconocida colocada en los bajos del camión. Cuando volvió a su labor de chequear el funcionamiento de las armas, Marta ya no estaba y extrañamente le hubiera gustado que estuviera para volver a sentir esa sensación que tuvo al mirarla.

No fue hasta la cena cuando la volvió a ver, se fijó en que ella estaba terminando y no se lo pensó dos veces cuando cogió su comida y fue directo a sentarse con ella. Sentía que necesitaba hablar con ella. Marta le vio inmediatamente según entró a la cantina, pero, su reacción fue la contraria a la de David, prefirió evitarle y hacer como si no le hubiera visto, aunque en su interior sabía que ahí dentro tarde o temprano no podría evitar hablar con él.

Cuando se acercó a ella le salió un tímido “hola” y comenzaron a entablar conversación

- ¿Cómo estás, Mario?

-Yo bien, ¿y tú? Te he visto antes con las provisiones.



-Sí, yo también no sabía si acércame, me ha sorprendido muchísimo verte después de tanto tiempo...

-Mucho tiempo...8 años ya... Yo tampoco me esperaba verte aquí. ¿Por qué no querías acercarte? ¿Pensabas que iba a hacer como si no te conociera? -dijo entre risas-

-No, pero entiende que después de todo, para mí es muy difícil acercarme como lo has hecho tú, como si fueras cualquiera -respondió Marta con un tono no tan amigable-

- ¿Cómo que después de todo? No pudimos hacer nada ninguno de los dos, no estaba en nuestra mano y ambos sabíamos que aquello acabaría terminando y a pesar de ello nunca pude olvidarte, no sé por qué dices que para mí eres una cualquiera, sabes que no es así...

-Te estuve escribiendo durante meses David. No me respondiste nunca David y mantuve la esperanza durante mucho tiempo, no tienes ni idea de cómo lo pasé... - dijo Marta mientras se levantaba de la mesa con su bandeja-

- ¿¡Qué!?! -le preguntó David muy sorprendido- No sabía nada, de verdad, no Marta, ¿espera un momento, por favor! -exclamó mientras intentó agarrarla del brazo.

-Lo siento, tengo que irme. -dijo Marta mientras esquivaba su mano. Dejó la bandeja en el montón y salió por la puerta rápidamente.

David ni siquiera consiguió dar bocado, la corta pero intensa conversación con Marta le dejó tocado. Sus últimas palabras le dejaron pensativo y sobre todo su actitud tan tajante. Dejó ahí mismo su comida y volvió a su habitación, se quitó el uniforme y se tumbó en la cama, ahí vio en la foto con Sofía que colgaba del corcho. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que no había pensado en Sofía en todo el día y, sin embargo, se había pasado pensando en Marta desde el momento en

que la vio. Eso le hizo sentir mal, pero era mayor el interés acerca de lo que había hablado con Marta y necesitaba volver a hablar con ella. Estos pensamientos y sentimientos encontrados no duraron mucho, pues enseguida cayó rendido y se durmió.

Cuando amaneció sólo pensaba en cómo sería la próxima vez que se encontraría a Marta. Pero no había tiempo para divagar entre sus pensamientos, pues tenía una clase instructora que darle al ejército afgano. Cuando la clase terminó vio como los niños huérfanos afganos comían en un comedor del campamento preparado para ello, pues esta era otra de las misiones del ejército. Y justo ahí se encontraba Marta, jugando con un niño que no tendría más de 5 años, y recordó cuando Marta le decía que ella nunca iba a tener hijos. Cuando David se desarmó, se acercó y le dijo a Marta:-. Pues parece que no se te dan nada mal los niños.

-Estos niños son la esperanza del país y se merecen lo mejor, no tienen padres por culpa de las fatalidades de esta guerra.

-Tiene que ser muy duro, eres muy fuerte, Marta. Hablando de eso -aprovechó David- creo que tenemos una conversación pendiente... ¿Podemos hablar después de la cena, por favor? -insinuó mientras se levantaba-. A lo que Marta le asintió con la cabeza y dijo susurrando cuando ya no podía oírla -una conversación pendiente desde hace ocho años, un poco tarde, ¿no? -.

Se volvieron a cruzar en un par de ocasiones durante el día, pero ninguno de los dos decía nada al otro, sólo se regalaban miradas cómplices, ambos se reservaban a después de la cena para hablar. Por otro lado, David pensó varias veces en Sofía, no tanto echándola de menos sino preguntándose porque no había recibido aún ninguna carta suya o alguna llamada si ya llevaba varios días allí. Tampoco le dedicaba mucho tiempo a pensar porque siempre tenía la cabeza ocupada en otros asuntos con las tareas que realizaba en el campamento.

Más tarde, llegó la hora de cenar y esta vez fue Marta quien se acercó a David para avisarle que le esperaba en la valla del campamento al final del pabellón masculino. Cuando David vio que Sofía salía de la cantina, no tardó ni cinco minutos en terminarse toda su cena por miedo a que Sofía dejase de esperarle fuera por tardar demasiado tiempo. Cuando salió y encontró a Marta apoyada en la valla, sintió que le dio un vuelco el corazón. Ambos empezaron a hablar a la vez, pero David le dio la palabra a Marta y ella comenzó pidiendo perdón por su actitud la noche anterior y David sólo quería entender lo de las cartas que nunca le llegaron. Marta le explicó que cuando acabaron la academia militar sabían que aquello terminaba también, aunque fuera en contra de su voluntad, así lo asumieron, pero, cuando cada uno volvió a su casa ella no pudo evitar seguir pensando en él de una forma muy presente y le escribía con la intención de saber si era igual por su parte. Fue entonces cuando al no recibir ninguna respuesta de él, dejó de escribir, porque pensaba que él ya la había olvidado. Todo se arregló cuando descubrieron que Marta escribió cartas a una dirección equivocada.

Pasaron el resto de la noche recordando viejos y tan felices tiempos en aquella academia, donde a pesar del esfuerzo y sufrimiento volverían a pasar por ella sólo para volver a sentir lo de aquellos años. Las conversaciones eran cada vez más profundas y el tono cada vez más afectivo. Era una noche muy agradable a pesar de estar en un lugar lleno de horrores y miseria, aquel lugar, en aquel momento, era perfecto, como si estuvieran inmersos en una burbuja que les aislara de todo lo de alrededor y crease un ambiente idílico. Cuando se fijaron en la hora, se dieron cuenta de que se habían desmoronado bastante y se fueron cada uno a su habitación con una sensación muy reconfortante y endulzada. Una vez en la habitación, David volvió a mirar la foto con Sofía y esta vez sí se sintió bastante mal, pero todo lo que había sentido en tan sólo es rato de conversación lo compensaba con creces y sólo tenía clara una cosa, que no quería dejar de sentirse de esa forma.

Desde ese momento nunca más hubo una mirada si no era acompañada de una sonrisa, se pasaban todo el día con bromas y

jueguecitos entre ellos, comían siempre juntos y también empezaron a entrenar juntos, en definitiva, siempre que tenían un ratito libre lo pasaban juntos. Pasaron los meses y todo empezó a intensificarse, el tiempo que pasaban juntos y también el tiempo que pasaban juntos y solas, las misiones juntos y, por consiguiente, los sentimientos de ambos. David continuaba sin recibir ninguna carta de Sofía y, por otro lado, tener a Marta cerca le reconfortaba mucho, no era la sustituta de Sofía, por supuesto, pero, por alguna razón siempre le ocultó que tenía novia. Quizá fuera por los sentimientos que iba descubriendo día a día con Marta, y no descubriendo, sino más bien redescubriendo. Realmente ellos sentían que tenían algo pendiente que no terminaron y que, a lo mejor, nunca debió haber terminado. A David le ocurrió como si Afganistán le abdujera y se olvidara de su vida real, de su novia, su familia, su querido Burgos...

Todo iba en aumento con Marta, pero tampoco determinaban en que punto estaban. Una mañana de abril el Despliegue Aéreo salió de urgencia hacía el sur donde se estaban produciendo enfrentamientos de los yihadistas contra los afganos. Con ayuda española, el conflicto consiguió disolverse y los aviones regresaron al cuartel. Según llegó, David fue a recoger a Marta. Lo que no se esperaba David era que Marta bajaría en una camilla tumbada. Se la llevaron directamente a enfermería mientras ella intentaba preocupar a David, pero él se llevó las manos a la cabeza y se le enrasaron los ojos cuando la vio. Agarró la camilla hasta que llegaron a enfermería donde no le dejaron pasar y se quedó esperando hasta que salió. Finalmente tenía dos costillas rotas, una fisurada y un esguince en el tobillo lo que la obligaba a permanecer en reposo durante dos semanas.

Cuando salió por fin salió de enfermería todas las emociones se le juntaron y en cuanto la vio no dudó en darle un beso en los labios que ninguno de los dos se esperaba. Quizá fue el susto que se llevó al verla en la camilla y eso la hizo reaccionar que en cualquier momento podía perderla irremediablemente, no como la primera vez que la perdió. Ahí se dio cuenta realmente de lo que sentía por ella y eso era más fuerte

incluso que la primera vez o más fuerte de lo que sintió con Sofía en tres años. Esto no quería decir que hubiera dejado de querer a Sofía, porque había sido mucho tiempo, pero, incomparable con lo que sentía por Marta en tan poco tiempo.

Nada necesitaron hablar para que se consolidara, simplemente ellos dos se entendían y sabían que querían estar juntos. Todo iba viento en popa y comenzaron a hacer planes de futuro para cuando ambos regresaran a España. A Marta aún le quedaban dos meses ahí, y David no sabía cuándo lo haría, pero calculaba que no tardaría más de un mes en hacerlo. Intentaban llevar la relación medianamente en secreto, pero aquellos sentimientos era imposible acallarlos y prácticamente todo el mundo lo sabía, sobre todo por cosas como ver salir a Marta de la habitación de David, aunque estuviera prohibido dormir en la misma habitación.

26 de mayo de 2003, llegó el día de regresar a España para David después de cuatro meses y medio. Marta le quedaba un mes de estar en Afganistán y regresaría también a España donde, quedaron en encontrarse David y ella cuando ella regresara y empezar algo de cero. El día de marcharse sólo pensaba en cómo le explicaría a Sofía lo ocurrido en estos meses en Afganistán, ya que, sentía que debía darle una explicación después de la declaración que le dejó en el buzón de voz antes de irse <te esperaré el tiempo que haga falta>. Aquellas palabras resonaban en su cabeza chocando con la sensación de traición. Pero nada era más fuerte que el amor que sentía por Marta e iba a hacer lo necesario por mucho daño que pudiera causar por estar con la persona que realmente amaba y quería estar el resto de su vida.

Los militares se situaban en el aeropuerto de la capital, Kabul, dispuestos a coger el avión de las 16:00, hora local (13:30 en España), para regresar a sus hogares. Una vez ya sentados en el avión, David comenzó a pensar en el discurso que le daría a Sofía y también se preguntaba en que punto estaría ella, si habría dado por finalizada la

relación cuando él se marchó o si, por el contrario, le estaría esperando con las manos abiertas según aterrizara.

El avión ya había atravesado Irán e Irak cuando, el avión empezó a moverse sospechosamente fuerte mientras saltaban las alarmas y las azafatas estaban intentaban sembrar la calma. Pero el avión comenzó a descender a una velocidad peligrosa y el piloto anunciaba por los altavoces que estaban teniendo problemas para controlar el avión y que se agarrasen a cualquier cosa porque iba a intentar aterrizar donde pudiera. Le gente se volvió histérica, muchos militares empezaron a rezar, otros escribían cartas a sus seres queridos dedicándoles las que podrían ser sus últimas palabras. Todo estaba ocurriendo en cuestión de minutos y David estaba paralizado completamente, no sabía cómo reaccionar porque veía la muerte muy cerca y sólo podía pensar en Marta.

El vuelo 4230 de UM Airlines acabó estrellándose en el monte Pilav, cerca del aeropuerto de Trebisonda en Turquía. Iba con 75 personas a bordo y 62 de ellas militares misioneros de Afganistán y Kirguistán. Nadie sobrevivió a aquel accidente. Cuatro agrupaciones habían pasado ya por Afganistán sin que se registrase ningún fallecimiento y este accidente aéreo fue la peor tragedia del Ejército español en toda su historia en tiempo de paz.

David dejó dos tareas pendientes en vida. Una por cerrar y otro por abrir. Y como él, todos ellos dejaron algo asuntos pendientes en vida y familias rotas con un dolor que llevarían a cuestras siempre.